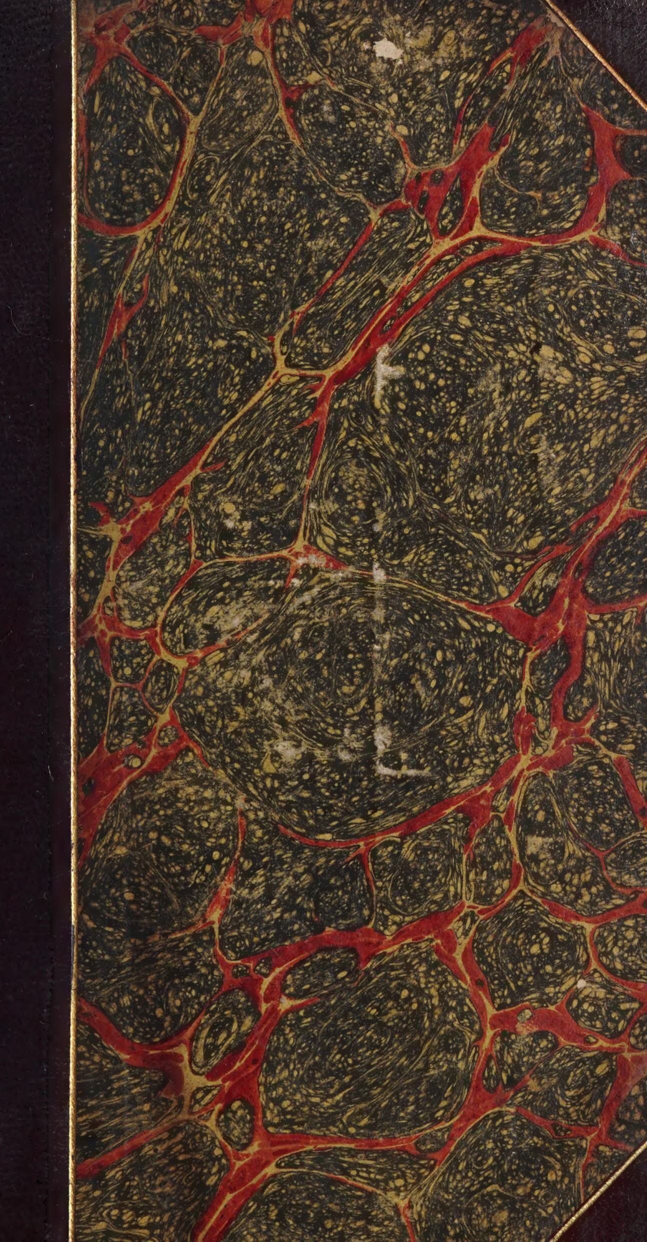
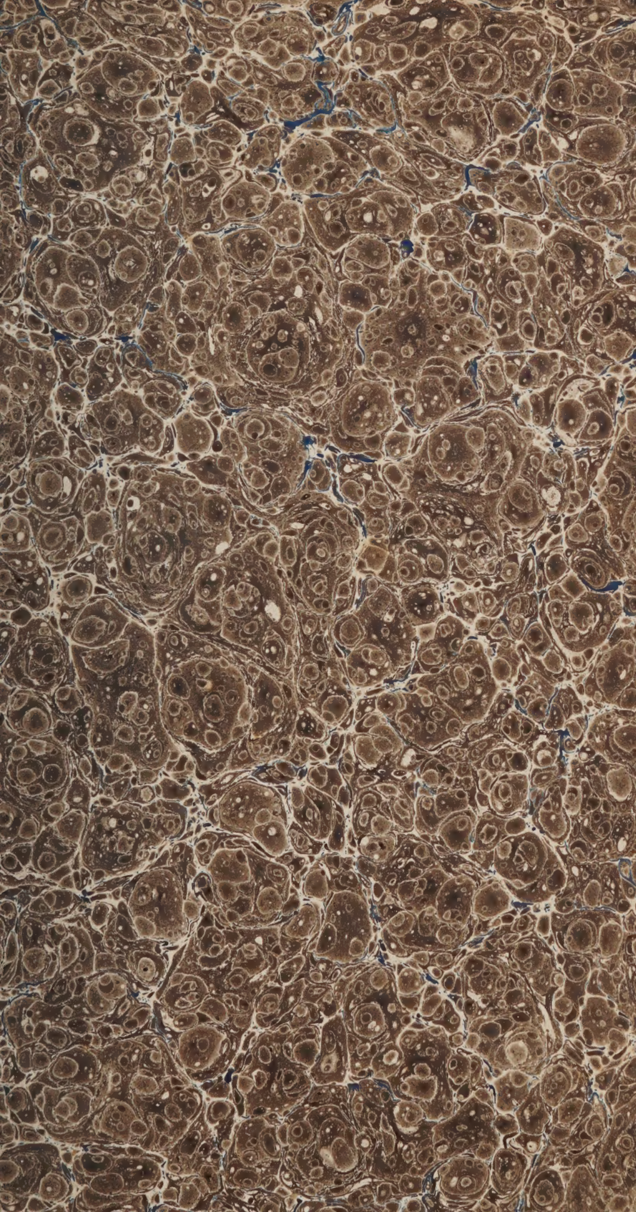



Accessions
115677
Shelf No.
D.160b.1
vol. 3
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
George Ticknor.
SUUM CUIQUE.



OBRAS

LITERARIAS

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.

SE HALLA ESTA OBRA EN PARIS,

En Casa de { BOSSANGE, Padre, calle de Richelieu, nº 60.
BOBÉE y HINGRAY, en la misma calle, nº 14. }

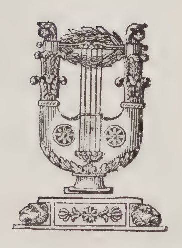
OBRAS

LITERARIAS

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Tomo Tercero.



PARIS

EN LA IMPRENTA DE JULIO DIDOT,

CALLE DEL PUENTE DE LODI, Nº 6

1827

ZARAGOZA,

POEMA.

ADVERTENCIA.

Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes en la materia como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que afligieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearon por último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á Cádiz y de alli pasado á Inglaterra, imprimió su Poema en Londres en el año de 1811.

Del mismo modo que se publicó entonces se reimprime ahora, habiendo juzgado conveniente dejar esta obra cual la inspiraron las circunstan-

cias de aquella época, y como se presentó al concurso; á pesar de que alguna vez se resienta de que la compuso el autor siendo todavía muy jóven, y apremiado por el corto plazo concedido por la Junta Central.

POEMA.

Sobre ruinas y triunfos Zaragoza
De la terrible lucha reposaba,
Que por dos lunas agitó su suelo [1];
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil bárbaras legiones.
En vano, ¡oh Dios! en vano,
A poner freno á su furor insano,
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados rios;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada,
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña,
Arrasar montes, devastar los llanos,
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamara hermanos?
¿Quién osará del rápido torrente
El ímpetu atajar? Cayó Castilla;

Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;
Y al furor de la bárbara cuchilla,
Con la sangre de mayo salpicada,
Tendió Madrid la desdorada frente.
Por vez segunda el Tajo caudaloso
Al inclemente yugo se condena;
Y allá bajo la tierra, prodigioso
Sepúltase Guadiana,
Rehuyendo altivo la servil cadena.
El enemigo bando
Las palmas bate, y por los aires suena
Su horrísono clamor..... ¡Ay, cuánto, cuánto,
Mísera España, de destrozo y ruina,
Cuánto de luto y de amargura y llanto
Tu suelo amaga y tu beldad divina!
Ya cien y cien legiones
Del Ebro cubren la anchurosa márgen:
Tiembla bajo la inmensa pesadumbre
La sacra orilla; plumas y penachos
A merced de los céfiros ondean;
Y los petos y yelmos centellean,
Del claro sol á la radiante lumbre.
Los normandos frisones
Baten con grave pie la helada tierra;
Piérdense los contrarios escuadrones
Allá á lo lejos entre densa nube;
Crece el estruendo, y el clamor de guerra
Puebla los vientos, y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas,
Las Náyades, al eco tremebundo,
Sacan del agua los nevados pechos;
Y del bélico apresto amedrentadas,
Lanzan un grito, y cálanse al profundo.
Tened, tened, impíos;
Suspended esas huestes ominosas
De muerte y destruccion: ¿á dónde, á dónde
Correis, blandiendo en la terrible mano
La ardiente antorcha y el acero insano?
¡Piedad, piedad, crueles!
¡Merced á Zaragoza!
Mísera, abandonada,
Aun gime dolorida;
Aun brota sangre la reciente herida
Que en ella abriera vuestra cruda espada.
¿No escuchais cual resuenan por los vientos
Los agudos lamentos
De viudez y horfandad? ¿El sordo ruido,
Cual de lejano trueno, que retumba
Allá en el hondo de la negra tumba,
Do mil valientes víctimas cayeron?
Piedad, por una vez: si buscais ruinas,
Si saciaros quereis en fiero estrago,
Sobradas ruinas, ¡ay! hartos despojos
Han que mirar los ojos.
Tended la torva vista, que aun humean
Los techos incendiados;

Aun espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endebles muros.
Si, empero, tanto horror, si tantas muertes
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al Tirano.
Amenazado, herido,
Ruge con mas furor el leon hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo,
Y al agresor se arroja, y se complace
La presa entre sus garras dividiendo.
Seguid, seguid: la heróica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;
La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Xalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas,
Y arrebatar su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras [2]?
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallen? ¡O nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras [3]!

Decid como animosos
Los ínclitos del Ebro batallaran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentaran,
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragones; heridos suenan
Cascos y petos; mézclanse las haces;
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.
En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las bárbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos
Siguieron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse[4].
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brio,

Cuando la noche á la callada tierra
En luto envuelve y en horror sombrío,
Bombas arrojan, que en su lumbre encienden
El aire tenebroso por do hienden.
  A leve impulso, la muralla frágil
En polvo cae deshecha;
Y cual tigre rabioso,
Por ruinas y cadáveres trepando,
Entra osado Verdier por la ancha brecha,
Y Lefévre orgulloso
La destructora turba acaudillando [5].
De enemigos cubiertas
Vense calles y plazas; atronando
Rompen las hachas los robustos quicios;
Caen las ferradas puertas;
Arden los edificios;
Y el crudo incendio y la espantosa ruina
Mira el pueblo valiente
Con pecho quieto y con serena frente.
  Ya en roncos alaridos
Celebra el triunfo la contraria gente,
Cuando el cañon horrísono tronando,
Las espesas falanges desordena;
Agítase en confusos remolinos
La destrozada hueste; pavorosos
Caudillos y soldados se atropellan;
Y por el plomo destructor heridos,
Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.
En tanto los terribles moradores
Arrójanles por claros y troneras
Mil muertes y otras mil: alli, arruinando
La quebrantada, altísima techumbre,
Desquícianla; y desplómase atronando,
A impulso de su grave pesadumbre.
Alli, incendiadas vigas y sillares
De los deshechos muros arrancando,
Los impelen con ímpetu; los vientos
Braman con son horrísono apremiados;
Y los fieros guerreros á millares
Quedan entre las ruinas sepultados.
Ni fuga ni piedad: por todas partes,
A la señal belísona, furiosas
Arrójanse las tropas valerosas
Que nacer viera el Llobregat ameno [6].
La sorpresa, el desórden, la estrechura
Redoblan el horror del trance fiero;
Combaten crudamente brazo á brazo
Guerrero con guerrero;
Saltan rotos los hierros centellantes;
La tibia sangre por do quier humea;
Cada golpe una muerte; cada acero
Húndese en cien entrañas palpitantes.
¿Qué enristrar vale la potente lanza,
Qué el robusto frison, el fuerte escudo?
Con ímpetu de rayo se abalanza

El bravo Aragones; burla los golpes;
Y entre el fuego y horror del trance crudo,
La vista apenas á seguirle alcanza.
Hiérenle; y fieramente embravecido,
Los montes de cadáveres salvando,
Penetra por las astas enemigas,
En sed de guerra ardiendo y de venganza.
¿Dó tornarán los fieros enemigos
La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
Hierro amenaza sus cobardes pechos:
Destrozados, deshechos,
Ni oponer osan al comun estrago
La desesperacion; el asta fuerte
Cae de su débil diestra desprendida;
Y al inclemente amago,
Inclinando cobardes la cabeza,
Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.
¡Cuántas allí! Confusos, perseguidos,
Los restos de las bárbaras legiones
La Ciudad abandonan, que engreidos
Leve triunfo á su esfuerzo imaginaran.
La triste nueva de terror sombrío
Cobija el enemigo campamento;
Muere en los pechos el antiguo aliento,
Muere en los brazos el usado brío.
Al rayo abrasador del Can ardiente,
Allí lánguido yace el cruel guerrero;
Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,
Los mustios ojos fijos en la tierra,
Reposo anhela el mísero soldado;
Y apareciendo á su afligida mente
De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
Dentro del pecho congojoso encierra
Hondos sollozos de furor y angustia.
Lefévre en vano intenta
Las tropas alentar, con faz mentida
Encubriendo el dolor que le atormenta:
Recorre el campo, y su mirar incierto,
La rienda del caballo abandonada,
El tardo paso su penar anuncian;
Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
Sin dello apercebirse,
Se escapa de sus labios un gemido.
Cayó toda esperanza: desde el monte
Descubren á los bravos combatientes,
Que vuelan al socorro apetecido
De la heróica Ciudad; la nueva hueste [7]
El pavor de los Galos acrecienta;
Y cual banda de buitres, que se ahuyenta
Cuando brilla relámpago á lo lejos,
Anunciando el horror de la tormenta;
Asi dispersos huyen, arrojando
Las mal usadas armas, y á la noche
Su salud en la fuga encomendando [8].
Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;

Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.
¡Y aun osaréis luchar con los valientes
Que tantas veces con heróica planta
Vuestras altivas águilas hollaron!
¡Oh, cuánto afan y destruccion y mengua
Costaros ha la bárbara osadía!
¡Cuán terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento!
Aqui mi voz llegara: y las legiones
Ya con hórrido estruendo
A la Ciudad augusta se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;
Y como en su alba cima ve Moncayo
Las oscuras tormentas apiñarse;
Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo:
Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veia
Desparecer, bajo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.
Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;
Y el parche y las trompetas pregonaban
Que era llegado de la gloria el dia.
Las calles y las plazas y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada;
Mil y mil combatientes

Embrazan el paves, ciñen la espada,
Y de verdes coronas
Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,
Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,
Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas,
Ensánchase mi ser: ante el Tirano,
De verdugos cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de bajo susto,
Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto
Se helará, al espirar, entre mis labios.
¿Mas quién entre los ínclitos guerreros,
El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?
Él es, él es; su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,
Cual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,
Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,
Al invencible Alfonso se asemeja,
Cuando le vió triunfante Zaragoza,
Rescatada por él de los infieles [9].
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,

Divino Palafox; la madre España
A tí tiende sus brazos congojosa,
Como al hijo de amor; por tí respira;
Agítase contigo en la pelea;
Y su dolor y angustias olvidando,
En tus glorias y lauros se recrea.
Alienta, triste patria; que el acero
Ya en su terrible diestra centellea,
Cual rayo en tempestad: su ademan fiero
Es precursor del triunfo; la victoria
Entre el marcial estruendo le acompaña.
Miradle, sí, miradle: repitiendo
El sacro nombre de la madre España,
Se abalanza á las bárbaras legiones,
Seguido de la hueste numerosa;
Trábase la ardua lid; el bronce suena;
Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
Cercado de enemigos escuadrones,
Hiende, rompe, destruye, desordena
Cuanto se opone á su denuedo y brio:
¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre
Marcando van su rápida carrera.
La densa niebla, que aun el sol tardío
Con sus nacientes rayos no rompiera,
Envuelve á los feroces combatientes,
Los mezcla, los confunde, y acrecienta
La horrenda mortandad: caen los valientes;
No hay perdon al rendido; á hierro y fuego

Destrúyense las haces inclementes.
¿No basta tanto estrago, tanta ruina?
Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
Allí, y allí tambien, en la colina,
En la márgen del Gállego, en el puente,
En los vecinos campos inundados
Por la profunda, rápida corriente [10].
La pericia, el furor, la muchedumbre
De la contraria hueste son en vano:
Cede al valor el número; y el arte
Al amor de la patria soberano.
El furibundo Marte,
La flamígera antorcha sacudiendo,
Recorre el campo; acá y allá revuelve,
Sobre muertos y heridos, los caballos
Del carro destructor; y á la venganza,
A muerte incita con clamor horrendo.
A la voz imperiosa,
Renacer siente el enemigo bando
Su bravura feroz; y se abalanza
Al fuerte parapeto, el nombre odioso
Del sanguinario Déspota aclamando.
De horror y muerte y destruccion preñadas,
Con estruendo espantoso
Revientan las terribles baterías;
Yerma el inmenso llano de enemigos
El fuego asolador; retumba el bronce;
Murallas, combatientes, cielo y tierra

Confúndense entre el humo, y desparecen.
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
Que el mundo encadenaron?
Finó su gloria; cual ligera niebla
Ante recio huracan, se disiparon.
Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
De mirto y de arrayan; y el dulce canto
La victoria remonte al alto cielo.
En sus ilustres lares,
Tiernas amantes, cándidas esposas,
Con voces armoniosas
Repetirán los plácidos cantares.
Volad, héroes, volad: en la muralla
Las banderas espléndidas ondean;
Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
Sobre tronchadas águilas y picas,
Pebeteros riquísimos humean.
Todo era salvas, júbilo, alegría,
Cuando la noche que en el negro carro
Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido habia,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibia:
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;
Y el viento que á lo lejos sordamente
Vagando por las bóvedas se oia,
El horror augustísimo aumentaba.
El ánima del héroe se gozaba
En la terrible magestad sombría,
Cuando temblar sintió bajo su planta
Los profundos cimientos del palacio:
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
Y sobre negra nube se levanta
La venerable Sombra
De Rebolledo el Grande [11]: en la tiniebla
Se ve centellear su faz divina;
Tal como suele boreal aurora,
Cuando en los reinos de la eterna noche
Cielos y tierra y mares ilumina.
Cércanle en torno insignias y trofeos;
Cúbrelo con su manto la victoria;
Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
Ostenta grave su valor y gloria.
« Ilustre nieto, (dice en voz pausada)
El placer penetró mi hondo sepulcro,
Cuando incansable, en el ardiente estío,
Lidiar te ví y vencer. Mas ardua lucha,
Mayor constancia, esfuerzo y heroismo
Hora la patria exige: cuantos males
Abortar pudo el Genio de la guerra,

Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
Para afligir los míseros mortales,
Y el cielo airado en su venganza encierra,
Van sobre tu cabeza á desplomarse.
Naturaleza toda conjurada
Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,
En sus profundos senos agitada,
Sacudirá con horroroso estruendo
Defensores, murallas y edificios;
Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
Con mano yerta y pálida tendiendo
El cetro asolador, en vasta huesa
La patria trocarán de los valientes.
Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
Allá sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de Zaragoza;
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Se hundirán los tiranos y sus tronos;
Morirán astros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará á par del mundo su memoria.
Y la tuya tambien: grato el destino
Correr me ha concedido, ante tus ojos,
El velo diamantino
Que cubre el porvenir. Gemirá España
En congojoso afan; hijos y hermanos
Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
Dejó impune el sufrir á los tiranos.
Mas no feroz el Déspota del Sena
Aherrojará sus inocentes manos,
Ni atará al carro á la nacion que un dia
Tierra y mar abarcaba, ambas regia.
Asi plugo á los hados: Zaragoza
Caerá en expiacion; y de sus ruinas
Se alzará sobre el trono refulgente
La libertad de la española gente.
Claro honor de mi estirpe, tú el primero,
Arrostrando impertérrito la muerte,
Debes abrir á la Ciudad augusta
El ínclito sendero
De la inmortalidad: ¡jamas cobarde
Tender el cuello á la cadena insana!
¡Jamas besar la mano enrojecida
Con la inocente sangre castellana!»
¡Jamas! sí; yo lo juro.... arrebatado
Clamó asi Palafox: la helada planta
Abrazó de la Sombra, arrodillado;
Y al estallido súbito de un trueno,
Se disipó el espectro, como el humo,
Al querer estrecharle contra el seno.
El héroe se inclinó: su pecho fuerte
Sintió oprimido de respeto santo;
Y entorpecer sus agitados miembros
El terror silencioso de la muerte.

En éxtasis profundo sumergido,
No levantó la faz hasta que el dia,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.
Ya el tibio sol con paso perezoso
Su rostro por los montes descubria,
Cuando, el cándido lino tremolando,
De la pérfida hueste un mensagero
Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
Y mal oculta entre la verde oliva,
La ominosa cadena se descubre[12].
« ¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
Guerra á la usurpacion: muramos todos,
Muramos, sí, vengados;
Antes que vernos á las torpes plantas
De bárbaros verdugos,
Sin libertad, sin patria, arrodillados. »
Asi gritó la inmensa muchedumbre:
¡Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,
¡Guerra! sonaron los profundos valles,
¡Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.
¿Visteis tal vez en el hercúleo estrecho
Chocarse dos corrientes encontradas,
Por los opuestos vientos impelidas?
Mayor era el fragor: mayor estruendo
La Ciudad augustísima asordaba,
Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Áquilo y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento:
Tal como trueno en tempestad horrísona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!
Arroja al enemigo campamento [13].
¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua agena y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tíber celebrados [14].
¿Quién domó su altivez, ó quién refrena
Su preciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones sostenidos
En endeble cimiento
Que, al sacudir el viento
El cañon estruendoso, titubea;
¿Serán potentes á atajar la furia
De los que al mundo locos pregonaran
Su irresistible esfuerzo en la pelea?
¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;

¡Ay! que ya derruidos
Los vacilantes muros, cae deshecha
La alzada torre, que á la hueste fiera
Terror y espanto fuera [15].
¡Tú tambien! ¡Tú tambien, Sancho divina [16],
Honor y prez de Iberia, tú cercada
De la atroz muerte y la espantosa ruina!
Sálvate, por piedad: ¿no oyes el ruido?
¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta
Montes de escombros la preñada bomba,
Y con horror la tierra
Hace tremer bajo tu débil planta?
Sálvate, por piedad; que no tan bella
Formó natura tu graciosa mano,
Para inflamar con ella
El horrendo cañon; ni pudo insano
Las Furias hospedar el blanco pecho,
Para las Gracias hecho.
No mas lucha, no mas: el vasto mundo
Lleno está de tu nombre y de tu fama;
Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
Lidiar te mira, y ya en el occidente
Apenas luce su apagada llama.
Llega la noche: Vénus tras las huellas
Del fugitivo sol desaparece;
Y en los opacos cielos resplandece
El trémulo fulgor de las estrellas.
A su confusa luz, de la trinchera

Vese salir á la cobarde hueste,
Que á merced de las sombras y el silencio,
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.
¿Quién el horror de la tremenda noche,
La ciega confusion, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron
Las que sañudos los feroces Galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez, las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.
Asi débil bajel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado:
La mar en vano con furor impío
Bate el roto costado;
Crecen las olas, álzanse á las nubes;
Y en los frágiles leños estrelladas,
En leve espuma bajan y en rocío.
¿Ni cómo numerar tantos guerreros,
Que en el horror de la tiniebla oscura
En las contrarias haces confundidos,
Tiñeron con mil sangres los aceros?
Cada cual es un Dios; ardientes rayos
Lanza en torno de sí; muy mas que todos
Impávida, animosa
La inmortal heroina,
De heridos y cadáveres cercada,

La fuerte diestra intrépida fulmina.
Salve, divina Sancho: amor sublime
De patria y libertad, tu dulce magia,
Tu imperio soberano,
Bendiga eternamente el labio humano.
¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,
Almo don de los cielos! Tú, solmente,
El brazo castellano,
Con los hierros de esclavo enflaquecido,
Alzaras contra el bárbaro Tirano;
A tí España sus triunfos, á tí debe
Sus lauros Zaragoza..... ¡Ay, qué trocada
De la que fuera un dia,
En sempiterno duelo sepultada,
Resiste al hado; y de la adversa suerte
La implacable sentencia desafia!
Llegó el plazo cruel: el negro trono,
Sobre pálidos huesos asentado,
Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,
Blandiendo con el brazo descarnado
La terrible segur, corre y asuela;
Y el contagio letal los puros aires
Inficiona con soplo envenenado.
Los tristes habitantes en sus venas
Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
Hinchar los flacos miembros denegridos;
Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
Y los cárdenos labios encendidos.

No fuera mas terrible el diente agudo
De víbora traidora, cuando vierte
Su veneno fatal, y con la sangre
Rápido corre su licor de muerte.
Asi la vírgen yace, asi el anciano,
La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;
Y en convulsiones hórridas luchando,
Lanzan el ¡ay! postrero.
La hermana del hermano
Bebe el hálito infesto, y al sepulcro
Abrazados descienden; tierna madre
Del hijo al espirar la ardiente mano
Oprime contra el pecho;
Y ¡oh triste! el mismo lecho,
La tumba misma unidos los recibe[17].
Luto do quier y muerte: el hambre escava
Mas huesas que el contagio; enflaquecida,
Los amarillos miembros agitando,
Lenta carcome el mísero cimiento
De la angustiosa vida;
Y en eterno tormento
A los invictos héroes aquejando,
Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
¿Dó los arcos de flores, las colunas,
Los altos monumentos?
¿Dó el bélico clamor de los valientes?
Lánguidos, macilentos,
Rastrando van por las desiertas calles

Los exánimes cuerpos, sostenidos
En la robusta lanza; triste llanto,
Mortal silencio, lúgubres gemidos
Suceden ¡ay! al armonioso canto;
Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
Vense solmente huesas y sepulcros.
   Blanda la tierra os sea,
Héroes de bendicion; siempre sereno,
No el cielo turbe vuestra quieta tumba
Con rayo abrasador ni ronco trueno.
Yaced, yaced en paz: Ebro en sus hondas
Concavidades gima congojoso;
Y al correr por el pie de los sepulcros,
Béselos respetoso,
El bramido acallando de sus ondas.
   ¡Una, mil y mil veces bienhadados
Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
Fijar pudisteis en la libre patria!
No la vereis arder; ni destruida,
Buscar entre sus ruinas los despojos
El Vándalo feroz; ni ensangrentados
Los santos templos; y la tierna esposa
Al triunfal carro, y los queridos hijos,
Y los ancianos padres amarrados.
   Tan aciago momento
Natura entristecida
Presagió con agüeros pavorosos:
La faz mostrando en sangre enrojecida,

El sol se oculta, y las opuestas nubes
Tiñe con mil celages horrorosos;
De pálida corona circuida,
La luna brilla apenas, y se pierde
En medio de los cielos tenebrosos;
Y es comun voz que por los aires vagan
Pálidas luces, que en la triste noche
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
Y á los mortales siguen,
Si huyen con pie medroso; y raudas vuelan,
Si con osada planta las persiguen [18].
De tan tristes auspicios amagada,
Ve impávida acercarse el fin tremendo
La heróica Zaragoza: derruidos
El mal trabado muro y torreones,
En pálidos espectros convertidos
Los fieros campeones;
¿Qué valladar enfrenará el impulso
De las fieras falanges enemigas?
Cobardes, sí, cobardes,
Ni medir osan el traidor acero
Con el débil guerrero
Que apenas mueve el paso mal seguro,
Ni penetrar por el deshecho muro;
Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que osaran
Señores proclamarse de la tierra,
Las célebres legiones [19]
Que desde el Nilo al Báltico llevaran

La asolacion y espanto de la guerra,
Los ínclitos caudillos cuya fama
Temblar hiciera tronos y naciones [20],
No asaltar osan las augustas ruinas
De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo,
Contrasta invicta cuantas crudas plagas
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.
¡Eterna maldicion al primer hombre
Que al arte diera y la cobarde astucia
Lo que al valor y esfuerzo fue negado!
Nunca, nunca naciera; y victoriosa
Aun nos mostrara su divina frente
La noble Zaragoza.
¡Ay mísera! ¡cuál arde! ¡cuál incendian
Mil y mil bombas los dorados techos [21]!
Arcos, colunas, cúpulas, gimnasios,
Y alcázares y templos y edificios
Desplómanse deshechos.
Sopla sañudo el Abrego, y derrama
El fuego asolador; entre humo y polvo
Sube ondeando la sonante llama;
Las nubes rompe con radiantes sulcos,
Y el negro cielo con su lumbre inflama.
Crece el voraz incendio; resplandece
La abrasada Ciudad, cual una hoguera;
Y el horror aumentando el sacro rio,
En su móvil espalda reverbera
El trémulo fulgor, y arder parece.

¿Porqué le fuera dado al hombre insano,
Con ánimo perverso,
Trocar en destruccion cuanto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¿Porqué, buen Dios, bajo su torpe mano
Natura esclavizada,
Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolacion abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrísonas revientan; piedras, arcos,
Al cielo arroja la explosion tremenda;
Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.
Víctimas inocentes
Bajo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela
La sangre al escucharlos: busca el hijo
Bajo los propios techos arruinados,
Bajo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre

Ve hundirse para siempre
Las prendas de su amor en el profundo.
¿La constancia, el furor, el heroismo
Serán de algun valer? Otra vez y otra
El horroroso abismo
Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
¿Adónde, adónde huir? Bajo la planta
Resuenan roncos truenos;
Y al estampar la huella, entre humo y polvo,
Por medio de la tierra dividida
Muestra la eternidad sus hondos senos.
¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
Del profundo cimiento, se estremece
De polo á polo la Ciudad divina;
Y vacila, y desplómase, y su ruina
De espanto cubre á las legiones fieras [22].
Asi en tremendo dia,
Bramó el hórrido viento furibundo;
El eterno equilibrio
Perdió la tierra en la region vacía;
La mar inundó el mundo;
La Atlántica se hundió; y al sumergirse,
Pavorosos los vientos se aplacaron,
Y los mares sus aguas enfrenaron.
Fue Zaragoza, fueron sus valientes,
Su esplendor fue; su célebre renombre
Resta tan solo... ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo
Sube la humilde voz del débil hombre,

Acoge mi plegaria bondadoso:
Nunca el arado tan sagradas ruinas
Llegue á romper, ni el venerando suelo
Con tantos hechos ínclitos famoso.
Goce antes de morir, en negra noche
Solo de algun relámpago alumbrada,
Visitar sus escombros respetoso;
Alli posará el alma; dulce llanto
Descargará mi pecho comprimido;
Y en las opacas ruinas escondido
El pavoroso buho
Me adulará con su agorero canto.
Alli sumido, entre el horror y espanto,
En meditar profundo,
Recorreré los siglos, la caida
De cuanto ufano presentara el mundo.
¿Qué es ya de la Ciudad que al suelo Ibero
Dió dulce libertad en santas leyes?
¿La que ostentaba en su palacio augusto
Tantos despojos de vencidos reyes?
¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
El hervir de la gente, el ronco estruendo
Del parche temblador? ¿Cómo no truena
El horrísono bronce sobre el muro?
Largas calles por tierra derribadas,
Lúgubre soledad, mustio desierto,
Ruinas ensangrentadas
La vista anublan, y el cabello erizan.

¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero
Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde
Al ímpetu feroz de su venganza?
¿Quién?.... Torna, Palafox, torna á la vida,
Caudillo triunfador; vibra el acero;
Blande la dura lanza;
Acomete, destruye
Cien legiones y ciento;
Acorre al patrio suelo, que oprimido
En bárbaro tormento,
Contra el yugo inhumano
Implora tu favor, y clama en vano.
En vano, triste patria; que luchando
Entre los yertos brazos de la muerte,
Ya, ya en la linde del sepulcro umbrío,
Respira apenas tu adalid valiente [23].
En su lívida frente
Impreso está el furor; hierve su pecho;
Y con mortales ansias apoyado
En la débil siniestra,
Asir intenta la invencible espada,
Que al lado pende del aciago lecho.
¿A qué aguardais, o Vándalos? Heridos,
Moribundos, cadáveres, escombros,
¿Os podrán resistir? Entrad, crueles....
Entraron... ¡ay!... entraron los verdugos... [24]
No mas: perdona, o Musa; no me es dado
El canto proseguir de horror y muerte;

Triste el laud resuena destemplado,
Al pulsarle mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos
Que unidos á mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento.
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Bajo el oscuro, encapuzado cielo,
Bastara solo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo[25].

NOTAS.

---

1. El primer sitio de Zaragoza duró desde el 15 del mes de junio del año de 1808, hasta el 14 de agosto.

2. Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.

3. La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el dia 15 de junio: tropas sin vestir ni disciplinar, pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.

4. En el mes de julio dieron los Franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.

5. El dia 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los generales Verdier y Lefévre.

6. Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.

7. Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.

8. Los Franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.

9. El rey D. Alonso I° de Aragon conquistó á Zaragoza de los Moros, despues de un obstinado sitio y de una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.

10. La accion del 21 de diciembre, (dia en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fue de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial contenido en

las gacetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topografica del terreno.

11. D. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.

12. El dia 22 de diciembre de 1808 intimó el mariscal Moncey la rendicion á Zaragoza.

13. El mismo dia contestó Palafox, en una carta, llena de valor y patriotismo.

14. Hubo varias acciones, entre las cuales se debe distinguir, la del 25 de diciembre, mandada por el general Oneil; y la de caballeria, de 31 del mismo, mandada por el brigadier Butron, contra la brigada mandada por el general Girard.

15. El fuerte de San José, que hizo una defensa heróica, y fue evacuado por nuestras tropas cuando ya estaba demolido.

16. Manuela Sancho, natural de Plenas en la Serranía, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

17. Son increibles los horrores del contagio que afligió á Zaragoza: los Franceses confiesan en sus boletines que hallaron trece mil enfermos en los hospitales, y que morian quinientas personas diarias.

18. Propiedades de los fuegos fatuos, que suelen encenderse en los cementerios.

19. Comparando todos los documentos, se puede calcular que el ejército enemigo ascendia á treinta mil hombres.

20. Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre general de

ingenieros Lacoste, (que murió de un balazo el I° de febrero) Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon-ainé, etc.

21. Dédon-ainé, general de artilleria, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma, en el sitio de Zaragoza; y en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

22. Viendo los Franceses que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; pero aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gacetas de Madrid de aquella época.

23. Cuando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hallaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

24. El dia 19 de febrero de 1809 capituló Zaragoza; y el 21 entraron los Franceses en la Ciudad arruinada.

25. El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gacetas publicadas en esta Ciudad, las de nuestro Gobierno y los mejores periódicos de la Península, las relaciones dadas por los enemigos en las gacetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente el boletin 33 del ejército grande de España, el *Journal du soir* de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, etc.

LA
VIUDA DE PADILLA,
TRAGEDIA.

ADVERTENCIA.

Cuando emprendí la composicion de esta tragedia, por los años de 1812, acababa de leer las de Alfieri, y estaba tan prendado de su mérito que me las propuse por modelo : componer un drama con una accion sola y única, llevada llanamente á cabo sin episodios, sin confidentes, con muy pocos monólogos y un corto número de interlocutores; imitar el vigor en los pensamientos, la concision y energía en el estilo y la viveza en el diálogo, que encubren hasta cierto punto, en las obras de aquel célebre autor, la falta de incidentes y la desnudez de sus planes; tal fue el objeto que me propuse, aunque convencido íntimamente de la dificultad de conseguirlo, y mucho mas siendo aquella la primera vez que tanteaba mis fuerzas en una clase de composicion tan difícil.

Al haber de elegir el argumento, el deseo de que fuese original y tomado de la historia de mi nacion, y quizá mas bien las extraordinarias circunstancias en que se hallaba por aquella época la ciudad de Cádiz, en que á la sazon residia, asediada estrechamente por un ejército extran-

gero y ocupada en plantear reformas domésticas, llamaron naturalmente mi atencion é inclinaron mi ánimo á preferir entre varios asuntos el fin de las Comunidades de Castilla.

Este argumento presentaba desde luego notables ventajas; aunque contrapesadas con no menores inconvenientes: por una parte el término de una gran contienda, de que va á depender tal vez la suerte de una nacion, ofrece de suyo ocasion oportuna de desplegar caractéres enérgicos y violentas pasiones, cual acontece en la crísis de los Estados; sin que admita tampoco duda que la propia magnitud del cuadro contribuye á darle dignidad y nobleza.

Mas tambien es cierto, aunque á primera vista aparezca extraño, que no se despiertan con tanta prontitud y vehemencia los afectos del ánimo, cuando se presenta en el teatro un argumento de esta clase, por importante que sea, como cuando se excita el terror y la compasion, ofreciendo la pintura fiel de las desgracias que afligen á una ó á pocas personas, por lo comun no exentas de flaquezas ó culpas: en este caso, como que el espectador se coloca mas fácilmente en la situacion de los desdichados, y siente con mas eficacia la conmiseracion de los males agenos y el temor de experimentarlos él propio; pero cuando se representa la catástrofe de un pueblo, hallando el interes de los espectadores campo mas vasto en que ensancharse, se concentra á duras penas en un solo punto, y por consiguiente es menos vivo.

Estas reflexiones, que se ven comprobadas en el *Caton* de Addisson y en la *Numancia* de nuestro teatro, pueden aplicarse mas ó menos á esta composicion, en la cual se nota igualmente otra desventaja que ofrecen de ordinario tales argumentos; porque tratándose en ellos de una causa cuyo éxito no aparece ya dudoso, falta aquella incertidumbre, aquellos vaivenes entre el temor y la esperanza, que sacudiendo reciamente el ánimo, ablandan el corazon para que reciba los sentimientos propios de la tragedia: hasta la misma fortaleza y temple de alma del personage principal, al paso que arrebatan la admiracion y respeto, parece que se oponen á la piedad y lástima; si no vemos llorar ni afligirse al mismo que padece el infortunio, ¿cómo hemos nosotros de afligirnos y llorar por su suerte?

Por no omitir nada de cuanto me ocurre con respeto al argumento de este drama, debo tambien decir, que si el amor y la galantería perjudicaron en sumo grado á los excelentes trágicos del siglo de Luis XIV, el inmoderado uso de la filosofía y de la política han dañado no poco, en mi concepto, á los de época mas reciente; y que de este achaque, propio de los tiempos, adolece tambien esta composicion. Si me quedara de ello alguna duda, bastaria á disiparla lo que por mí propio he observado al representarse el acto segundo: mientras la Viuda y el Padre de Padilla se limitaban á abogar cada cual por el partido político que habia seguido, la misma gravedad del

asunto y el peso de los argumentos lograban cautivar poderosamente la atencion del auditorio; pero no causaban aquella inquietud y angustia que tanto agradan en las representaciones trágicas; mas desde el punto en que, dejando á parte la causa general, aludian ambos interlocutores á las desgracias de su familia, y empezaba á oirse el lenguaje del corazon, en lugar de los discursos de la mente, al instante se percibian en el auditorio los síntomas mas honrosos para esta clase de composiciones.

He creido oportuno indicar las ventajas é inconvenientes propios del argumento de este drama, por si este aviso pudiese ser de algun provecho á los jóvenes aplicados que se dediquen á la carrera trágica; mas en cuanto al modo con que le haya desempeñado, á otros y no á mí es á quienes toca deslindar y calificar los aciertos que pudiere haber logrado y las faltas en que hubiese incurrido: limitándome á decir, como quien busca desconfiado de sí mismo el abono de otros, que esta tragedia ha sido recibida por el público con muestras de aceptacion y aplauso.

Representóse por primera vez en el mes de julio del año de 1812, y en dias tan aciagos, que ni aun pudo salir á luz en el teatro de Cádiz, por el grave riesgo que en él ofrecian las bombas arrojadas por el enemigo, que habian estado á punto de causar, muy poco tiempo antes, la ruina de aquel edificio, lleno cabalmente de gran número de personas: por cuyo motivo se construyó, como

por ensalmo, en el parage mas apartado del fuego enemigo, un teatro interino labrado de madera, y en él fue en el que se representó al principio esta tragedia. Cuando despues la suerte de las armas alejó todo peligro de aquella benemérita ciudad, y dejó libre y salvo el territorio de la Península, se representó igualmente en el teatro de la corte y en otros del reino; con cuyas pruebas favorables alentado el autor, imprimió su obra en Madrid, á principios del año de 1814, insertando en aquella edicion, asi como en esta, el siguiente *Bosquejo histórico de la guerra de las Comunidades*.

BOSQUEJO HISTORICO

DE LA

GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

Fácil fue pronosticar, desde el reinado de los Reyes Católicos, el riesgo que iban á correr las leyes fundamentales de Castilla; pero al notar el desacuerdo y demasía con que empezó á gobernar su nieto D. Cárlos I, no pudo quedar duda de que la libertad tocaba á su postrer término, si no acudian los pueblos á su socorro. Un monarca falto de años y escaso de experiencia, nacido y criado en pais extrangero, ignorante de las leyes, de las costumbres, y aun de la lengua de la nacion que iba á regir; ministros flamencos, malvados y codiciosos, sacando á pública subasta los oficios y cargos, vendiendo las gracias del monarca, oprimiendo á los naturales, y colocando en los principales empleos á gente advenediza, que habia entrado en España como en tierra conquistada que iba á ser puesta á saco; sangrada Castilla de sus ri-

quezas, y llevadas á naciones extrañas, no en cambio de comercio, sino como precio de injusticias; alzadas á puja las rentas de la corona, y recargadas las contribuciones mas onerosas; amagadas las exenciones y libertades de las ciudades mas favorecidas; menguados los privilegios de la nobleza, no en pro comunal de los pueblos, sino para quitar tambien ese freno á la desbocada codicia de los extrangeros; tal era el estado de desórden en que se hallaba el reino, por confesion misma de los historiadores mas empeñados en acriminar el levantamiento de los Castellanos.

Una circunstancia contribuyó á acelerarlo, colmando la medida á la paciencia de los pueblos, sobradamente reprimida hasta entonces: elegido el rey D. Cárlos emperador de Alemania, para suceder á su abuelo Maximiliano, se aprestaba de vuelta de las córtes celebradas en Aragon á ir á recibir la corona imperial, y convocó las córtes para la ciudad de Santiago. Con esta resolucion se apuró el sufrimiento de los Castellanos: ver á su monarca desatender los clamores del pueblo, y en vez de reparar sus agravios, partirse á naciones extrañas, dejando huérfano y desamparado un reino tan ofendido y esquilmado por los extrangeros; ver á estos rodear al seducido príncipe impunes y como en triunfo, aprestándose á abandonar un pais en que solo dejaban descontento y lágri-

mas, para llevar al suyo los frutos de su rapacidad; convocar las córtes, no con el objeto de resarcir los perjuicios públicos, sino con el de exigir por despedida nuevas y mas graves imposiciones, que acabasen de enflaquecer el reino; señalar para la reunion de las córtes, (en vez de un pueblo en tierra llana de Castilla, cual fuera la costumbre) una ciudad junto al extremo de la Península, como para facilitar á los que habian saqueado el reino la conduccion de su presa, poniéndosela mas cercana á los mares; en una palabra, cuanto podia ofender é irritar á una nacion pundonorosa, mas acostumbrada á sobrellevar la opresion que el desprecio, tanto concurrió á encender los ánimos de los Castellanos.

Mostráronse primero los síntomas del descontento y el anhelo de pedir la reparacion de tantos males, en la ciudad de Toledo, acérrima defensora de sus fueros y libertades: y reunido su ayuntamiento, hablaron resueltamente contra los abusos introducidos en el reino y el quebrantamiento de sus antiguas leyes, el regidor Hernando de Avalos (á quien señalan como primer incitador de las alteraciones de Castilla), D. Pedro Laso de la Vega, de ilustre alcurnia y aventajado mérito, y el célebre Juan de Padilla, héroe el mas señalado en la historia de las Comunidades, y cuyo retrato copiaremos de su mas encarnizado enemigo. *Siendo* Padilla *en*

sangre tan limpio, en cuerpo tan dispuesto, en armas tan mañoso, en ánimo tan esforzado, en juicio tan delicado, en condicion tan bien quisto, y en edad tan mozo, que era el ídolo de Toledo, llevó tras sí el parecer de la mayoría, y se acordó escribir á las demas ciudades de voto en córtes, á fin de que nombrasen comisionados, que unidos pidiesen al monarca la observancia de las leyes y la reparacion de los agravios, siendo las siguientes demandas la mejor apología de su intencion y justicia; á saber: que el rey no se ausentase, dejando el reino en tan lastimoso desconcierto; que no se diesen oficios ni cargos á extrangeros, contra lo dispuesto por las leyes; que no se extrajese moneda bajo ningun pretexto; que no se pidiesen nuevos servicios en las córtes, y que estas se celebrasen dentro del término de Castilla; que no se vendiesen los oficios; que la Inquisicion mirase solo al servicio de Dios, y no agraviase ni oprimiese á los pueblos; finalmente, que se administrase justicia. Tan acertadas súplicas fueron acogidas favorablemente por todas las ciudades, igualmente agraviadas que Toledo, y no menos ansiosas de reprimir los desafueros de la autoridad; solo Búrgos desaprobó el consejo; Sevilla no dió respuesta; y Granada mostró indecision y tibieza, recomendando la prudencia y la eleccion de circunstancias mas oportunas. Pero Toledo, ufana con la aproba-

cion del mayor número de ciudades, envió comisionados al efecto, siendo el principal de ellos D. Pedro Laso; y llegados á Valladolid, donde se hallaba el rey, suplicáronle les diese audiencia: á lo que les contestó que despues se la otorgaria, puesto que á la sazon iba á salir para Tordesillas, con ánimo de visitar á la reina su madre. Siguiéronle en efecto, y obtenida la audiencia en Villalpando, donde se les unieron los procuradores de Salamanca, representaron al rey con la entereza de libres Castellanos los agravios que padecia el reino, sin recibir otra respuesta del monarca sino que en Benavente mandaria dársela, oyendo el parecer de su consejo, el cual, para descrédito suyo y daño de los lastimados pueblos, calificó de delito digno de severo castigo el exigir el cumplimiento de las leyes, que el mismo rey habia jurado en las córtes de Valladolid. El malaconsejado monarca mostróse severo á los procuradores, reprendióles su atrevimiento, y volviéndoles desatentamente la espalda, sin acabar de oir sus razones, les mandó que se presentasen al presidente de su consejo, quien desaprobando su conducta, les previno que en las córtes convocadas para Santiago podrian pedir los procuradores lo que creyesen justo, y que ellos se abstuviesen de insistir en sus atrevidas demandas.

Firmes no obstante en su propósito, y dignos

de la confianza merecida á sus ciudades, los comisionados de Toledo y Salamanca siguieron al rey hasta Santiago; y comenzadas las córtes (el dia 1° de abril del año de 1520) hallándose el monarca presente, confiado en contener con su vista á los procuradores mas atrevidos y menos dispuestos á complacerle, manifestó el presidente la necesidad de la partida del rey, la confianza que tenia en la tranquilidad del reino durante su ausencia, y la precision de concederle un nuevo servicio, para atender á los gastos del viage. Enmudecieron todos los procuradores; y solo los de Salamanca rehusaron denodadamente prestar el juramento ordinario, á menos que el rey les prometiese antes acceder á las justísimas súplicas que le habian hecho. Esta franca resolucion fue tenida por desacato, y privados dichos procuradores de volver á las córtes; no habiendo asistido á ellas los de la ciudad de Toledo, por no haber querido esta concederles poderes amplios, cual pedia el rey en la convocatoria, sino meramente reducidos á solicitar enmienda de las exorbitancias pasadas, y no á otorgar nuevas imposiciones. Los procuradores de Salamanca y los comisionados de Toledo insistieron con tal firmeza en sus reclamaciones, que irritaron el ánimo del monarca, hasta el punto de mandarles salir de la corte y señalarles lugar para su residencia, como por especie

de destierro; con cuyo rigor creyó el rey sojuzgar los ánimos de los demas procuradores, para que otorgasen el servicio pedido á las córtes, trasladadas despues á la Coruña; sin advertir que tan destemplada severidad y tan injustos desaires iban á enconar los ánimos, y á dar lugar á peligrosas alteraciones.

Y aconteció asi: porque apenas llegó á Toledo la nueva del mal recibimiento que habian tenido sus enviados, y de lo desatendidas que habian sido sus súplicas, mostróse abiertamente el descontento general, mal encubierto hasta entonces; alteróse el pueblo; impidió á Padilla y á Avalos que saliesen de la ciudad y acudiesen al llamamiento del rey, que les mandaba ir á su presencia; y ocupando el alcázar, que hubieron de abandonar algunos caballeros malquistos con el pueblo, comenzó aquel desasosiego turbulento y aquella falta de respeto á las autoridades, que suelen preceder á las revoluciones. Fácil hubiera sido al monarca, si escuchara su propio consejo y no el torcido de sus cortesanos, sosegar á Toledo con su presencia, y quizá impedir de esta suerte el posterior levantamiento de Castilla; pero seducido por sus privados, que temerosos del enojo de los naturales y ansiosos de poner en salvo sus tesoros, nada anhelaban mas que abandonar á España, determinó partir al primer viento favorable, ya que habia conseguido

de las córtes la concesion de un servicio de doscientos cuentos en tres años, aunque contra el parecer de muchos procuradores, que reclamaron como escandaloso el exigir nuevos servicios, antes de acabar de cobrar los concedidos anteriormente, y de poner remedio á los males que aquejaban al reino. Rodeado de aduladores flamencos y de algunos caballeros castellanos, y dejando tras sí el descontento y la indignacion pública; abandonando á todo trance una nacion, cuyo gobierno era de mas valor y cuantía que el de sus demas dominios y estados; confiando á las débiles manos del cardenal Adriano de Utrech las riendas de tan gran imperio, y sin tomar mas precaucion para impedir ó sosegar las turbulencias que amenazaban, que nombrar por capitan general al esclarecido caballero D. Antonio de Fonseca, se embarcó el rey Cárlos, y se hizo á la vela el dia 20 de junio de dicho año de 1520.

La ausencia del monarca fue la señal del levantamiento general, que se verificó en las principales ciudades casi en el mismo dia, como si para ello se hubieran concertado. Y era natural que asi sucediese; porque siendo comunes los agravios, y habiendo visto desatendidas las justísimas quejas elevadas á oidos del monarca con sumision y respeto, no pudieron al verle ausentarse reprimir por mas tiempo su indignacion y enojo. Como las causas del des-

contento no conmovian solamente á la gente plebeya , sino tambien á los nobles, que se habian visto humillados por los orgullosos Flamencos hasta el punto de reducir á muchos de ellos á la clase de pecheros, y de conseguir del monarca que desairase á la nobleza de Castilla, dejando el reino bajo el gobierno de un extraño; no fue difícil que la llama de la insurreccion prendiese en todas partes, y se extendiese en un momento. Las resultas de la conmocion popular fueron tambien casi idénticas en todas las ciudades: irritadas contra los procuradores de córtes que habian otorgado el servicio, los insultaron y persiguieron, llegando Segovia hasta el exceso de matar á uno de ellos; recelosas y descontentas con las personas que tenian las varas de justicia por el rey, quitáronselas, y eligieron personas de su confianza, bajo el título de *Diputados de la Comunidad:* cosa muy natural en unas ciudades acostumbradas á nombrar su gobierno municipal, derecho importantísimo, principal causa del impulso de libertad que las animaba para reprimir las demasías del monarca, y para haber puesto coto á los exorbitantes derechos de los señores. El temor de que cundiese este espíritu, tan contrario á sus privilegios, retrajo á muchos de estos de abrazar el partido de las Comunidades; y los mas se retiraron á sus castillos, deseosos de que los pueblos enfrenasen

la autoridad real, pero descontentos de que hiciesen tan peligrosa prueba de sus fuerzas y poderío: otros nobles uniéronse á la Comunidad, ó por afecto al bien comun, ó para vengar resentimientos particulares, ó para saciar su ambicion en medio de tantas revueltas; y aun algunos lo fingieron cautelosamente, para ponerse al frente del pueblo y quebrar con maña su ímpetu: Toledo, Segovia, Búrgos, Zamora, Madrid, Cuenca y Guadalajara fueron las primeras ciudades que se alzaron y pusieron en armas, mostrándose resueltas á recobrar con la fuerza lo que no pudieran con el apoyo de la razon y de las leyes; debiéndose notar que apenas cometieron uno ú otro exceso los pueblos levantados con voz de Comunidad, siendo cortísimo el número de personas perseguidas, de casas derribadas, y de insultos cometidos contra la justicia ó los nobles, á pesar de que los historiadores se empeñan en abultar algunos desórdenes, irremediables en el primer arranque del furor popular.

Llegó al rey la nueva de estas alteraciones, y conoció ya tarde su desacuerdo en haber irritado á los Castellanos; sucediendo entonces, como siempre, que si se levantan los pueblos para conseguir lo que de justicia se les debe y se les negó con tiranía, no basta ya el concedérselo; porque mas parece sacrificio hecho á la fuerza, que cumplimiento de obligacion ó don de

generosidad. Olvidó el rey esta importante máxima, y creyó apagar el incendio de las Comunidades, accediendo á las principales demandas de Toledo: prometiendo que nunca se darian oficios á extrangeros; que no se cobraria el servicio otorgado en las córtes de la Coruña á las ciudades que hubiesen perseverado leales, ni á las que se redujesen á obediencia; y que las rentas reales se darian por encabezamiento, como estaban en tiempo de los Reyes Católicos, y no por pujas exorbitantes, tan odiadas del pueblo. Estas concesiones, que dos meses antes hubieran evitado los horrores y escándalos de la guerra civil, parecieron ya, por tardías, indicios de flaqueza ó lazos de asechanza; contribuyendo no poco á alzar á Castilla en manifiesta insurreccion la conducta del consejo real, que reunido en Valladolid con el cardenal gobernador, y tan poco apto para manejar el timon del estado en tiempos borrascosos, como habia sido poco justo para aconsejar en la calma al monarca, determinó que se enviase para castigar á la ciudad de Segovia, la mas desmandada en su levantamiento, al alcalde Ronquillo, célebre por su dureza é imprudente severidad; acompañándole mil hombres de á caballo, odioso é inútil aparato para hacer justicia, y corto apresto militar para sujetar por fuerza de armas. Amenazada Segovia, y viendo ya dada la señal de la guerra, envió á pedir so-

corro á Toledo y á las demas ciudades alzadas, seguidas ya de Toro, Leon, Avila y Murcia; en tanto que Ronquillo, hallando cerradas las puertas de la ciudad, asentaba juntamente su campo y tribunal á seis leguas; y manejando con igual desacierto que dureza la lanza guerrera y la vara de justicia, ora requiriendo y echando pregones, ora talando campos, interceptando bastimentos y ahorcando algunos infelices, ni causó respeto ni infundió temor, ni logró mas que acelerar el rompimiento de la guerra civil. Que apenas supo Toledo el peligro de Segovia, cuando envió tropas en su socorro, al mando de Juan de Padilla, y lo mismo hizo la villa de Madrid; empezándose entonces el concierto y trato entre todas las ciudades de voto en córtes, para que, reunidos sus procuradores, tratasen de averiguar los males que trabajaban el reino, y de pedir al emperador su pronta y radical curacion. Avila fue la ciudad elegida para la reunion concertada, y donde se instaló la *Santa Junta*, compuesta de los procuradores de todas las ciudades de voto en córtes, excepto las de Andalucía.

Al mismo tiempo que se reunia esta junta, para tener una autoridad que diese acertado rumbo á los negocios, caminaban las tropas de Toledo y Madrid á unirse en el Espinar con las gentes de Segovia; y juntas todas ellas, moviéronse contra Ronquillo, que débil para ha-

cer frente, comenzó á retirarse. Sabida por el cardenal gobernador esta retirada, mandó al capitan general Antonio de Fonseca que fuese en su socorro con cuanta gente de á pie y de á caballo pudiese haber; y que sacando la artillería reunida en Medina del Campo, marchase á sojuzgar á los inquietos y á domar la altivez de Segovia. Salió en efecto Fonseca, aunque con disimulo por no exasperar los ánimos de Valladolid, irritados ya contra el cardenal y el consejo; y reunido en Arévalo con Ronquillo y su gente, se encaminaron á Medina del Campo, con intento de sacar por fuerza la artillería, si no les fuese presentada de grado.

Firmes los de Medina en la heróica resolucion de no prestar armas para oprimir á sus vecinos, ni se dejaron intimidar por las amenazas ni seducir por las promesas; y negándose abiertamente á entregar la artillería, colocáronla en las bocascalles, para usar en su defensa de aquellas mismas armas destinadas contra sus hermanos. Viendo Fonseca que las intimaciones eran infructuosas, mandó á sus tropas que embistiesen, y entrasen por fuerza á apoderarse de la artillería; mas no contó con el valor de un pueblo, resuelto á perecer por sostener su propósito; y asi, rechazado y sin esperanzas de lograr su intento, mandó el general poner fuego á algunas casas, para que amedrentados los habitantes y corriendo á li-

bertar sus haciendas y vidas, aflojasen en la defensa. Comenzó á arder Medina; cundiendo el incendio con tal ímpetu y voracidad, que calles enteras, plazas y monasterios quedaban abrasados por momentos; en tanto que los moradores, *como si sus casas fuesen de enemigos*, y mirando mas por la honra que por la vida de mugeres é hijos, que perecian entre las llamas, veian imperturbables cundir el incendio, sin cuidar de atajarle ni distraerse un punto de defenderse contra los crueles sitiadores. Desesperados estos, cargados de remordimientos y de infamia, y sin haber conseguido su intento, se retiraron con vergüenza, dejando abrasada la mayor parte de Medina, quemadas inmensas riquezas, almacenadas alli para la próxima feria, y causando la ruina de aquel heróico pueblo y de muchos hacendados y mercaderes de todo el reino.

Los vecinos de Medina, mas encendidos con el resentimiento de su agravio que pesarosos de la quema de su villa, escribieron á las principales ciudades una sencilla relacion de su desgracia, capaz de arrancar lágrimas al mas empedernido; y pidieron á la junta de Avila y á los capitanes de los Comuneros que viniesen en su socorro, y se aprestasen á auxiliarlos para tomar una pronta y tremenda venganza. El mismo deseo se apoderó de casi todas las ciudades del reino, hasta tal punto que Valla-

dolid mismo se levantó en Comunidad, y amenazó al cardenal y consejo; los cuales, dudosos é irresolutos, desaprobaron la conducta de Fonseca, protestando que no tenia órden de cometer tal atentado, y le mandaron licenciar el ejército. Fonseca y Ronquillo, viéndose proscritos por el odio general, abandonaron á España, y partieron para Flándes á buscar acogida en el emperador, que ya tenia levantadas contra su gobierno, no solo ambas Castillas, sino Galicia, Asturias y Vizcaya.

Los capitanes Padilla y Zapata, con la gente de Toledo y Madrid, llegaron á Medina el dia siguiente al de su incendio, miércoles 22 de agosto de 1521, cobrando nuevos brios con la vista de tan triste espectáculo y de crueldad tan inaudita; y sacando la artillería, entraron de alli á algunos dias en la villa de Tordesillas, donde se hallaba la reina doña Juana, en cura por su demencia, segun unos, y en reclusion, tratada con abandono y dureza, si se ha de creer á los Comuneros. Padilla y los demas capitanes presentáronse á S. A., que los recibió con afabilidad y agasajo; y manifestándole los males que agoviaban al reino, la ausencia de su hijo y la guerra civil ya encendida, rogáronle prestase su autoridad, para que á su nombre y al del rey gobernasen estos reinos los procuradores de las ciudades, que se hallaban reunidos en Avila, y se tratase de poner tér-

mino á tanta calamidad. Convino en ello la reina; y asi lo publicaron los Comuneros con testimonios judiciales; si bien es verdad que sus contrarios aseguran que nunca pudieron convencerla á que firmase cartas ni provisiones; y que su condescendencia y aprobacion nacian meramente de su apacible carácter y falta de juicio. Lo cierto es, que el dia 10 de setiembre ya se hallaban reunidos en Tordesillas todos los procuradores del reino, gobernándole *á nombre de la reina y el rey, sus señores*, usando del real sello, y con todo el influjo moral que debia tener en una nacion, acostumbrada al régimen monárquico, el ver al frente del partido popular á una persona que aun ocupaba el trono en compañía de su hijo, y que no menos por sus desgracias que por los recuerdos de su madre doña Isabel, idolo de los Castellanos, era objeto de su veneracion y cariño.

Reunida asi la representacion de casi todas las ciudades de voto en córtes al influjo del trono, y alejada toda sospecha de querer negar la obediencia al monarca, obligando la junta á los procuradores á repetir el juramento sagrado de fidelidad, se fortaleció hasta un punto increible el bando de las Comunidades. Si hubiesen elegido un gobierno mas á propósito que el de una junta numerosa, poco apta para regir el estado en tiempos de revueltas, y tan falta de concierto interior, como plagada de

las semillas de discordia que engendran los celos de los particulares y las rivalidades de las provincias; casi seguro era que hubieran acabado de desatentar á sus débiles enemigos, que escasos de fuerzas y desconceptuados con los pueblos, ni sujetar podian ni ofrecer condiciones de reconciliacion. Porque era tal el crecimiento que habian tomado las Comunidades, que apenas habia ciudad ó villa que no se hubiese alzado en su nombre: hiciéronlo asi Palencia, Alcalá de Henares, Jaen, Ubeda, Baeza, Cáceres y Badajoz; mientras que Búrgos, Salamanca, Avila y Leon levantaban gentes y las mandaban con sus capitanes. Solo la Andalucía, no contenta con permanecer tranquila y neutral en contienda de tamaña importancia, formó la *Junta* llamada *de la Rambla*, donde los diputados de las mas de sus ciudades plantearon una liga para mantenerlas sumisas, ofreciendo al emperador contribuir cuanto pudiesen á apaciguar el levantamiento de Castilla.

Ni debe parecer extraño que asi sucediese: porque Granada, sin ser aun mas que una mezcla confusa de conquistadores y conquistados, y destrozada por la persecucion que la avaricia y la supersticion fomentaban contra la mayor y mas rica parte de sus moradores, era mala apreciadora de la libertad que no habia gustado, y no podia tener ánimo para sustentarla; y el reino de Sevilla, oprimido por la desme-

dida preponderancia de la casa de Medina Sidonia, apenas manifestó con una leve conmocion en la capital que no era del todo insensible al deshonor que le amagaba, por su indiferencia hácia el bien general de la patria.

Aunque en esta época se veia en su mayor robustez y grandeza el bando de la Comunidad, ya por otra parte empezaban á manifestarse los presagios de su decadencia y ruina en la desunion de la nobleza y del pueblo. Si hubiese habido concierto y hermandad entre ambas clases, y hubieran trabajado de consuno para poner coto al poderío de los reyes, no cabe duda de que lo habrian conseguido; y de que un régimen templado, semejante al que ha hecho libre y feliz á Inglaterra, nos hubiera ahorrado tres siglos de servidumbre y de desdichas. Pero por desgracia el egoismo y ambicion de los grandes y señores, y la imprudencia y falta de política de parte de los Comuneros, hicieron que la nobleza se declarase contra la causa de la libertad, prefiriendo ayudar al monarca para oprimir á los pueblos, aun con peligro de sus propios privilegios, á la grata satisfaccion de renunciar algunos de ellos, para gozar de la felicidad comun. El levantamiento contra sus señores de algunas ciudades y villas, que no pudieron dejar de comparar su opresion y pobreza bajo el yugo feudal con el estado próspero y floreciente de las ciudades libres; la im-

prevision con que los Comuneros restituyeron á alguna ú otra ciudad las villas y lugares que antes les pertenecieran, diciendo: *que habian sido despojadas por los reyes pasados, y dados á los caballeros que tiránicamente los poseian;* las peticiones de algunos diputados de la *Santa Junta,* que pretendian *que en Castilla todos contribuyesen, todos fuesen iguales y todos pechasen;* en fin, otras mil circunstancias que lastimaron el orgullo de la altiva nobleza, todo contribuyó á que mirase esta con ceño el levantamiento de los Castellanos, y advirtiese que, si no se unia al monarca y le prestaba sus fuerzas, el pueblo estaba dispuesto á labrar su felicidad, no menos con la disminucion de los excesivos privilegios de los señores, que con la justa templanza de la potestad de los reyes.

Contribuyeron tambien en sumo grado á empeñar á la nobleza contra el bando de las Comunidades, los despachos del emperador llegados por los mismos dias, en que nombraba por gobernadores de estos reinos, juntamente con el cardenal, al condestable de Castilla y al almirante, que á la sazon se hallaba en Cataluña; con lo cual, satisfecho el desaire que habia sufrido la nobleza castellana con la preferencia dada á un extrangero, y confiado el mando de capitan general al conde de Haro, hijo del condestable, cobró aliento y brios la desmayada causa del rey Cárlos.

Entre tanto los Comuneros, llevados de una mal entendida benignidad, muy frecuente en las juntas populares y propia del carácter de la nacion, se contentaban con deshacer el consejo que se hallaba en Valladolid, dejando en libertad á sus individuos, y sin mas que apercibirlos, lo mismo que al cardenal gobernador, para que no siguiesen ejerciendo la autoridad real.

Por esta misma época escribió la junta una carta al emperador, refiriéndole lo acaecido en estos reinos; y protestándole que el mejor servicio de su persona y el deseo de afianzar el cumplimiento de las leyes fundamentales, habian causado el levantamiento de los Castellanos, siempre leales á su monarca y ansiosos de que se remediasen los males públicos: á cuyo fin se estaba extendiendo una representacion á S. M., que si mereciese su aprobacion, restituiria el temple y vigor á las enflaquecidas leyes, y atajaria para lo porvenir la arbitrariedad y los abusos.

Esta representacion, dividida en 118 capítulos, tenia por objeto: 1°. pedir la vuelta del rey, y que revocase el poder dado á los gobernadores, perdonando las demasías de los pueblos y aprobando su conducta, por haber sido para mejor servicio suyo y bien general de estos reinos; sin intentar jamas pedir al papa que le absolviese de la obligacion de cumplir

lo que pactase con sus pueblos, segun las torcidas opiniones que en aquellos tiempos cundian acerca de la autoridad pontificia: 2°. cerrar la entrada al influjo extrangero, mandando revocar las cartas de naturaleza dadas; prohibiendo conceder ningun oficio ni cargo sino á naturales de estos reinos; vedando al monarca el casarse sin consentimiento de las córtes, ó permitir la entrada en el reino de tropas extrangeras, bajo ningun pretexto: 3°. afianzar la libertad y el respeto debidos á las córtes, previniendo que las ciudades enviasen á ellas sus procuradores por libre eleccion, exenta del influjo del gobierno; que cada brazo ó estado nombrara por sí un procurador; que estos no pudiesen recibir ningun cargo ni merced del monarca, para sí ni para su familia, bajo pena de muerte y de perdimiento de bienes; que no se cobrase el servicio concedido en la Coruña, ni se otorgasen otros en lo sucesivo; que cada tres años se reunieran las córtes, sin necesitarse la convocacion del monarca, á fin de que cuidasen de la observancia de las leyes y de los capítulos acordados; pudiéndose reunir libremente los procuradores, sin que el rey les nombrase presidente, que les impidiese cuidar del bien de la república; 4°. aliviar al pueblo, suprimiendo empleos; estableciendo economía en los gastos de palacio; arreglando las posadas ó alojamientos; previniendo que las contri-

buciones se diesen por encabezamiento, y no por pujas: 5°. minorar la preponderancia de la nobleza, mandando que ningun grande pudiese tener en la casa real oficio que tocare á la hacienda y real patrimonio; que se revocasen las donaciones de villas y lugares, de rentas y servicios, mandadas restituir por el testamento de la reina doña Isabel, y las hechas despues de su muerte; que el rey ni sus sucesores no pudiesen enagenar bienes de la corona; que no se diesen tenencias ni alcaldías á señores de título y estado; que siendo en daño de los pecheros el gran número de cartas y privilegios de hidalguía, no pudiesen concederse en adelante, ni valieran los dados despues del fallecimiento de dicha reina: 6°. arreglar la administracion de justicia, pidiendo al rey que despidiese los malos consejeros que tenia; que ordenase visita de los tribunales de cuatro en cuatro años; que no pudiese por cédulas de privilegio trastornar la forma de los juicios; que diese los cargos de justicia por merecimiento, y no por favor; que no enviase corregidores á las ciudades y villas, sino pidiéndolo ellas, pues les bastaban los alcaldes ordinarios; que se arreglasen las apelaciones, y los jueces de revista fuesen diferentes de los que pronunciasen la primera sentencia; que no se señalase á ningun juez salario ni ayuda de costa de bienes confiscados: 7°. poner linde á los abusos de la

autoridad eclesiástica, prohibiendo publicar bulas ni indulgencias sin permiso de las córtes; estableciendo cierto arreglo en su predicacion, para que no se forzase á los vecinos á tomarlas, ni se les apremiase con excomuniones; habiéndose de emplear los dineros que de ellas se sacasen en los objetos para que fueren legítimamente destinados; vedando á los jueces eclesiásticos exigir mas derechos que los que se acostumbraban en los juzgados reales; y castigando á los prelados que no residiesen en sus diócesis la mayor parte del año, con pérdida á prorata de los frutos: 8°. proteger el aumento de la riqueza nacional, fijando el valor de la moneda, y por medio de leyes exclusivas, segun las ideas que entonces se tenian de economía política: 9°. ordenar la recta administracion del estado, prohibiendo la venta de oficios, y el dar expectativas durante la vida de los que en la actualidad los desempeñasen; mandando que ni jueces ni regidores pudiesen tener mas de un oficio; que se tomase residencia á cuantos hubiesen manejado en los últimos tiempos varios ramos de hacienda pública; que se cuidase de redimir los juros vendidos al quitar, volviendo el precio de su enagenacion; y se prohibiera al monarca hacer donaciones de bienes que no hubiesen venido aun á su poder, y menos de los que hubiere pedido, como pertenecientes á la corona real,

sin haberse pronunciado todavía sentencia contra los poseedores; en fin, que se estableciesen cuantas reglas dictase la sana política, amaestrada con los recientes males y desengaños, para impedir que en lo sucesivo se repitiesen.

No es posible omitir dos observaciones, que saltan á la vista del menos reflexivo apenas lea los anteriores capítulos: una de ellas es que la nacion española tiene la gloria de haber sido la primera que mostró en Europa tener cabal idea de monarquía templada, en que se contrapesen todas las clases y autoridades del estado; y esto en una época en que la Francia, que quiere apellidarse maestra en ciencia política, habia ya casi perdido la memoria de sus *Estados generales;* y en que Inglaterra, con iguales pretensiones á tan pomposo título, se hallaba tan atrasada en la carrera de su libertad, que tardó mas de un siglo en alzarse al punto de saber en aquella sublime ciencia, que era comun en España por el tiempo de las Comunidades. La otra observacion es, que el modo de juzgar imparcialmente en esta gran contienda entre una nacion y su monarca, no es atender á hechos particulares, á acusaciones recíprocas ni á demasías cometidas por uno y otro partido; sino meditar los capítulos propuestos por la junta, para que sirviesen de *ley perpetua* ó fundamental del reino, y ver en ellos

la justicia de las peticiones de los Castellanos, y la tiranía con que el emperador se negó á otorgarlas; llevando á tal extremo su rigor, que á duras penas pudo salvar la vida el mensagero encargado de entregarle la carta de las Comunidades, y diérase por contento de que le encerraran en un castillo; con cuyo atropellamiento, no osaron presentarle los capítulos los comisionados de la junta, que llegaron á Bruselas con este propósito y desistieron de seguir hasta Vórmes.

Ni fue esta la única muestra que dió el emperador de aspirar á un dominio absoluto, desembarazado de todo freno; antes por el contrario, hizo que se pregonasen por traidores los promotores de las Comunidades, mandando *que fuesen juzgados sin proceso ni tela de juicio*, sin emplazarlos ni oirlos, *anulando las leyes en contrario, usando de su poderío real absoluto, como señor natural de estos reinos.*

En tanto los gobernadores, queriendo reducir á los Comuneros por fuerza de armas, trabajaban en levantar gentes; convocaban á los nobles, dispuestos ya por su propio interes á ayudar al monarca; pedian dineros; traian socorros de Navarra; y conseguian del rey de Portugal que prestase cincuenta mil ducados, y concurriese á esclavizar á Castilla, como si no le bastase el haberse negado á patrocinar su libertad. Al mismo tiempo que se fortalecia

el bando de los gobernadores con la llegada de caudales y gente de guerra, lograba el condestable entrar en la ciudad de Búrgos, seduciéndola con promesas de traer la aprobacion del emperador para ciertos capítulos concertados; mientras que el cardenal, fugado de Valladolid y unido con algunos consejeros, rehacia en Medina de Rio-Seco la descompuesta máquina del gobierno, de acuerdo con el condestable y su hijo el conde de Haro, que se hallaba reuniendo el ejército en la villa de Melgar.

No se descuidaban por su parte los Comuneros en aprestarse á la defensa, pidiendo socorros á las ciudades y villas alzadas, y nombrando por capitan general á D. Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, creyendo por este medio atraerse á los nobles, y amenazando con la nota de traidores á los que no patrocinasen la Comunidad. Mas este nombramiento, de que tanto bien se prometian, no causó mas efecto que disgustar á D. Juan de Padilla, que volvióse á Toledo, ó por rivalidad ó por hallarse en grave riesgo la vida de su muger; con cuya ausencia se desbandó mucha de la gente reunida, y se prepararon las desgracias que poco despues sobrevinieron.

A punto de rompimiento estaban ya ambos partidos, cuando llegó el almirante á donde el consejo se hallaba; y ora por amor á la paz,

ora por enflaquecer con dilaciones y arterías el bando de los Comuneros, logró entrar en trato con ellos, viniendo á Torrelobaton tres ó cuatro procuradores de la junta, que malgastaron algunos dias en tantear medios de concordia: hasta que cerradas todas las vias de reconciliacion (difícil de ajustarse entre pueblos cansados del sufrimiento y un príncipe codicioso de poderío desmesurado) empezaron á moverse los ejércitos de una y otra parte.

El de las Comunidades se presentó delante de Rio-Seco á fines de noviembre; y alli perdió algunos dias en hacer alardes, trabar escaramuzas, y presentar batalla al ejército de los grandes, que no quiso aventurarla hasta la llegada del conde de Haro, que traia refuerzos de gente escogida; con cuya reunion y hecho mas poderoso el ejército de los gobernadores, dudaron si convendria entretener la guerra sin arriesgar combates, y solo molestando al contrario con rebatos y correrías, ó moverse contra él con ánimo de pelear, como al fin resolvieron. Mas á tiempo que ya D. Pedro Giron, viendo su gente escasa de mantenimientos, habia movido el campo hácia Villalpando, villa cercada que le abrió sus puertas y entregó su fortaleza, por ser él sobrino del condestable su señor.

No bien supo el conde de Haro el camino que llevaba el ejército de la Comunidad, cuan-

do resolvió aprovechar la ocasion, que la imprudencia ó la traicion de su caudillo le ofrecia, para libertar á la reina; á cuyo fin dividió en dos trozos el ejército, y cayó sobre Tordesillas á principios de diciembre. Defendian la villa, en custodia de la reina y de la junta, algunos caballeros con gente de á pie y de á caballo, y los cuatrocientos clérigos que habia traido para pelear en defensa de la libertad el célebre Acuña, obispo de Zamora, cuyo temple de alma, superior á todos los trances de fortuna, le hacia sobrepujar en su vejez el arrojo y denuedo de la juventud mas lozana. Con tan buena defensa, y resuelta á seguir el ejemplo de Medina, la villa de Tordesillas no escuchó ninguna propuesta de los sitiadores, antes se apercibió á resistir á todo trance: y dada la señal de combate, comenzó con tal encarnizamiento la embestida de la villa, y fueron tantas las muertes y el destrozo del ejército de los gobernadores, que los mas de los caballeros desesperaron del buen éxito de la empresa, y aconsejaron retirarse. Pero el conde de Haro, sin aflojar de su propósito despues de cinco horas de experimentar la resistencia mas obstinada, descubrió un portillo por la parte de la villa mas descuidada de los sitiados; y haciendo entrar por él á algunos soldados atrevidos, con gran ruido de cajas, tomó posesion de una parte del muro, y comenzó á trabarse

dentro de la villa la mas ciega pelea, con tal heroismo de los sitiados, que pegaron fuego á algunas casas para detener el ímpetu de los enemigos. Mas todo fue en vano: ya habian entrado la villa muchos caballeros y gente de guerra, habian preso á nueve ó diez individuos de la junta, (que no pudieron fugarse como los demas) y se hallaban apoderados de la persona de la reina.

Golpe mortal fue para las Comunidades la rendicion de Tordesillas : deshecha la junta, perdida la autoridad que le daba el obrar á nombre y por mandamiento de la reina, desanimado el ejército, descontentos los pueblos, y sobre todo, esparcida la desconfianza y discordia entre los caudillos y capitanes, todo anunciaba el desconcierto y peligro de la Comunidad. Era tal el descrédito de Giron y la insubordinacion de su ejército, que lo viera desbandarse al primer encuentro ó penalidad que sufriera, sino lo llevara á la ciudad de Valladolid, de donde salióse él cautelosamente, y se pasó al bando de los gobernadores, abandonando un partido que habia abrazado por ambicion, y que vendió traidoramente, segun voz pública de aquellos tiempos y el testimonio casi unánime de los historiadores.

Tantos desastres juntos bastaran á deshacer cualquier partido menos firme y resuelto que el de las Comunidades; pero eran Castellanos

los que le sostenian, y era la libertad la que los alentaba. Asi es, que apenas se reunieron en Valladolid los miembros de la junta fugados de Tordesillas, y los que habian ido en el ejército como celadores de la conducta de Giron, cuando tomaron las riendas del gobierno, escribieron á las ciudades y villas para que reparasen las recientes pérdidas, y mandaron llamar á Juan de Padilla; quien apenas lo supo, partió sin demora con la gente de guerra que tenia reunida, á pesar de hallarse en el corazon del invierno, y llegó á Valladolid á reanimar con su presencia las esperanzas de Castilla. Encargado del mando del ejército por voz y deseo general de las tropas y del pueblo, (aunque la junta estaba inclinada á encomendarlo á D. Pedro Laso, que nunca perdonó este desaire) ordenó Padilla su ejército y lo extendió por la comarca de Valladolid, donde fueron frecuentes las escaramuzas con las tropas de los gobernadores, haciéndose unos y otros gran daño, talando campos, tomando villas y lugares, y sin escuchar nunca palabras de paz, á pesar de haber venido á esta sazon un legado del papa y un enviado del rey de Portugal á tentar medios de concordia.

Tomaba vuelo segunda vez la causa de la Comunidad: á su nombre se habian levantado las Merindades de Castilla la Vieja, capitaneadas por el conde de Salvatierra y por otros caballeros principales; el reino de Toledo, mas

alterado que nunca, mantenia tan encendida la guerra en toda Castilla, que determinaron los gobernadores mandar para reducirle al prior de S. Juan con buena copia de gente; y al mismo tiempo la ciudad de Búrgos, viendo que no habian sido aprobados por el emperador muchos de los capítulos concertados con el condestable, se rebelaba contra él y le ponia en tal estrecho, que hubo de reunir caballeros y gente de guerra, para mantenerse en la ciudad y tomar posesion del alcázar.

En este estado se hallaban las cosas de estos reinos, á principios del año de 1521: y aumentado el ejército de los Comuneros con los socorros de varias ciudades, determinó Padilla emprender alguna accion que le ganase crédito y nombradía; con cuyo ánimo, movió el campo y lo asentó sobre Torrelobaton, villa del almirante bien fortificada y provista, á corta distancia de Tordesillas, donde tenian los enemigos la mejor parte de su ejército. Inútil fue la obstinada defensa de la villa y la llegada del de Haro en su socorro; á los tres dias de las mas recias embestidas, y con grave pérdida de los combatientes, fue entrada la villa y puesta á saco por la tropa de la Comunidad.

Ufano Padilla con el triunfo, celebrado con grande alegría por todas las ciudades Comuneras, determinó alojar alli su ejército, creyendo reducir al mayor apuro el del rey, cortándole

los caminos y quitándole los bastimentos; pero no conoció el ardid de los gobernadores, que viéndose flacos en opinion y fuerza, y cercados de ciudades enemigas, insistieron con ahinco en volver á entablar los tratos de paz, interrumpidos con la toma de Torrelobaton; y alcanzaron de la junta una tregua de ocho dias, que empezó á correr desde el primero de marzo. Algunas dificultades se allanaron en este breve término, con intervencion del enviado de Portugal, y tratando por parte de los Comuneros D. Pedro Laso, á quien acusan de perfidia sus contemporáneos, cuya sospecha justificó despues con su traidora fuga á Tordesillas. Mas todas las negociaciones fueron infructuosas; porque los gobernadores solo ofrecian instar al emperador para que otorgase algunas peticiones de los Comuneros; y estos, desconfiando de promesas tantas veces quebrantadas, pretendian que se obligasen los grandes y señores á sostener con armas las justas demandas que el rey denegase; y que en prueba de sinceridad y buena fe, les diesen por rehenes algunas fortalezas y personas principales.

Rota al fin la mal guardada tregua, (que no produjo á los Comuneros sino gran desbandada de gente, ó ya enriquecida con el saqueo ó descontenta por falta de paga) trabóse de nuevo la guerra con frecuentes salidas y escaramuzas; pero sin reencuentro ni cosa notable. Padilla,

ó sobradamente afecto á conservar lo que habia ganado, ó quizá no previendo los riesgos á que su inaccion le exponia, ó lo que es mas verosímil, esperando los socorros de gente de varias ciudades y algun caudal para poder salir en campo, se contentaba con inquietar á los enemigos; y los gobernadores, viendo menoscabado el ejército de los Comuneros, compuesto de siete mil infantes y cuatro mil caballos, trataban solo de reunir el suyo, viniéndose el condestable de Búrgos con la gente que alli tenia. Lograron en efecto la meditada reunion, llegando el condestable á Peñaflor, cerca de Valladolid y no lejos de Tordesillas, de donde salieron á unírsele el almirante y los grandes, dejando buen presidio en la villa en guarda de la reina; y junto ya el ejército, hicieron reseña de él, y vieron que llegaba á mas de seis mil infantes escogidos y dos mil cuatrocientos de á caballo, sin otros mil y quinientos que despues se les reunieron.

Fiado en la aventajada calidad de sus tropas, no menos intentó el conde de Haro que cercar á Padilla en Torrelobaton; mas apercibido este de su peligro, y conociendo su falta en haber permanecido dos meses en dicha villa, resolvió con los demas capitanes marchar prestamente, endereżándose hácia Toro, con ánimo de esperar alli los socorros que debian llegarle. Tomado este acuerdo, salieron los Comuneros

de Torrelobaton, antes del amanecer del dia 23 de abril, dispuesto en buen órden su ejército, que cerraba Padilla con la caballería para detener á los imperiales, que adelantaban la suya en su seguimiento. El de Haro que iba al frente, dejando atras la infantería, picaba vivamente la retaguardia del ejército de los Comuneros, sin poder desconcertarlos en mas de dos leguas; hasta que, dando vista á Villalar, resolvió atacarlos, notando algun desórden en su vanguardia, y creyendo que la lluvia que les daba en el rostro y el lodo á la rodilla les impedirian pelear á ley de buenos soldados. Acometió el conde con denuedo, sin recibir mayor daño de la artillería de los Comuneros, ora por impericia, ora por traicion, como algunos pretenden; y rompiendo á duras penas la caballería enemiga, digna por su valor de mas próspera suerte, dió sobre la infantería, que desbaratada y confusa se puso en vergonzosa huida. Quinientos de los Comuneros habian ya perdido la vida, y la fuga de su infantería ponia fuera de duda su total vencimiento, cuando Padilla, seguido de los mas esforzados capitanes, repitiendo su nombre y apellidando *libertad,* se arroja á los enemigos, penetra por sus cerrados escuadrones, arranca de la silla con su lanza al insigne vizconde de Valduerna, atraviesa con ella á un escudero, y corre en busca de la muerte, ya que no del triunfo; hasta

que al fin, estrechado por todas partes, quebrada la lanza y sin uso la espada, herido y sin fuerzas, cayó el valiente caudillo, y se rindió á sus contrarios juntamente con otros capitanes.

La misma noche del aciago 23 de abril, dia tan funesto á la libertad castellana, intimaron la sentencia de muerte á Padilla y á sus compañeros, aun no descansados de la refriega; y al dia siguiente le sacaron á ajusticiar, lo mismo que á Juan Bravo, capitan de Segovia, y á D. Francisco Maldonado, que lo fuera de Salamanca, suspendiendo por algun tiempo la muerte de D. Pedro Pimentel, de la misma ciudad.

Cercano ya á su postrera hora, escribió Padilla dos cartas, que no pueden leerse sin acongojarse el corazon: una ternísima, dirigida á su muger, *cuya pena le lastimaba mas que su muerte*, y con un sentido recuerdo de su padre Pedro Lopez, adelantado mayor de Castilla, que siempre habia seguido la causa del rey Cárlos; y otra, escrita á Toledo su patria con ánimo tan levantado y expresion tan valiente, que muestra la heroicidad de aquel caudillo, ufano de la gloriosa muerte que le aguardaba. Caminaba á ella tranquilo, aliviado con los consuelos de una conciencia pura y de una religion santa, cuando al publicar el pregonero que los condenaban por *traidores*, oyó á Juan Bravo replicarle con indignacion: « Mientes tú y quien

te lo mandó decir; traidores no, mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino:» á lo que contestó Padilla con serenidad y templanza: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballeros, y hoy de morir como cristianos.» Llegaron en esto al lugar del suplicio, y alli entrambos amigos se disputaron la honta de morir antes por la libertad: «Degüéllenme á mí primero, gritaba enternecido Juan Bravo, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla:» y asi fue ejecutado. Despues llevaron á Padilla á la picota, y al ver á su amigo sin vida: «¿Ahí estais vos, buen caballero?» dijo con profundo dolor; y rogó al verdugo que le apresurase la muerte.

Asi acabaron estos caudillos: y la nueva de su castigo y de la rota de Villalar, extendida velozmente por toda Castilla, causó tal espanto y desmayo en las ciudades levantadas, que todas se allanaron al rey y rogaron el perdon á sus gobernadores; *pasando el ímpetu de las Comunidades,* segun la hermosa frase de un historiador, *como furiosa avenida de nublado repentino.*

Solo la ciudad de Toledo no vaciló un punto en su propósito: y era tan brava y cruel la guerra que en este reino mantenian las gentes del prior de San Juan, encargado de reducirle, y las del obispo de Zamora, empeñado en su

defensa, que cada dia se aumentaba el encarnizamiento de entrambos partidos. Ni la destruccion de varias villas y lugares, ni el incendio de la iglesia de Mora, donde pereció gran número de personas, ni la ausencia del obispo Acuña (que fue cogido despues y preso hasta la venida del emperador, que mandó darle garrote), fueron bastantes á desanimar á Toledo, alentada en su firme resolucion por la entrada de los Franceses en el reino de Navarra, y por las alteraciones de la *Germanía* de Valencia.

Increible parece que en una ciudad tan alborotada como estaba á la sazon Toledo, una muger sola, la viuda de Padilla, desamparada de todos y sin mas autoridad que la que le daba su grandeza de ánimo, se grangease tal amor y respeto, *que todos la acataban, no como á muger, mas como á varon heróico. Tirana de Toledo* la llama un historiador, no hallando otro nombre para expresar el sumo poderío que en aquella ciudad ejerciera; llegando este á tal punto, que nada se resolvia sin su acuerdo ni se ejecutaba sin su mandato. Con mostrar al hijo del malhadado Padilla y presentarse al pueblo, aplacaba su furor en los tumultos, sostenia su constancia en la adversidad, le alentaba en el abatimiento, y le conducia al heroismo. A hechicería de su esclava tuvieron que atribuir sus enemigos el predominio que

tenia en todos los corazones; y valiéndose de la credulidad del pueblo, trataron de robarle su amor, persuadiéndole tan torcido concepto: para que no sucediese, ni una sola vez, que dejase la superstición de perseguir con calumnias á los promovedores de la libertad. Tan amante de esta como enardecida con el deseo de vengar á su esposo, la viuda de Padilla, sobreponiéndose á la flaqueza de su sexo y al quebrantamiento de su salud, cuidaba de la defensa de Toledo, ordenando frecuentes salidas para entrar mantenimientos, que escaseaban mucho por haber los enemigos adelantado su real hasta el monasterio de la Sisla, al mediodia de la ciudad, para aquejarla con el hambre y estrechar mas su cerco. Con varia suerte pelearon durante el asedio combatientes y combatidos: hasta que, como saliesen estos un dia en busca de provisiones, dieron tan de repente sobre el real enemigo, que lo entraron por fuerza, desbaratando su gente y poniéndola en fuga. Pero como poco sujetos á la disciplina de la guerra, se entregaron al robo tan desordenadamente, que apercibiéndolo el prior de San Juan y otros caballeros, reunieron algunos soldados ya recobrados del espanto, y acometieron á los Comuneros con tal ímpetu y presteza, que sin ser parte á defenderse perecieron muchos, y otros corrieron á la ciudad llevando consigo la confusion y el miedo.

Grande fue el desmayo en los moradores de Toledo, al saber el destrozo de los suyos; y sin que nada los contuviese, trataron con el prior la entrega de la ciudad y recibir justicia por el rey, con tal de que se concediese perdon á cuantos en Toledo se hallasen, y no se exigiesen alcabalas ni otros derechos, hasta que debidamente se examinaran las cédulas de exencion que la ciudad tenia.

Bajo estas condiciones, que prometió el prior traer confirmadas por el rey, se concertó la paz por el mes de setiembre de 1521; mas aunque parecia la ciudad sosegada, y tornaron á ella los que se habian ausentado por temor de las alteraciones, comenzaron á suscitarse rencillas y desavenencias entre estos y los que se habian quedado, los cuales se gloriaban de que á ellos se debia el recobro de alguna libertad; estando siempre tan inquietos los ánimos y tan ligeros de poner en armas, que por todas partes amenazaban nuevos y peligrosos disturbios.

En este estado de zozobra permaneció algunos meses Toledo, mediando frecuentes tratos entre un comisionado del prior y la viuda de Padilla, que demandaba algunas cosas justas, pero no estipuladas en los conciertos de paz, que al fin vinieron confirmados por el emperador. La noche antes de publicarse esta confirmacion, con la cual creian *que el pueblo con-*

sentiria el yugo, salió por la ciudad un tropel de gente, gritando *Padilla y Comunidad*, á cuyas voces se conmovió Toledo, llegando á punto de pelear uno y otro partido. Mas recobrado el sosiego, no se contentaron el prior y el arzobispo de Vari con pregonar al dia siguiente, 3 de febrero de 1522, lo concedido por el emperador; sino que, para buscar pretextos de oprimir al pueblo y de castigar á los malcontentos, dispusieron sacar á ajusticiar á un infeliz, cogido en el pasado tumulto: con lo cual se volvió á alterar la ciudad, saliendo muchos á libertar por fuerza al reo en el acto de conducirle al suplicio. Prevenida y dispuesta ventajosamente la gente del arzobispo, acometió á los amotinados al desembocar por las estrechas calles; y despues de dispersarlos, con algun derramamiento de sangre, cercó por todas partes la casa de la viuda de Padilla, donde ella se defendió con los mas esforzados de su bando, hasta entrada la noche, con la singular ventura de lograr salir encubierta y refugiarse en el vecino reino de Portugal.

Con la ida de esta muger heróica acabó la guerra de las Comunidades: llevando á tal extremo su encono los que habian triunfado á nombre del rey, que quitaron la vida á algunos de los perdonados, culpándoles de los recientes alborotos; y mandaron derribar las casas de Juan de Padilla, sembrarlas de sal, y

levantar un padron de infamia. ¡Tanto puede el odio de los esclavos contra los amantes de la libertad!

NOTA.

El autor ha consultado para este *Bosquejo histórico* las siguientes obras: Crónica del Emperador D. Cárlos, por Pedro Mexía. M. S.: — Relacion de lo que pasó en estos reinos despues de la muerte del rey D. Fernando hasta que se acabaron las Comunidades; su autor Pedro de Alcocer, escritor contemporáneo, vecino de Toledo. M. S.: — Sandoval, Vida y hechos del Emperador Cárlos V.: — Epítome de la vida y hechos del Emperador Cárlos V. por el Conde de la Roca: — *Robertson's history of the reign of the Emp. Charles V.*: — *Vita del invittissimo è sacratissimo imp. Car. V., descritta dall S. Alfonso Ulloa*: — Discursos históricos de la M. N. y M. L. ciudad de Murcia, por el Licenciado Francisco Cascales: — Epístolas familiares y razonamientos del ilustrísimo Guevara, Obispo de Mondoñedo, predicador y cronista del Emperador Cárlos V.: — Historia de Segovia por el Licenciado Colmenares: — Alteraciones de Castilla en tiempo de Cárlos V; copia de Juan Pablo Mártir Rizo, en su Historia de Cuenca: —Apología de la ciudad de Sevilla contra Mártir Rizo, por D. Francisco Morovelli: — Ferreras, Historia de España.

LA
VIUDA DE PADILLA,
TRAGEDIA.

PERSONAS.

LA VIUDA DE PADILLA.
PEDRO LOPEZ DE PADILLA.
D. PEDRO LASO DE LA VEGA.
MENDOZA.
HERNANDO DE AVALOS.
MIEMBROS DE LA JUNTA DE TOLEDO.
UN NIÑO, HIJO DE PADILLA.
PUEBLO.
CONJURADOS.

La escena en Toledo.

El teatro representa un salon del Alcázar.

Los Comuneros cruz roja al pecho, los Imperiales cruz blanca.

LA

VIUDA DE PADILLA,

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

VIUDA, MENDOZA.

MENDOZA.

Tened, señora, suspended los pasos;
De infausta nueva triste mensagero...

VIUDA.

¿Qué os detiene? Decid: ya no hay desgracias
Que abatir puedan mi constante pecho.

MENDOZA.

Las hay, las hay cual nunca: al sol naciente,
Desde los muros hemos descubierto
Las enemigas huestes, que se acercan
A la invicta ciudad; del largo asedio
Cansada su altivez, viendo con ira
Resistir sola la inmortal Toledo

Al soberbio monarca, cuando España
Se rinde humilde á su pesado cetro,
Al asalto se aprestan, anhelando
Dar con la ruina de tan noble pueblo
Fin á la gran contienda. El duro plazo
Llegó; no hay que dudar...

VIUDA.

No el fuerte aliento
Nos falte, amigo, cuando mas lo exigen
La patria y el honor. Ultimos restos
Del partido infeliz que defendiera
La libertad del castellano pueblo,
En el último trance, digna muestra
De constancia y valor hacer debemos.
Asi lo pide la espirante patria;
Asi los nobles héroes que cayeron
En Villalar; mi malogrado esposo
Asi lo pide con terrible acento
Desde el atroz cadalso.

MENDOZA.

La esperanza
De llegar á vencer alzó á los pueblos
Contra el yugo de Cárlos, que insufrible
Hicieran codiciosos extrangeros;
La esperanza del triunfo en los combates
Animó á nuestros ínclitos guerreros;
La grata persuasion de ser vengado
Mitigó de Padilla los tormentos;
Mas la esperanza se negó á nosotros...

¿Pues qué nos queda ya?

VIUDA.

Nos queda un pueblo
Resuelto á perecer.

MENDOZA.

¡Cómo os engaña
El corazon magnánimo! Toledo
No es ya la que antes era: harto gloriosa
Sostuvo de la guerra el grave peso;
Harto tiempo luchó; muertes, horrores,
El hambre atroz que despobló su suelo,
No abatieron su indómita constancia.
Pero ya vana contra el hado adverso
Juzga su resistencia: al acercarse
Las enemigas tropas, no se oyeron
Hoy, como siempre, las sublimes voces
De *vencer ó morir;* triste silencio
Reinaba en los confusos ciudadanos,
Que mirábanse atónitos, temiendo
Descubrir el terror, y los sollozos
Procurando encerrar dentro del pecho.
Ya vacila, señora, la constancia
De la heróica ciudad; temed, os ruego,
La última prueba...

VIUDA.

¡Yo temer!

MENDOZA.

La ruina
Evitad de la patria; al hijo tierno

De la muerte salvad: si en vuestras manos
Su suerte puso la infeliz Toledo,
No la arrastreis al hondo precipicio.

VIUDA.

Si vengarme juró, su juramento
Cumpla constante.

MENDOZA.

En vano lo intentara:
Abandonada, débil, sin aliento,
Fuerza es ya que se postre; España toda
Oprimida la ha visto en duro cerco,
Sin alzarse en su ayuda; escarmentada
Tiembla Castilla; el Valenciano inquieto
Ya lidia apenas; Aragon sumiso
No ve su ruina, cuando ve los fueros
De Castilla violados; todos ceden...
Cedamos ya, cedamos. — Los primeros
El grito dimos de gloriosa guerra,
Cuando sordo el monarca á los lamentos
De la mísera España, holló sus leyes,
Apoyando en la fuerza sus derechos:
Los únicos ya somos que lidiamos
Por defender la libertad; postreros
Seremos en ceder... ¿qué mas exige
De nosotros el santo juramento
Que en las aras hicimos de la patria?

VIUDA.

¡Qué mas exige! — ¡Tú, que compañero
Fuiste del gran Padilla, lo preguntas

A su esposa infeliz!... Si no vencemos,
Debemos perecer.

MENDOZA.

No me intimida
La muerte, no; de un inocente pueblo
La total destruccion, tantos millares
De víctimas sin fruto, el crudo incendio
De la gloriosa patria de Padilla,
Sí, me cubren de horror; yo os lo confieso.
Por vos tambien, por vuestro tierno hijo
Que cual padre eduqué, por tantos deudos
Y amigos tiemblo, sin que tenga á mengua
Su destino llorar.

VIUDA.

Sublime esfuerzo
Habemos menester, en vez de llanto.
Si luce por desgracia el sol postrero
De la española libertad, con gloria
Acabe, no vilmente; á duro precio
Compren el triunfo; y el monarca altivo
Reine sobre las ruinas de Toledo.

MENDOZA.

¿Y serán todos héroes?

VIUDA.

Bien conozco
Cuánto puede el terror; los viles medios
Del oro y seduccion, que han prodigado
Los enemigos, sé; y hasta recelo
Que el mismo Laso, por vengar su orgullo,

Nos abandone... Pero allí le veo;
Quedaos vos con él: ante mi vista,
Quien me vengue ó perezca solo quiero.

ESCENA II.

MENDOZA, LASO.

LASO.

¿Porqué, decidme, esa muger altiva
Huye de mi presencia con desprecio?...
Harto tiempo sufrimos su insolencia,
Y ver sumiso á un valeroso pueblo,
Adorando cual leyes sus caprichos.
No el amor de la patria ni el deseo
De la española libertad la animan;
Vengarse anhela, y á su orgullo ciego
Lo sacrifica todo.

MENDOZA.

Ese lenguaje
Jamas de tí escuché....

LASO.

Llegó ya el tiempo
De descubrirte el corazon: unidos
Desde la tierna infancia con estrechos
Vínculos de amistad, tu cierta ruina
Vengo á evitar, si escuchas mis consejos.

MENDOZA.

No me importa la vida...

LASO.

A mí me importa
Conservar un amigo. -- El duro extremo
Llegó de decidirnos; solo un dia
Nos queda, un dia! y vuelan los momentos.
Aun podemos librarnos; aun se puede
Librar la patria de su fin funesto.

MENDOZA.

Si es con infamia, Laso, no prosigas.

LASO.

Solo es infame quien en grave riesgo
Deja á la patria, si salvarla espera;
Pero ya no es posible: en ira ardiendo,
Se acercan los contrarios orgullosos,
El asalto anhelando y el saqueo...

MENDOZA.

Lo sé.

LASO.

Cuanto se aumenta su osadía,
En nuestra gente crece el desaliento...

MENDOZA.

Lo sé tambien.

LASO.

¿Y quieres locamente
Buscar tu perdicion?

MENDOZA.

Abrazar debo
La suerte de mi patria.

LASO.

Si se arruina
Por una estéril gloria, no debemos
Acompañarla hasta el sepulcro. — Inútil
Es toda resistencia.

MENDOZA.

Nada temo;
Ni esperanza ninguna me sostiene:
¡Tanto es difícil contrastar mi pecho!
Si me alcé contra Cárlos, seducido
No fuí por la ambicion de nombre eterno,
Por sed de mando ó de venganza inútil;
Su triunfo ví desde el fatal momento
En que rotas las huestes de los libres,
En Villalar cobardemente huyeron.
Alli miré vencida, encadenada
La castellana libertad; y al tiempo
Que espiraba Padilla en el cadalso,
La ví lanzar su postrimer aliento.
Murió, de entonces, para mí: si inmóvil
Permaneció la célebre Toledo,
Al postrarse rendida España toda
Del monarca á los pies, con harto duelo
Contemplé de mi patria el heroismo,
Su inevitable destruccion previendo.
La preví; mas lidié; lidié valiente,
Padecí los rigores del asedio,
No por la libertad ya sepultada,
Y solo por mi honor. — En el estrecho

Ambito de estos muros resistian
Mis amigos é ilustres compañeros,
Halagados de vanas ilusiones;
Y yo debí seguirlos, aunque cierto
De su engaño y su muerte: que era infamia
Abandonarlos en tan duro empeño.
Al fin llegó, llegó el tremendo dia
De sepultarnos juntos, si resueltos
Estan á perecer bajo las ruinas
De la heróica ciudad: su arrojo ciego
Ni condeno ni alabo; mas le sigo,
Le seguiré hasta el fin.

LASO.

Síguelo, y presto
Verás el fruto; síguelo, y tus lares
Verás arder; los sacrosantos templos
Por tierra derribados; los ancianos
Y jóvenes y niños y guerreros
Perecer confundidos entre escombros...
Ni fuga ni piedad: el crudo hierro
Inmolará implacable á cuantos logren
Escapar de las llamas.

MENDOZA.

¡Qué tormentos
Sufre mi corazon!

LASO.

Por una vana
Sombra de honor asesinais cruentos
Mil y mil inocentes; sus clamores

Contra vosotros alzarán; el cielo
A tí y los tuyos pedirá su sangre.

MENDOZA.

No!... amigo, no: si del abismo horrendo,
En que va á hundirse la infelice patria,
La pudiera apartar, dócil el cuello
Tender le aconsejara al grave yugo,
Antes que perecer: asi sincero
Lo confesé á la mísera viuda
Del inmortal Padilla. — Mas dispuesto
Estoy á todo trance; mi destino
Para siempre enlacé con nudo estrecho
Al de la amada patria.

LASO.

¿Y si se rinde?

MENDOZA.

Entonces.....

LASO.

No: te engañas; ya no es tiempo
Entonces de humillarse; negra infamia,
Atroz suplicio, bárbaros tormentos
Te aguardan solo.

MENDOZA.

¡Oh Dios!

LASO.

Víctima débil
De la agena ambicion, caerás envuelto
En la ruina comun de los facciosos.

MENDOZA.

Mostraré mi inocencia;... justo el pueblo
Mi muerte estorbará...

LASO.

¡Triste el que fia
En el vano favor del vulgo inquieto!
Los mismos que defiendes con tu sangre
Cargado te verán de duros hierros,
Sin levantar la voz; ellos tranquilos
Te verán arrastrar hasta el sangriento
Suplicio, y callarán.—¡Qué! ¿Te horrorizas?...
¿Lo dudas, y vacilas?... Mis postreros
Avisos oye, y tiembla al escucharlos.—
¿Me juras, por tu honor, guardar secreto,
De que penden mil vidas, y la tuya,
Y la salud ó destruccion de un pueblo?

MENDOZA.

Lo juro por mi honor.

LASO.

(*Mostrándole con misterio un pliego.*)
¿Lees ahí tu nombre?...

MENDOZA.

Sí.

LASO.

Tu muerte has leido.

MENDOZA.

¿Qué misterio
Es este? ¡Tú traidor!

LASO.

Cuando á salvarte
Solícito he venido, con denuestos
No insultes mi amistad. — Sin resistencia
Las puertas van á abrirse de Toledo
A las tropas del rey: muchos caudillos
Ofrécense á rendirse los primeros,
Seguros del perdon; y los soldados,
El pueblo todo imitará su ejemplo.
¡Ay dél, si no le imita! ¡si imprudente
Intenta resistirse! ¡Qué escarmiento
Se le prepara á España con su ruina! —
Elige, pues: ó ayudas mis intentos
De calmar á la plebe bulliciosa,
Y te salvas, salvándola; ó el cuello
Darás á la cuchilla en un cadalso.
No hay perdon para tí! Solo yo puedo
El hacha suspender, ya levantada,
Ya pronta á descargar...

MENDOZA.

¡Tú intercediendo
Por mí, con esos bárbaros verdugos!
¿Y eres tú Laso?

LASO.

Sí: soy quien primero
Osó desafiar el poderío
Del monarca ambicioso; quien los fueros
Reclamó de Castilla en su presencia,
Ufano de su cólera volviendo

A levantar á España contra el yugo.
El mismo soy, el mismo: á nadie cedo
En amor á la patria, en sacrificios...
Por ella tras la muerte en cien encuentros
Corrí; por ella refrené mi orgullo;
Sufrí su ingratitud; y al ser pospuesto
A Padilla en el mando de las tropas,
Mi enojo sepulté dentro del pecho.
Le odié, es verdad; pero su gloria y fama
Jamas oscurecí; su fin sangriento,
(Lejos como á rival de serme grato)
Sentí cual castellano caballero. —
Pero muerta la patria, y destruida
La ansiada libertad, ¿no debí cuerdo
Procurar poner fin á inútil guerra?
Mis servicios, mi honor, mi nacimiento,
¿Humillarme vilmente consentian
De una débil muger al loco imperio?
No. — Si sumiso me mostré, la patria
Agradecerme debe el fingimiento,
Para mí mas costoso que la muerte:
Por salvarla fingí, sufrí desprecios,
Pacté con mis contrarios... ¿Qué mas quiere
De mí la patria? ¿Qué?... ¿Callas suspenso?...
¿Me miras, y sollozas? — Si mañana
No es toda ruinas la infeliz Toledo,
A mí lo debe, á mí, que la clemencia
Del vencedor obtuve.

MENDOZA.

¿Y pide, en premio
De su clemencia bárbara, mi vida?

LASO.

La pide, sí, la pide: el fatal pliego
Te lo anuncia terrible; los parciales
De esa altiva muger, para escarmiento,
Van todos á morir.

MENDOZA.

¡Todos!

LASO.

Tú solo
Alcanzarás perdon.

MENDOZA.

Muriendo ellos,
¿He de comprar mi vida con la infamia?

LASO.

Sálvate, por piedad...

MENDOZA.

A tan vil precio,
Nunca, Laso, jamas.

LASO.

¿Quieres tu ruina?
¿Te obstinas en buscarla?

MENDOZA.

Si tu intento
Es impedirla, sálvalos á todos:
Ese es de conservarme el solo medio.

LASO.

A todos salvo, si mi intento ayudas...

MENDOZA.

¿Cómo? Dí; pronto: manda, y te obedezco.

LASO.

Aconseja á la esposa de Padilla
Que escuche la razon, y no al extremo
De arruinar la ciudad lleve su enojo:
Habla á los mas osados Comuneros,
Desarma su furor, insta, convence,
Ofréceles clemencia, si al inquieto
Pueblo apaciguan; con el dócil vulgo
Emplea tu elocuencia y valimiento;
Da, promete, amenaza...

MENDOZA.

Todo en vano:
La esposa de Padilla mis consejos
No escucha, solo atenta á su venganza.

LASO.

Sálvala, á pesar suyo: aparta al pueblo
De tan vil sumision; déjenla sola,
Y la verás desfallecer. — Te ofrezco
Interceder por ella, disculparla,
Redimirla de afrenta; y que serenos
Goce en su patria sus futuros dias...
¿Exiges mas de mí? ¿No la aborrezco,
Y la salvo por tí? ¿No salvo á el hijo?...

MENDOZA.

Tuyo soy... Laso, tuyo...

LASO. (*Abrazándole.*)
Contra el seno
Estrecha, estrecha á tu mejor amigo:
Mañana, al abrazarnos, ya mas quieto
Latirá el corazon, ahora turbado.

ESCENA III.

MENDOZA, LASO, AVALOS.

AVALOS.
¿Cómo aquí tan lejanos os encuentro
Del bullicio y clamor en que ahora hierve
La ciudad toda?... Aun mas terrible riesgo
Que las contrarias armas nos amaga:
Acaba de llegar un mensagero
Del enemigo campo...

MENDOZA.
¿Y qué nos trae?

AVALOS.
O paz ó destruccion; pero temiendo
Nuestra eleccion heróica, nos envian
Por mensagero...

LASO.
¿A quien?

AVALOS.
A quien Toledo
No puede ver sin lágrimas y pena;
A quien mas puede cautivar su afecto,

Y hacer que se desplome su constancia:
Al padre de Padilla.

LASO.

¿Será cierto?

MENDOZA.

¡El padre de Padilla!

AVALOS.

Hácia este alcázar
Sus tardos pasos viene dirigiendo,
Seguido de una inmensa muchedumbre:
Cércanle en torno nobles y plebeyos,
Mugeres, niños, jóvenes y ancianos;
Y arrasados en lágrimas, volviendo
Acá y allá los ojos con ternura,
Hijos! Hijos! va el triste repitiendo.
Hablar anhela el infelice padre
A su nuera infeliz, antes que el pueblo
Y la junta le escuchen.

LASO.

Pues ya cerca
Las voces nos le anuncian y el estruendo,
Avisad á la mísera Viuda, (*á Mendoza*)
Y á recibirle vamos. (*á Avalos.*)

AVALOS.

Vamos luego.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LASO, LOPEZ, AVALOS.

LOPEZ.

Amigos, sostenedme; apenas puedo,
Combatido de afectos tan contrarios,
Mover la débil planta... Mil memorias
Del hijo que perdiera, el triste cuadro
Que me ofrece Toledo, sus horrores,
Su ruina y orfandad, á cada paso
Mi pie detienen. — Con la faz llorosa,
Quien me anuncia la muerte del hermano,
Quien la del padre ó la de caros hijos,
A guerra tan cruel sacrificados.

AVALOS.

¡Dichosos, pues murieron por la patria!
Libres vivieron; libres espiraron.

LOPEZ.

Dichosos!... sí: no vieron á sus hijos
Perecer con infamia en un cadalso,
Cual yo, mísero padre...,

AVALOS.

Ni la ruina
De la vencida patria presenciaron,
Ni su vil servidumbre, ni el orgullo
De su fiero opresor.

LOPEZ.

Hernando, Hernando,
¿Aún no está satisfecha tu venganza
Con tanta asolacion, con tanto estrago?

AVALOS.

Mi venganza lo está, mas no la patria.

ESCENA II.

LASO, LOPEZ, AVALOS, VIUDA, SU HIJO, MENDOZA.

VIUDA.

Señor...

LOPEZ.

Hija!... mi pecho conturbado
Palpita, al pronunciar tan dulce nombre...
Hija!... nieto del alma!... objetos caros
A Padilla infeliz... una y mil veces
Dejadme que os estreche entre mis brazos...
¿Mas qué miro?... ¿Rehusas abrazarme?
¿Desdeñas mis afectos?

VIUDA.

Agraviaros

No debe la esquivez, que me es tan propia :
Acostumbrada á padecer tan largo,
Casi insensible á fuerza de desdichas,
Los tiernos sentimientos he olvidado.
Los olvidé por siempre : inmóvil, yerta,
Sin aliviar mi pena con el llanto,
Con quejas ni suspiros, cual estatua
Escuché de mi esposo el fin aciago.
Desde entonces mi pecho empedernido,
Solo abierto al furor, ha desterrado
Cuantos afectos gratos y suaves
Templar pudieran mi dolor amargo:
La amistad, el amor, la piedad santa,
La ternura materna.... Hijo adorado,
Si nunca ves mi rostro cariñoso,
Culpa, culpa tan solo á los malvados
Que asesinaron á tu padre! Impíos
Hasta el ser tierna madre me vedaron!

LOPEZ.

Lo serás, hija mia... ya el momento
De acallar las pasiones es llegado
Y de escuchar á la razon. — Unidos,
Las pasadas desgracias olvidando,
Gozaremos de paz...

VIUDA.

¿Qué decis? ¿Ceden,
Desisten de su empresa los contrarios?...

LOPEZ.

Con la paz brindan, y arruinar pudieran.

VIUDA.

Yo desprecio su paz.

LOPEZ.

Vengarse airados
Les fuera fácil...

VIUDA.

Vénguense: ¿qué esperan?

LOPEZ.

Esperan evitar el fiero estrago
De este pueblo infeliz. — Tantas familias
Huérfanas ya... los muros arruinados...
Sin vida los caudillos mas valientes...
Los tristes moradores empuñando
Con flaca diestra las cansadas armas,
Y ya los vencedores amagando
Con el próximo asalto... ¡Oh Dios! piadoso,
Aleja de mi patria tantos daños!...
Laso, amigos, dejad unos momentos,
Dejad llorar á un padre desgraciado,
Solo en presencia de sus hijos...

ESCENA III.

LOPEZ, VIUDA Y SU HIJO.

LOPEZ.

Libres
De testigos inútiles, mas franco
Seré contigo; escucha tú mas dócil:

Escúchame, hija mia... y no perdamos
En recíprocas quejas importunas
Tan preciosos instantes. —Si engañado
O prudente seguí las reales armas,
Lo decidió el suceso; y es en vano
Ventilar si fue justa vuestra causa,
Pues que la suerte ya la ha condenado.
Quizá fue disculpable, y aun plausible,
Vuestro primer ardor; pero dos años
De combates, de incendios y exterminio
Bastan para escarmiento y desengaño.
Lidiar sin esperanzas, arruinarse
Y no salvar la patria, temerarios
Del cielo resistirse á los decretos,
No es fortaleza, es frenesí.

VIUDA.

Juramos
Ser libres ó morir; y el cielo mismo,
Que dió el injusto triunfo á los tiranos,
Nuestro voto aceptó : pues que nos veda
El ser libres, nos manda que muramos.

LOPEZ.

Ten el labio; no insultes imprudente
Al cielo con tus voces: irritado
De tanta y tanta sangre derramada,
Solo la paz prescribe, que entre hermanos
Jamas debió romperse.

VIUDA.

No lo eran

Los que á la patria mísera cargaron
De cadenas; sus crudos enemigos
Llámense, y no sus hijos... ¡ Castellanos
Y ansiar la esclavitud !... No, no lo eran. —

LOPEZ.

Cuando yerma la patria y desangrado
El reino en ocho siglos de combates,
Apenas respiraban del insano
Yugo agareno; ¿entonces mas furiosos
Contra nosotros mismos desnudamos
El acero homicida, de la patria
El afligido seno destrozando?...
Duélete de su mal; y no redoblen
Sus mismos hijos su mortal quebranto:
Duélete; que harta sangre, hartos horrores
Le costó sacudir el yugo extraño.

VIUDA.

¿Y el propio ha de sufrir?... Por ocho siglos
Decis que nuestros padres batallaron,
Por rescatar la patria; ¿y ahora esclava,
Entregada á merced de los tiranos,
La dejarán sus vergonzosos nietos?

LOPEZ.

No te atormente ese recelo vano
De ver morir la libertad querida;
Mas si su triste fin fuera llegado,
¿Lo evitara Toledo con su ruina?...
Sé cuerda, sé prudente: atropellando
La autoridad del César victorioso,

Provocando su cólera insensatos,
Mal vuestra causa defendeis. Vencida
Cayó la patria; y solo ya de Cárlos
Pende su libertad ó sus cadenas;
Si blasonais de libres Castellanos,
Buscad en la clemencia del monarca
Lo que hallar no pudisteis batallando:
Con sumision, con súplicas y ruegos,
Quizá... tal vez...

VIUDA.

Seguid; mas vuestro labio
Se niega á proferir falsas promesas:
Haceis bien; la honradez de Castellano
No debeis desmentir, ni en tanta cuita
Con fingidos consuelos insultarnos.
A fondo conocemos la clemencia
Del vencedor, y cuanto con el llanto
Alcanzan de sus reyes las naciones,
Cuando yacen sus fueros sepultados.
Lo sabemos: por tanto, arrepentidos
De inútil lloro y de clamores vanos,
Por defender las moribundas leyes
A las inciertas armas apelamos.
La fuerza, sí, la fuerza es el escudo
Contra la atroz violencia.

LOPEZ.

Afable, humano,
¿No oyó Cárlos las quejas y amenazas
De la altiva Castilla, confiando

En su antigua lealtad? ¿Con mil insultos,
Con muertes de inocentes ciudadanos,
Con la inquietud del alterado reino,
¿No se vió á la contienda provocado?
Si recurrió á la fuerza, ya imprudentes
Armábanse los pueblos rebelados...

VIUDA.

Nunca es rebelde una nacion entera!

LOPEZ.

Lo fue España...

VIUDA.

Lo fueron sus tiranos.

LOPEZ.

España juró á Cárlos obediencia...

VIUDA.

¿Y él nada nos juró?—

LOPEZ.

(*Despues de una breve pausa.*)

Dócil, sin años,
Falto de prevision y de experiencia,
Por consejeros pérfidos guiado...
¿Aun quereis mas disculpas?

VIUDA.

Mas justicia.

LOPEZ.

Él os la hará.—Piadoso, el desacato
Olvidará de su nacion querida;
Volverá á vuestro seno, ya adornado
Con la imperial corona de Alemania;

Escuchará las quejas, los agravios
De sus pueblos, cual padre bondadoso;
Perdon, mercedes, gracias...

VIUDA.

Anhelamos
Recobrar nuestros fueros, no sus gracias...

LOPEZ.

Fiel guardará las leyes...

VIUDA.

¡Qué engañado
Vivis, señor!... Humilde, sometida,
Adoraba Castilla sus mandatos;
Y el monarca las leyes insultaba,
En su poder inmenso confiado.
Resistimos, lidiamos, nos vencieron;
¿Y ahora será mas justo?... Sus agravios
Nunca perdona el déspota que triunfa!
Padilla, Pimentel, y Maldonado,
Y Bravo, y otras víctimas ilustres
En el suplicio atroz lo estan mostrando.

LOPEZ.

No te complazcas en doblar mis penas,
Recordándome al hijo: bien grabado
Tengo en el pecho su fatal destino.
Pero, pues ya no existe, los conatos
(Como obsequio mas grato á su memoria)
A este inocente niño dirijamos.
En él nuestra gloriosa y noble estirpe,
En él la imágen de su padre amado,

Nuestra esperanza y único consuelo
Debemos conservar. — Si pide en vano
Su salvacion la mísera Toledo;
Si el clamor no te mueve ni los llantos
De tantos infelices, que ya sienten
De la próxima muerte el crudo amago;
Si el existir te enoja... ablande al menos
Tu duro corazon desapiadado
Este inocente huérfano... Afligido,
Fijos en tí sus ojos, estrechando
Tu mano con sus manos cariñosas,
Parece te suplica el desgraciado
Que preserves su vida... ¿Y quién guardarla,
Quién podrá serle escudo en el estrago,
En el incendio y ruina de Toledo?
Entre el confuso horror, cuando mezclados
Caigan los vencedores y vencidos;
Cuando ardiendo los techos, desplomados
Sepulten miles víctimas; entonces
Querrás salvarle, y lo querrás en vano.
Entre escombros y ruinas confundido,
Oirás su débil voz, á tí clamando
Que por piedad la muerte le apresures...
Por siempre en tus oidos con espanto
Resonarán sus últimos acentos;
Por siempre los derechos ultrajados
De madre vengará naturaleza,
Tu endurecido seno atormentando.
Madre desventurada... no á tu orgullo

Sacrifiques deberés tan sagrados;
Salva al hijo infeliz; sálvale ó tiembla!

VIUDA.

¿A qué guardar su vida?... ¿A que postrado
La pida por merced á los verdugos
De su mísero padre? ¿A que heredando
La infamia con que manchan su memoria,
Miserable, proscrito, en reino extraño
Un asilo mendigue con su madre?...
Y aun menos infeliz, que si inhumanos
Le obligan á pisar el triste suelo,
Con la paterna sangre mancillado.
¡Cuánto penara entonces! Abatido,
Su nombre con vergüenza pronunciando,
Quizá oyera decir el inocente,
Al pasar junto á indignos Castellanos:
« El hijo, el hijo del traidor Padilla... »
¡Traidor!... Mienten los viles que fallaron
Su injusta muerte... mienten sus verdugos...
Sus asesinos mienten...

LOPEZ.

¡Qué inflamado
Tu rostro centellea! Calma, calma
Tan ciego frenesí.

VIUDA.

¡Traidor llamaron
Al mejor caballero de Castilla!...

LOPEZ.

Culpa fue del destino, injusto y vario:

Por héroe le aclamaran, si venciera;
Y vencido, traidor le apellidaron.

VIUDA.

¡Traidor mi esposo!... Tan horrendo nombre
No sonará en mi oido... Esposo amado!
Lo juro por tu sangre derramada
De Villalar en los funestos campos;
Lo juro por la sangre que vertieras
En el suplicio atroz! — Hijo... muramos;
Que ya tu padre nos mostró el sendero
Que debemos seguir, y salpicado
Nos le dejó con sangre... Antes la muerte,
Que ver á sus verdugos inhumanos!

LOPEZ.

¿Matas al hijo, por vengar al padre?

VIUDA.

Juntos pereceremos por vengarlo.

LOPEZ.

Muger cruel... tú sola, tú el verdugo
Eres de mi familia; tú al cadalso
Llevaste al hijo, por orgullo ciego;
Y por ciega venganza, al nieto amado
Condenas á morir. — Tiembla, que impune
No dejarán los cielos sacrosantos
Tan bárbara crueldad; tiembla, que nunca
Los clamores de un padre desdichado
El cielo desoyó... Su justa ira,
Yo su venganza imploro!

ESCENA IV.

VIUDA, LOPEZ, MENDOZA.

MENDOZA.

Convocados
A este alcázar los miembros de la junta,
Ya llegan; y á las puertas agolpado
El pueblo todo, entre mortales dudas
Y de opuestas pasiones agitado,
La decision espera de su suerte.
Alli piden la paz; allá bramando,
Guerra! guerra! apellidan furibundos;
Todo es clamor y confusion y llantos
De mugeres y niños, y amenazas
De la alterada plebe... Con mostraros,
Quizá se aquietará; venid al punto:
La esposa y padre de Padilla infausto
Respetará Toledo; y mas tranquila
Escuchará de su destino el fallo.
Venid, venid.

LOPEZ.

Corramos, hija mia,
A calmar su inquietud; y piensa, en tanto,
Que quizá de tu voz pende su suerte.

VIUDA.

No sé ceder.

LOPEZ.

Fuerza es ceder al hado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Aparecen los Miembros de la junta sentados en sus sillas. AVALOS *de presidente.* LASO *á su derecha.* LOPEZ *en pie con parte del pueblo.* LA VIUDA DE PADILLA *en el lado opuesto, con su* HIJO, MENDOZA, *y otra parte del pueblo.*

AVALOS.

Pueblo ilustre, corona de Castilla:
Con ruina ó servidumbre os amenazan
Vuestros contrarios; elegid! — Mi labio
Colorear no sabe las desgracias;
Sin temor las refiere el hombre libre,
Y un pueblo libre es digno de escucharlas. —
Oireis vosotros mismos las propuestas,
Que con poder y á nombre del monarca,
Os hace el sitiador; vosotros mismos
Entre el perdon y duras amenazas
Podreis optar. La junta que elegisteis,
Y veis en vuestro seno congregada,

Su poder os devuelve; y os convida
A decidir la suerte de la patría.
Despreciamos la vida; mas tememos
Tantas aventurar: no diga España
Que la ruina causamos de Toledo,
Por hacer mas gloriosa y celebrada
Nuestra ruina. — Morir en un cadalso,
O perecer lidiando en las murallas,
Son los solos partidos que me quedan:
Fácil es mi eleccion. Pero culparan
Justamente mi esfuerzo temerario,
Si al correr tras la muerte, os arrastrara
A fenecer conmigo. — Toledanos,
Tremendo es este trance! Una palabra
Os arruina por siempre, ó para siempre
Con vil cadena vuestros cuellos ata. —
Esta heróica ciudad, vuestros mayores,
Los sacros votos, la adquirida fama,
Tanta sangre vertida, todo, todo
Vuestra virtud, al decidir, reclama:
Decidid; libres sois. — Habla ante el pueblo,
O noble mensagero! En él descansa
Su suerte; la respuesta ha de ser suya:
Suyo será el honor, suya la infamia.

LOPEZ.

¿Que hable al pueblo, mandais?... ¿Será posible,
Que al contemplar la ruina de su patria,
Mueva la torpe lengua un triste anciano,
Por la edad agoviado y la desgracia?...

Hablen por mí las míseras viudas,
Que aqui me cercan de dolor postradas;
Hablen tambien los infelices padres,
Que vieron perecer en las batallas
A sus queridos hijos, al impulso
De español brazo, de españolas armas...
Hablad todos por mí; pues que sois todos
Víctimas infelices de la larga
Guerra civil... ¿Quién hay de entre vosotros,
Que no lamente pérdidas infaustas
De haciendas y de amigos y de deudos,
Sacrificados á la sombra vana
De loca libertad?... Si hay uno, acaso,
Que no se vista luto, y que llorara
Tan solamente agenas desventuras,
Ese la voz levante; ese á las armas
Os anime; seguidle á la defensa,
Volad tras él... ¿Mas dónde, dó se halla
Ese Español feliz?... Solo con llanto
Me podrá responder la triste España. —
Dos años de destrozos y de horrores,
Muertes, asaltos, lides obstinadas,
Hambres, incendios... cuantos crudos males
El cielo airado en su furor derrama,
Todos ¡oh España! sobre tí cayeron.
Cediste, al fin cediste... ¿Por qué causa
Solo Toledo resistió tan ciega?...
Toledanos, amigos, mis palabras
No os ofendan; son hijas del afecto

Que siempre tuve á mi querida patria.
Al ver sus muros casi destruidos,
Al mirar sus campiñas arrasadas,
Por todas partes destruccion y ruina.
Solitarias sus calles y sus plazas,
Y á vosotros, que ilesos escapasteis
Del filo agudo de las recias armas,
Arrastrando la mísera existencia,
Por el hambre cruel atormentada...
Si á vista de tan graves infortunios,
Hablase mas prudente, no os amara.
¡Ay! con dolor y llanto, en vuestro rostro
La mortal palidez miro estampada
Y el sello del sepulcro... ¡ay! no crueles
Querais morir y sepultar la patria.
La patria por mi boca os lo suplica;
La patria moribunda y desmayada,
Al borde ya del precipicio horrendo...
Salvadla, sí, corred... Pío el monarca
Vuestra pasada ceguedad perdona:
Con los brazos abiertos os aguarda,
Como padre á sus hijos; la clemencia
Su justo enojo y su rigor desarma. —
Pero si ciegos preferis su ira
Al perdon que os ofrece; si cerradas
Hallan las puertas sus leales tropas,
Que ya los flacos muros amenazan;
Entonces... ¡ay, de la infeliz Toledo!
Solo su nombre existirá mañana.

LASO.

No será asi!... Perdona, pueblo heróico,
Si del amor llevado de mi patria,
Osé el primero hablar. Fuí el primero,
Que al ver las santas leyes quebrantadas,
Imperturbable ante el excelso trono,
Reclamé noblemente su observancia.
Desde entonces mi suerte fue la vuestra:
Nadie me ha adelantado en las batallas;
Ninguno me ha excedido en sacrificios...
Perdonad, si al mirar que está cercana
Vuestra ruina, á ninguno ceder quise
El placer y la gloria de estorbarla. —
No es mengua ya el rendirnos, pues en vano
Los fueros sostuvimos con las armas;
No es mengua el procurar salvar las vidas,
Dejando salvos el honor y fama.
Aun callaba Castilla sus agravios,
Y el acero Toledo desnudaba;
Mientras luchó Castilla, combatimos;
Cayó rendida; y con invictas almas
Por seis lunas sufrimos el asedio,
Horror y muertes, hambres y batallas.
¿Qué mas, Toledo, falta á tu heroismo?
A tu gloria inmortal, ¿qué mas le falta?—
¿Eliges arruinarte?... Yo ante todos,
Presentaré mi pecho en la muralla
A los contrarios filos; yo el primero
Aplicaré las teas incendiarias

A mis propios hogares; y alto ejemplo
Os daré de valor entre las llamas. —
Pero tantos ancianos respetables,
Los tiernos hijos, las esposas caras,
Los ínclitos guerreros, todos, todos,
Sin provecho ni gloria de la patria,
¿Habrán de perecer? ¿En nuestra sangre
Anhelamos saciar nuestra venganza?...
No, compatricios, no! Lidiar debimos,
Mientras brillaba un rayo de esperanza;
Pero buscar frenéticos la muerte,
Arruinar la ciudad en que descansan
Las cenizas de padres y de hermanos,
La que nos vió nacer, la que dió á España
Tantos héroes y triunfos... tal locura,
Tanta crueldad no cabe en vuestras almas.
En paz dichosa del perdon gocemos;
En paz dichosa, que las hondas llagas
Cure á la patria mísera... En nosotros
Su vista fija la infeliz España;
Y con su mudo ejemplo nos exhorta
A implorar las piedades del monarca.
¿Las imploramos?... Sí: ya tu silencio
¡O noble pueblo! con señales claras
Tu prudente eleccion me está anunciando:
¡Feliz silencio que á mi patria salva!

(*Silencio general*).

VIUDA.

¡Calla, ahora calla la inmortal Toledo!...

(*Despues de una breve pausa*).
Cárlos triunfó : Castilla es ya su esclava. —
Triunfó, mas no de mí : ceded vilmente;
Mendigad la clemencia del monarca;
Que una débil muger hoy con su ejemplo
Vuestra flaqueza insulta y su venganza. —
No ofrecimos vencer; pero juramos
Perecer con denuedo en la demanda,
O alzarnos libres : ¿lo olvidasteis?... Tiempo
No es ya de recordar vuestra palabra :
Quien duda entre los hierros y la muerte
No merece guardar la fe jurada. —
Dudarais, sí, dudarais en buen hora,
Cuando Castilla toda vacilaba
Entre sufrir el yugo ó levantarse;
Temblarais ante el trono del monarca;
Sufrierais en silencio, como esclavos,
Si el temple de hombres libres os faltaba. —
No entonces tanta sangre se vertiera;
No entonces adquirierais tanta fama,
Para mancharla ahora indignamente...
¿A qué lidiar con sin igual constancia,
A qué Toledo resistir gloriosa,
Prometiendo á la faz de toda España
Imitar (si el destino le era adverso)
La suerte de Sagunto y de Numancia?...
¡Ah! Toledo tan solo lo ofrecia;
Medina lo ofrecia y realizaba.
No vacilaron, no, sus nobles hijos

Entre la ruina y la servil infamia;
No temblaron, al ver junto á sus puertas
Ardiendo ya las enemigas hachas,
Y encenderse los techos, y arruinarse
Los ricos templos y opulentas casas:
Bienes, amigos, deudos, padres, hijos,
Veian perecer entre las llamas...

PUEBLO.

¡Qué horror!

VIUDA.

Y entre el estruendo y los clamores,
Solo el grito escuchaban de la patria. —
Buscad entre las ruinas, que aun humean,
Buscad esa clemencia celebrada
Del fiero vencedor; ved sus piedades;
Y rendios despues. — Pero si os falta
Hasta para rendiros fortaleza;
Si temeis que quebranten su palabra
Los contrarios, y bárbaros se venguen;
Si piden una víctima... miradla,
Pronta ya á perecer por redimiros:
Cargadme de cadenas, á las plantas
Del vencedor llevadme; en mí su enojo,
En mí podrá saciar su injusta saña.
No dudeis que él acepte tal ofrenda:
Una débil muger, idolatrada
Por su inocente esposo asesinado,
A tan fieros verdugos será grata. —
Pero mas pura aun, menos culpable

La víctima querrán... Hijo del alma!
Hijo del gran Padilla!... el tierno cuello
Ofrece á la cuchilla que inhumana
Huérfano te dejó... Sus duros filos
En tí se emboten, y á Toledo salvas!

PUEBLO.

¡Padilla!

VIUDA.

No: no profaneis su nombre,
Al ir á demandar, cual suma gracia,
Que os concedan vivir entre cadenas;
No pronuncie su nombre quien no arda
De libertad en el furor divino!

PUEBLO.

O muerte ó libertad!

VIUDA.

Muerte, y no infamia.
Libertad! al lidiar en los combates,
El infeliz Padilla apellidaba;
Libertad! al caer lleno de heridas;
Y al cortar la cuchilla su garganta,
De *libertad!* el sacrosanto nombre
Entre sus yertos labios resonaba.
Imitadle!—Murió por vuestra gloria;
O vengadle, ó morid: él os lo manda.—

LASO.

¿Y os dejareis llevar de un loco acento,
Por el furor dictado y la venganza?
No, Toledanos! que el peligro apremia;

No es tiempo de ilusion; la muerte amaga...

PUEBLO.

O muerte ó libertad!

AVALOS.

Eterna gloria
Vuestra eleccion magnánima os prepara:
A morir ó á ser libres! — Noble anciano,
La respuesta llevad; y al escucharla,
Tiemblen los enemigos de Toledo.

LOPEZ.

¡Qué frenesí! Buen Dios, ¿me conservabas
Por tantos años la cansada vida,
Para ver el destrozo de mi patria?...
Amigos... hijos mios... ¿no hay remedio?

AVALOS.

La respuesta llevad.

LOPEZ.

¡Ah! cuanto tarda
Mi labio en pronunciarla, os doy de vida:
Mañana, entre el conflicto de las armas,
Mañana, en las angustias de la muerte,
Recordareis, ya tarde, mis palabras!...
Seguir no puedo... el llanto y los sollozos
Mi pecho oprimen, y mi voz embargan...
A Dios, patria infeliz... á Dios, por siempre!...

ESCENA II.

AVALOS, LASO, VIUDA *con su* HIJO, MENDOZA, Miembros de la junta, *y* Pueblo.

AVALOS.

El triunfo, Toledanos, os aguarda,
Apenas luzca el venidero dia;
Corred á apercibiros: la constancia,
El valor y obediencia han de salvaros,
Si el Dios de la justicia nos ampara.—
Toledanos, al triunfo, á la victoria!

PUEBLO.

A vencer ó morir!

VIUDA.

Ilustre patria
Del inmortal Padilla, digna eres
De que por tí su sangre derramara.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(Es de noche: habrá una lámpara en el fondo del teatro.)

ESCENA I.

LASO, MENDOZA.

LASO.

¿A dónde me conduces?

MENDOZA.

Ya seguro
Puedes hablar; ninguno nos acecha;
Lejos las guardias...

LASO.

¡Cuál infames reos,
A favor del horror de las tinieblas,
Con recelo y pavor han de ocultarse
Los que á la patria libertar intentan!
¡Terrible situacion!

MENDOZA.

¡Ah! Libertarla!...
Voló toda esperanza lisonjera,
Voló ya de mi pecho... ¿No los viste

Encenderse en furor, rugir tremenda
La plebe, amenazar, y el débil llanto
Trocar en grito de implacable guerra?...
¿Qué valió la razon contra el torrente
Del conmovido pueblo? La prudencia
Atribuyó á temor; en su delirio,
Con desprecio escucharon tus postreras
Voces de paz; corrieron á las armas;
Y quizá en este instante, ya...

LASO.

Ya tiemblan.—
Mal conoces, amigo, la inconstancia
Del alterado vulgo: teme, espera;
Ya insulta, ya suplica, ya amenaza;
Un soplo enciende la terrible hoguera,
Apágala otro soplo.—¡Cuántos, cuántos,
Que cual héroes gritaban, la secreta
Voz del infame miedo obedecian!
El puñal de la plebe los aterra
Mas que el hierro enemigo; y la seducen,
Y halagan sus pasiones... ¡Si los vieras,
Ha pocas horas, trémulos buscarme,
Cercarme pavorosos, mil promesas
De seguir mis consejos repetirme,
De obedecer mi voz!...

MENDOZA.

En vano intentan
Las vidas libertar: arrebatados
Del torbellino de la plebe ciega,

Todos, todos corremos á la muerte...

LASO.

Esa plebe, que juzgas tan resuelta
A perecer, en el tremendo trance
La verás desmayar, y en la refriega
Abandonar sus gefes... Ahora mismo,
Arrepentidos ya de su fiereza,
Cercados de sus hijos, entre el llanto
De madres y de esposas, con la horrenda
Imágen de la muerte ante sus ojos...
Temen su ruina y el perdon anhelan.

MENDOZA.

Una voz, una voz bastó á inflamarlos;
Una voz bastará para que vuelvan
Al antiguo furor. — El solo nombre
Del inmortal Padilla, la presencia
De su heróica viuda, al precipicio
Los llevará frenéticos...

LASO.

¿Y anhelas
Estorbar tantas muertes?

MENDOZA.

Con mi vida...

LASO.

¿Consentirás que impedimento sea
Una muger á la salud de un pueblo?

MENDOZA.

Yo... si acaso pudiere...

LASO.

Un medio queda
Seguro, necesario... ¿Estás resuelto?

MENDOZA.

A todo.

LASO.

Bien: la prueba, sí, la prueba
Al punto exijo.

MENDOZA.

¿Cuál?

LASO.

¿Dónde se halla
Esa indócil muger?

MENDOZA.

Deten la lengua;
Suspende, tente, Laso; no pronuncies
Tu atroz designio... Tente, ó la respuesta
Mi espada te dará... Ya en este instante,
Mi juramento olvido y mis promesas,
Y tu riesgo y el mio y el del pueblo...
Solo escucho á mi honor.—

LASO.

¿Deliras?... ¿Sueñas?...
¿O por lavar tu mancha de inconstante,
Me sonrojas con bárbaras sospechas?
¿Qué imaginaste?... ¿Acaso que mi acero,
Terrible solamente en la pelea,
El descuidado pecho traspasara
De una débil muger?... Tan baja idea

Envileció tu mente, al concebirla.
¡Yo asesino!

MENDOZA.

Perdona; tal ofensa
No cupo en mi amistad: perdona, Laso;
Mi turbacion, los males que nos cercan,
Mi afecto á esa infeliz, á su hijo tierno...
Disculpen, caro amigo, mi imprudencia.

LASO.

Yo te disculpo, sí; pero la patria
Te acusa, te acrimina, te condena:
Va á perecer, ¿y dudas?... Ya, ya cae;
¿Y no tiendes el brazo á sostenerla?...
Ese mentido honor, esos afectos
De que tanto blasonas, hoy debieras
Sacrificar á la salud del pueblo...
Mas no; que el mismo afecto que profesas
A esa infeliz familia, hoy te prescribe
Lo que la patria por mi voz te ordena.
Todos perecen, si la patria espira;
Si ella se salva, sálvanse con ella
Amigos, deudos, todos... ¡Ay! Terrible
Urge el peligro; los instantes vuelan;
¿Y aun dudas indeciso?

MENDOZA.

Con tus voces
Siento ya renacer mi fortaleza:
A todo estoy dispuesto.—

LASO.

En tal conflicto,
Un medio de salvarnos solo queda...

MENDOZA.

¿Y es?...

LASO.

Impedir que esa muger altiva
Al pueblo se presente; sorprenderla
En su mismo aposento; amenazarla,
Si levanta la voz; guardar las puertas...

MENDOZA.

¡En mí se ha confiado, y yo la vendo!

LASO.

No la vendes; la amparas, la preservas
De inevitable ruina; breves horas
De prision, para siempre la libertan.

MENDOZA.

Mi honor... mi fe...

LASO.

Tu honor y fe te mandan
Que la salves: recuerda la promesa,
Que en los brazos hiciste de Padilla,
Al ir á entrar en la fatal refriega.
Salvar su esposa y su inocente hijo
Alli juraste; cúmplelo: ¿qué esperas?
Padilla desde el lóbrego sepulcro
Te lo prescribe; él mismo, si viviera,
No dudaria aprisionar su esposa,
Si único medio de salvarla fuera.

MENDOZA.

Sereno en el peligro, imperturbable
En el sangriento horror de la pelea,
Siempre me viste; mas ahora tiemblo...
Y femenil pavor mis miembros hiela...
Con la negra apariencia de alevoso,
¿Cómo osaré mostrarme en la presencia
De esa engañada víctima?... La muerte,
La muerte mas tranquilo recibiera.

LASO.

¿De una muger ilusa y delirante
La momentánea cólera te arredra?
¿Al que anhela frenético su ruina
Las armas prestarás? ¿O con violencia
Le alejarás del hondo precipicio?

MENDOZA.

¿He de sufrir su enojo?

LASO.

Pues perezca;
Y su aplauso obtendrás. (*En ademan de irse.*)

MENDOZA (*deteniéndole*).

No! viva... viva.

LASO.

Cuando en el seno plácido se vea
De su ilustre familia; cuando mire
Feliz al pueblo, y la horrorosa guerra
Trocada en paz dichosa; cuando abrace
Al hijo de su amor... ¡Ah! ¡qué sincera
Será su gratitud! « *A tí lo debo*,

Te dirá cariñosa: *madre tierna*
Hoy vuelvo á ser por tí; por tí respiro;
Paz y vida me diste, honor y hacienda. »

MENDOZA.

A salvarla, á salvarla!

LASO.

Sí; que es muerte
La menor dilacion: cerca me esperan
Mis leales amigos, que acaudilla
El valiente Guzman. A tu prudencia
Y á su fiel sumision á tus mandatos
El éxito confio de esta empresa:
Aguárdalos aqui, mientras yo vuelo
A donde mas importa mi presencia...
Es necesario sorprender, á un tiempo,
A Hernando y sus parciales, sin que puedan
Armarse, reunirse, ni oponerse...
Caudillos y soldados solo esperan
Que levante la voz para seguirme;
Darles yo la señal, abrir las puertas,
Y entrar las tropas reales, será un punto...
Calles y plazas, pórticos y almenas,
Se verán de soldados guarnecidos...
La oscuridad, el susto, la sorpresa
El ánimo helarán de los facciosos;
Sin acuerdo, sin guia, sin defensa,
Sin distinguir amigos ni contrarios,
¿Cómo resistirán?... A Dios; se acerca
El término feliz de tantos males...

Tardar es crímen; vacilar, flaqueza.

ESCENA II.

MENDOZA (*solo*).

MENDOZA.

El éxito corone tu esperanza;
La fortuna te guie... ¡Oh noche! Lleva
Contigo el duelo y el horror y el llanto;
Y el nuevo sol tranquilos ya nos vea. —
¿Qué sordo ruido el lúgubre silencio
Interrumpe?. ¿Qué escucho?. Alguien se acerca.

ESCENA III.

MENDOZA, VIUDA (*un escudero siguiéndola*).

VIUDA (*al escudero*).

Premiaré tu favor, aunque tardío;
Retírate; secreto!... y nada temas.

ESCENA IV.

MENDOZA, VIUDA.

VIUDA.

¡Feliz presagio! El cielo favorable

Te presenta á mi vista... Arde encubierta
Atroz conjuracion; y ya amenaza
Próxima á reventar... Ve, corre, vuela;
Alarma al pueblo; anima á los valientes...
Si el débil sexo combatir me veda,
Yo alentaré á los mios; yo á tu lado
Sabré triunfar ó perecer... Perezcan
Los pérfidos traidores! ¿Quieren sangre?
Su sangre correrá. — Báñese en ella
El pueblo; y mas feroz y mas terrible
Se arrojará á la lid... Ni paz ni tregua
Ni perdon ni piedad; ó triunfo ó muerte! —
¿Mas qué advierto?... ¿Vacilas? ¿Te amedrentas?
¿Dudas?... ¡Ay! con razon: el artificio
Desconociendo y la perfidia horrenda,
Imposible imaginas que cupiese
En castellanos pechos tal bajeza.
¡Cómo te engaña tu honradez! No dudes;
Mil cobardes traidores nos rodean;
En tí solo confio...

MENDOZA (*con voz baja*).

¿Dónde, dónde
Me esconderé?

VIUDA.

¿Qué dices?... ¿Débil tiemblas,
Cuando esgrimir debieras el acero?
¿La amistad, el honor, tantas promesas
Olvidaste en un punto? ¡Ah! no es posible...
Amigo de Padilla!... hoy á tu diestra

La venganza confio de su muerte;
Hiere, mata, destruye, arruina, incendia
Cuanto se oponga á tu furor... ¡Dichoso,
Si el pecho infame á traspasar aciertas
Del traidor Laso, que á los viles guia!...
¡Cómo envidio tu suerte! ¡Oh! ¡si pudiera
Blandir el hierro, y derramar su sangre,
Y mi rabiosa sed saciar en ella!

MENDOZA.

No es traidor Laso...

VIUDA.

¿No? Mi fiel García
Seducir se dejó por sus promesas;
Pero ya arrepentido y pesaroso,
De revelarme acaba su flaqueza. —
Mientras dudas, los pérfidos se arman;
Quizá el alcázar con furor ya cercan;
Quizá ya rompen los robustos quicios;
Ya el puñal nos amaga...

MENDOZA.

Nada temas;
Yo... tu vida aseguro...

VIUDA.

¿Y mi venganza?

MENDOZA.

Es tarde...

VIUDA.

¡Es tarde! ¿Y clavas en la tierra
Los encendidos ojos, y enmudeces,

Y tu rostro me ocultas con vergüenza?...
Me has vendido, cruel!...

MENDOZA.

¡Ah! por salvarte...
Mi excesiva amistad...

VIUDA.

Aparta, deja...
¡Mal haya tu amistad!

MENDOZA.

El riesgo urgia;
Dudoso el pueblo, inútil la defensa,
Sin valor los soldados, Laso instaba...

VIUDA.

¿Le has ofrecido, aleve, mi cabeza?

MENDOZA.

Le exigí tu perdon.

VIUDA.

¿Qué prometiste?

MENDOZA.

Impedir que tu inútil resistencia
Te llevase al patíbulo; estorbarte
Que animases al pueblo á la defensa,
Y al pueblo, á tí, y al hijo sepultaras...

VIUDA.

Si cumplirlo creiste, tu flaqueza
Consultaste tan solo, no mi aliento;
Guarda, guarda á los tuyos las cadenas:
Dignos sois del perdon. (*En ademan de irse.*)

MENDOZA (*deteniédola*).

¿A dónde, á dónde
Los pasos dirigis?

VIUDA.

A donde muera,
O satisfecha deje mi venganza.

MENDOZA.

Piedad, piedad de vos!

VIUDA.

¡Ah! cesa, cesa
De insultarme con voces engañosas:
No he menester aleves que me vendan;
Valientes necesito, y vengadores
Del caro esposo y de la patria opresa.

MENDOZA.

Si con toda mi sangre borrar puedo
La falta de un momento de flaqueza...
Si alcanza á disculpar la amistad pia
El crímen que ella misma produjera...
Si demasiado amor á vuestro hijo
Fuere delito que perdon merezca;
Perdonadme, señora, perdonadme!

VIUDA.

Quien mi perdon y mi amistad desea,
No gime, no se abate, no suplica;
Si espada tiene y valerosa diestra,
En el vil corazon de los traidores
Alli busca el perdon.

MENDOZA.

Si no expusiera
Mas que mi vida, al punto le alcanzara;
Pero un pueblo infeliz...

VIUDA.

Lava tu afrenta
En la enemiga sangre.

MENDOZA.

En vano... en vano...

VIUDA.

Decis bien; es en vano: ¿quién intenta
Infundirle valor á un alevoso?...
¡Ay, de vosotros, si por vez postrera
Oye el pueblo mi voz! En vuestros pechos
Afilará su espada; y mas tremenda
Será ruina y pavor á los contrarios!
(En ademan de irse.)

MENDOZA.

Los pasos suspended... Mirad que os cercan
Mil y mil riesgos; si moveis la planta,
Por do quiera un puñal, á cada huella
Hallareis un sepulcro.

VIUDA.

Mis leales....

MENDOZA.

Su inútil amistad te es mas funesta
Que el rencor enemigo: tus contrarios
Quieren salvarte; y ellos te condenan...

VIUDA.

A la gloria me guian...

MENDOZA.

A la muerte.

VIUDA.

Su don les agradezco, si me vengan.—

MENDOZA.

Perded toda esperanza: en este instante,
Quizá ya las murallas y las puertas
Con sus armas guarnece el enemigo;
Hácia este alcázar presurosos vuelan
Los amigos de Laso...

VIUDA.

Antes el pueblo
Sabrá vuestra perfidia.

MENDOZA.

Ya se acercan...

VIUDA.

Un momento, Fortuna! (*Sale denodadamente*).

MENDOZA.

A tus insultos
Responderé, muriendo en tu defensa.
(*Siguiéndola.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Sigue siendo de noche.)

ESCENA I.

VIUDA. (*Entrando con precipitacion y como fuera de sí.*)

¿Dónde os lleva el furor?... Tened, impíos...
No me siguen... ¡Oh Dios! Mas el estruendo
Crece y atruena... los aleves triunfan;
Y sorprendido el valeroso pueblo,
Víctima cae de la atroz perfidia!
Si algun medio quedara... Mas desierto
Está el alcázar; todos me abandonan...
Mendoza, él solo, entre el tropel inmenso
De conjurados, levantó en mi apoyo
Su voz... fue en vano: en el tumulto envuelto,
Cercado de puñales y asesinos,
Yo ví brillar su irresistible acero
Y abrirme senda... en vano: entre el tumulto
Despareció á mi vista;... quizá ciegos
Le dieron atroz muerte... ¡Ah! los cobardes
Ni aun este último bien me concedieron!

Con bárbara piedad, mis amenazas,
Mis quejas, mis insultos desoyendo,
De mí alejaban los agudos filos...
La cadena cruel sobre mi cuello
Ví ya pendiente; y la apiñada turba,
Formando en derredor un muro espeso,
Cerrarme el paso... ¡Oh noche! á tus tinieblas
Debo mi fuga y libertad. — Si el pueblo
Aun pudiera escucharme... Mas en vano
Con tan grata ilusion me lisonjeo;
Ya se acercan los bárbaros verdugos;
Ya escucho su clamor; ya, ya les veo
Arrastrarme al cadalso... Amado esposo!
Te sigo, al fin te sigo; el mismo hierro,
Que te arrancó de mis amantes brazos,
Va á unirme á tí.. Dichosa!.. Ay! por mis miembr
Corre un sudor de muerte... pavoroso
Se estrecha el corazon dentro del pecho,
Y hiélase mi sangre... Ante el suplicio,
Quizá me falte el desigual aliento...
Quizá mi lengua con inciertas voces
Implore el vil perdon... Sagrados cielos,
Concededme morir cual digna esposa
Del heróico Padilla! Unico premio
A tanto sacrificio, os lo demanda
Esta inocente víctima! — Mi esfuerzo
Siento ya renacer: venid, crueles;
Preparad los mas bárbaros tormentos:
Yo ante vosotros correré al suplicio;

Yo en el cadalso, con tremendo acento,
Haré temblar tiranos y verdugos!

ESCENA II.

VIUDA, MENDOZA.

VIUDA.

¿Aun vives?

MENDOZA.

Por mi mal: el hado adverso
Me ha negado aplacarte con mi sangre.

VIUDA.

Amigo, fiel amigo!...

MENDOZA.

Bien merezco
Tan grato nombre oir: tú, tú me viste
Alzar la voz en el tumulto horrendo,
Arrollar el tropel de conjurados,
Y tus pasos guiar... ¡Cuál mi tormento,
Cuál creció mi furor, cuando impelido
De tanta multitud, corro, y te pierdo,
Y grito, y no respondes; y me arrojo
A la cerrada turba, la penetro,
Te busco por do quier y no te hallo!...
Ciego, desesperado, apeteciendo
Hallar la muerte, *¡ah, pérfidos traidores!*
Grito con ronca voz; y revolviendo
Acá y allá la centellante espada,

Acometo á los viles, que dispersos
Sálvanse apenas con la presta fuga...
Al confuso clamor, al ronco estruendo
De las armas, acuden conjurados,
Crece su bando, dóblase su aliento,
Me cercan, me amenazan... los insulto,
Resisto... inútilmente: el fuerte acero
Salta roto á los golpes, y no alcanza
A sostenerme mi rendido esfuerzo.
Desarmarme, caer, y abalanzarse
La turba sobre mí, fue en un momento:
Muera! sonó en mil labios; mil puñales
Ví amenazar mi inalterable pecho.—
Cierta era ya mi muerte, cuando llega
El caudillo Guzman, oye mi acento,
Reconoce á su amigo, habla, intercede,
En sus brazos me ampara, y dividiendo
El confuso tropel, me restituye
La vida y libertad.—¡Oh! ¡cuán funesto
Me pareció su don en aquel punto!...
Aun mal seguro, de tu suerte incierto,
Ansioso de salvarte, horrorizado
Al contemplar el inminente riesgo
De la patria, discurro por las cálles,
Perdida la razon, con mil afectos
El corazon turbado... Al tiempo mismo,
Los conjurados, cual torrente inmenso,
La ciudad inundaban: á sus voces,
Con ronco estruendo retumbaba el viento;

Y un lúgubre silencio sucedia,
Redoblando el horror.—Yo los ví ciegos
Correr calles y plazas; y furiosos,
Las antorchas frenéticos blandiendo,
Amenazar incendio y muerte y ruina...
Confuso, sorprendido el triste pueblo,
¿Qué pudo hacer en tan fatal conflicto?
Callar, temblar, ceder...

VIUDA.

¿No queda medio
De salvarnos?

MENDOZA.

Ninguno.

VIUDA.

¿Ni la fuga?

MENDOZA.

Cercado está el alcázar: por momentos
Llegarán los contrarios... Su venida
En dura incertidumbre ansia Toledo,
Por evitar los bárbaros horrores
Del popular tumulto: entre ambos riesgos,
El yugo elige por gozar reposo.

VIUDA.

¡El yugo elige!

MENDOZA.

A tan fatal extremo
La redujo el destino.

VIUDA.

Yo mas fuerte,

De mi destino triunfaré.

MENDOZA.

No es tiempo...

VIUDA.

¿Tienes valor?

MENDOZA.

Lo sabes.

VIUDA.

¿Mis mandatos
Juras obedecer?

MENDOZA.

Á tu precepto
Sabré morir.

VIUDA.

Mas duro sacrificio
Voy á exigir de tu amistad.

MENDOZA.

Mi esfuerzo...

VIUDA.

Quizá no baste á tan terrible prueba...

MENDOZA.

Bastará.

VIUDA.

Hiere, pues. -- Hiere mi pecho;
Líbrame del cadalso y de la infamia:
Grata será la muerte, que deseo,
Si de tu amiga mano la recibo!...
Mas presenciar el bárbaro contento
Del vencedor, y ver á sus verdugos

Ligar mis brazos con pesados hierros,
Conducirme al suplicio entre los ayes
Del pueblo amedrentado... ¡Ah! los perversos
Le vedarán hasta el llorar mi muerte;
Y á la crueldad uniendo el menosprecio,
« *Ved vuestro triunfo!* » gritarán feroces,
Al presentarle mi cadáver yerto...
¡Ay, caro amigo!... á tan tremenda imágen,
La voz me falta, y ríndese mi aliento...
Si á compasion te mueven mis desgracias,
Líbrame de tan bárbaros tormentos.

MENDOZA.

Templad vuestro dolor...

VIUDA.

Sé compasivo:
Hiéreme, por piedad!

MENDOZA.

¡Hasta qué exceso
Os lleva la pasion! — Acostumbrada
A sufrir el rigor del hado adverso,
Quizá juzgais mayores vuestros males,
Cuando van á finar.

VIUDA.

Solo hay un medio
De que acaben... la muerte.

MENDOZA.

Vos, vos misma
Redoblais vuestro amargo sentimiento,
Imaginando riesgos que no existen:

Amigos y contrarios sus esfuerzos
Unen para salvaros; con clemencia
Os brinda el vencedor; y Laso mesmo...

VIUDA.

¡Confias en tiranos y alevosos!

MENDOZA.

En su interes, no en su virtud. — Completo
Ven ya su triunfo, y afianzado el trono
Que alzó en Castilla el despotismo fiero...
¿Qué les valiera derramar mas sangre?
¿A qué un nuevo delito sin provecho? —
Vivid, vivid segura...

VIUDA.

¿Con infamia?

MENDOZA.

En dulce paz, que por tan largo tiempo
Huyó de vuestro seno.

VIUDA.

¡Yo rendida
Ante los pies del vencedor, pidiendo
Besar la torpe mano salpicada
Con sangre de mi esposo!... Antes los cielos
Castiguen mi perjurio con sus rayos!
Antes morir mil veces!

MENDOZA.

¡Tal acento
En boca de una madre!

VIUDA.

De la esposa

Del inmortal Padilla.

MENDOZA.

Los afectos
Que natura os inspira...

VIUDA.

Mi promesa...

MENDOZA.

Olvidad vuestro horrible juramento:
Recordad que sois madre...

VIUDA.

Sí...

MENDOZA.

Sois madre!
Huérfano, solo, abandonado...

VIUDA.

¡Oh cielos!

MENDOZA.

Con vuestra muerte, el inocente hijo
Al insulto y furor quedara expuesto.

VIUDA.

El inocente...

MENDOZA.

Entre el comun conflicto,
Solo él disfruta de apacible sueño:
Allá reposa, ageno de sus males...
¡Cuál fuera su dolor y desaliento,
Si al despertar buscando las caricias
De tierna madre, hallara el triste lecho
De sañudos semblantes rodeado!

VIUDA.

Hijo de mis entrañas!... Heredero
De la funesta gloria de tus padres,
Sé mas feliz que entrambos!... ¡Ah! no puedo
Imitar la constante fortaleza
Del glorioso Padilla... Él, resistiendo
Al paternal amor con alma heróica,
Por no abatir el indomable cuello,
Dejaba al hijo en luto y desamparo...

MENDOZA.

No!... Le dejaba en el materno seno;
Le dejaba en tus brazos amorosos:
Tu pecho escudo á su sencillo pecho,
Era tu vida amparo de la suya...
Pero sin tí...

VIUDA.

¡Infeliz!... Ni aun el consuelo
De recibir mi postrimer abrazo!...

MENDOZA.

¿Qué pronunciais?... Mas en tus ojos veo
Brotar, á pesar tuyo, el tierno lloro;
Triunfa naturaleza... A sus preceptos
¿Cómo una madre resistir pudiera?

VIUDA.

Triunfa, sí, triunfa; y el fatal secreto
De mi flaqueza arranca... ¡Ay! no publiques
De una mísera madre el desconsuelo;
Oculta mis temores, mis angustias;
Guarda ilesa mi fama...

MENDOZA.

Te prometo
Guardar tu honor y vida...

VIUDA.

La de un hijo
Encargo á tu cuidado... Ultimo obsequio
Que puede hacerte mi amistad! Defiende
Su débil existir;... graba en su pecho
El amor á sus padres, la memoria
De su gloriosa muerte, y odio eterno
A los viles tiranos!... Teman, teman
Que preserve su vida el justo cielo,
Para vengar á la oprimida patria!

MENDOZA.

¿Qué delirio os perturba? ¿Y eran estos
Los tiernos sentimientos que anunciaba
Vuestro lloro?... ¡Insensato! ¿A qué pretendo
Aconsejar á quien mi voz no escucha?
Con dura voz é irresistible acento
Convencerá vuestra tenaz porfía...

VIUDA.

¿Quién?

MENDOZA.

La necesidad. — El yugo es cierto;
Inútil el furor... Venganza, fuga,
Hasta la muerte es imposible.

VIUDA.

El cielo
Nunca niega ese arbitrio al desgraciado!

MENDOZA.

Esta vez lo negó.—Suena el estruendo;
Amigos y enemigos á porfía
Vuelan para salvaros...

(*Suena á lo lejos el estruendo de los conjurados.*)

VIUDA.

Ya te veo,
Terrible Sombra, alzarte amenazando,
Y señalarme el desangrado cuello
Y las hondas heridas... Ya te escucho
Recordarme el tremendo juramento...
Antes muerta que esclava! Vuelve, vuelve
Al sepulcro tranquila... Te obedezco.

MENDOZA.

¡Qué ciego frenesí!

VIUDA.

¡Querido esposo!

(*Crece cada vez mas el estruendo y la confusion.*)

PUEBLO Y CONJURADOS.

(*Desde adentro.*)

Perdon! perdon!

MENDOZA.

¿Escuchas los acentos?

VIUDA.

Me apresuran la muerte...

MENDOZA.

Te perdonan.

VIUDA.

(*Dirigiéndose al tropel, que se acerca.*)
Esclavos, que abomino y que desprecio,
Gozad vosotros del perdon infame;
Mi libertad hasta el sepulcro llevo.

(*Saca prontamente un puñal, hiérese, y al caer la sostiene* MENDOZA; *al mismo tiempo que salen precipitadamente* LASO *y* LOPEZ, *seguidos de soldados del ejército real, y de un tropel de conjurados con armas y hachas encendidas.*)

FIN DE LA TRAGEDIA.

LA NIÑA EN CASA

Y

LA MADRE EN LA MASCARA,

COMEDIA.

ADVERTENCIA.

Como el mejor de nuestros poetas cómicos modernos habia ya presentado en varios cuadros las resultas de la educacion apocada y monjil, que solia darse á las hijas en España, me propuse por argumento de esta composicion censurar un vicio diferente, mas comun en el estado actual de nuestras costumbres; cual es el que se origina, en el trato del mundo, del mal ejemplo y del descuido de las madres. El público, al parecer, ha juzgado fiel la pintura, habiendo acogido favorablemente esta comedia, representada por primera vez en Madrid á fines del año de 1821, y posteriormente en los demas teatros de España y en algunos de América; mas no habiéndose impreso hasta ahora, al mismo público es á quien toca, con mas conocimiento de causa, confirmar ó revocar su primer fallo.

PERSONAS.

Dª. LEONCIA, madre de Dª. Ines.
Dª. INES.
DON PEDRO, hermano de Dª. Leoncia.
DON LUIS.
DON TEODORO.
JUANA, criada de Dª. Leoncia.
PERICO, criado de Don Teodoro.

La escena en Madrid, en la casa de Doña Leoncia.

El teatro representa una sala decentemente adornada, con una puerta en el foro, por la que se entra de la calle; á la derecha la puerta de la habitacion de Don Luis; á la izquierda la del cuarto de Don Pedro; y en el mismo lado otra puerta, que conduce á las demas habitaciones de la casa.

LA NIÑA EN CASA

Y

LA MADRE EN LA MASCARA,

COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON LUIS, Y DON PEDRO
(*que éntra de la calle*).

DON PEDRO.

¡Jesus, que plomo de hombre!...
Perdone usted el mal rato,
Amigo Don Luis: ahí cerca
Tropecé por mis pecados
Con un eterno hablador,
Que me ha tenido hora y cuarto
Sin dejarme respirar.

DON LUIS.

Solo siento que ha pasado

La hora de ir á nuestro asunto.

DON PEDRO.

¿Qué remedio? Si no han dado
Las doce, y tocan á misa,
Aun me tiene el judiazo
Del mercader en la calle...
¡Qué charlar! Un escribano
Y un procurador hambriento
No ensartan mas; pero al cabo
Dió una noticia importante;
Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Vera-Cruz.

DON LUIS.

Ya estaba yo con cuidado
Sin noticias de mi padre.

DON PEDRO.

Pues mi dichoso cuñado
Tampoco ha escrito en diez meses:
Estarán apisonando
Talega sobre talega,
Y mas que de arriba abajo
Se hunda el mundo. Yo no sé
Como resolvió enviaros
Vuestro padre á pretender...

DON LUIS.

Nunca me sentí inclinado
Al comercio.

DON PEDRO.

Pues tampoco

Aprendereis en diez años
El papel de pretendiente:
Teneis juicio, sois honrado,
Ni adulais ni sois molesto...
¿Y quereis venga á buscaros
La toga? ¡No es mal capricho!

DON LUIS.

Pasaré con mas descanso
Mi vida: ¿qué se ha de hacer?

DON PEDRO.

Eso sí, tan mesurado
Siempre... Mas de algunos dias
A esta parte os he notado
Que estais triste y pensativo:
¿Qué teneis? Habladme claro;
Ya conoceis mi carácter.
Si aqui en casa os han faltado
Al obsequio que se debe...

DON LUIS.

No cabe mas agasajo
Que el que todos me dispensan.

DON PEDRO.

Si algun pícaro criado
No os sirve como á mí mismo...

DON LUIS.

Todos se esmeran...

DON PEDRO.

Si acaso
La niña con sus vivezas

Os ha disgustado en algo...

DON LUIS.

No, no por cierto, Don Pedro.

DON PEDRO.

Ya lo acerté: os ha enfadado
Con alguna impertinencia
Mi bendita hermana; claro:
Ella es buena, es obsequiosa;
Tiene un corazon honrado;
Pero, ¿cabeza? ya va;
Siempre en sus modas pensando,
Siempre haciéndose la niña...

DON LUIS.

Pero, señor...

DON PEDRO.

Ya he notado
Que no estais contento en casa:
Y si mi hermana ó mi diablo
Tiene la culpa, le juro...

DON LUIS.

Por Dios, que os estais cansando,
Y no es nada, nada de eso...

DON PEDRO.

La verdad: yo he sospechado
Que ya no os gusta Inesita,
Como al principio: soy franco;
Y segun mis conjeturas,
Vuestro padre y mi cuñado
Os enviaron á España

Con el proyecto entre manos
De casar los herederos.
No porque felices ambos
Vivais en el paraiso;
No por cierto, ni soñarlo:
A estilo de comerciantes,
Con el tintero en la mano,
Ajustarian la boda
Como azúcar y cacao:
Veinte pones, veinte pongo,
Son cuarenta, y llevo cuatro.
Esto es solo una sospecha;
Pero, pues solos estamos,
Imitando mi franqueza
Decidme si voy errado.

DON LUIS.

No lo sé; pero Inesita...

DON PEDRO.

No os desagrada...

DON LUIS.

Es un pasmo
De belleza, su carácter
Ingenuo, afable su trato,
Dócil, discreta, festiva...

DON PEDRO.

Pues, hombre, ¿en qué estais pensando
Que no la sacais de penas?...
¿Me poneis los ojos bajos
Y callais á lo novicio?

Será preciso con garfios
Arrancaros las respuestas:
Tiene ligeros los cascos
La muchacha; ¿no es asi?...
Muger, diez y siete años,
La educacion de la corte,
Las amiguitas, el trato
Con mozalvetes del dia,
La madre... ya tropezamos
Con la piedra... ¿No es verdad?

DON LUIS.

Puesto que estais empeñado
En que he de satisfaceros,
Os mostraré ingenuo y franco
Mi corazon.

DON PEDRO.

Por supuesto.

DON LUIS.

Con usted solo, y guardando
El secreto que es debido,
Tomar pudiera en mis labios
A una familia á quien debo
Tantos favores...

DON PEDRO.

Al grano.

DON LUIS.

Omito el decir á usted
Cuan pronto quedé prendado
De Inesita: la amé tierno;

Busqué en sus ojos el pago
De mi amor; cobré esperanzas:
Mis expresiones hallaron
Ternura, en vez de desvío;
Y ciego de enamorado
No aspiraba á mas ventura
Que á lograr su hermosa mano.
Pero bien pronto mis gustos
Acibaró el desengaño:
Hallé voluble su genio,
Y que los malos resabios
De una educacion de moda
Iban sin cesar labrando
En su corazon sencillo:
A tertulia desde el palco,
Al baile desde el paseo,
Sin aficion al cuidado
Ni al arreglo de la casa,
En los objetos mas vanos
Consumió su atencion toda.
Desde entonces fuí notando
Que á su pasion sucedia
El despego mas extraño;
Que hallaba adusto mi genio,
Porque su bien anhelando,
No alababa sus caprichos,
Como los jóvenes fatuos
Que de continuo la cercan:
Uno de ellos...

DON PEDRO.

El bellaco
De Don Teodoro.

DON LUIS.

Ese mismo:
Su orgullo lisonjeando,
Pintándole el matrimonio,
No como el yugo templado
Del amor y de las leyes,
Sino como el medio franco
De gozar mas libertad,
Le hizo ver en mí un tirano
Que aspiraba á esclavizarla.
A los consejos dañados
De su amistad lisonjera
Muy en breve se mezclaron
Los obsequios amorosos...
En fin, para no cansaros,
Me robó (¡ay triste!) el amor
De Inesita, siendo vanos
Mis esfuerzos por mostrarle
La razon: su pecho incauto,
Mas expuesto por mas dócil,
No resistió al falso halago
Del amor propio, al deseo
De lucir en el teatro
Del mundo, cual sus iguales,
Al mal ejemplo inmediato
De una madre inadvertida...

Pero hablar con un hermano
De estas cosas, es muy duro...

DON PEDRO.

Sí; pues estaré esperando
A que me digais que es loca...
Hace unos cuarenta años
Que tuve yo esa nòticia.

DON LUIS.

No quise yo decir tanto,
Ni fuera razon tampoco;
Solo sí manifestaros
Que, no menos que su hija,
Es víctima del contagio
General de las costumbres:
Por no sufrir los sarcasmos
De la turba corrompida
De insolentes cortesanos,
Sigue del lujo y la moda
Los extravagantes pasos,
Sin que la edad la corrija
Ni la enmiende el desengaño.
Sé muy bien que es incapaz,
Aunque en riesgo tan cercano,
De faltar á los deberes
Del honor y de su estado;
Pero á un orgullo pueril
Su opinion sacrificando,
Mas que ser mala, procura
Ante el mundo aparentarlo.

A su hija misma disputa
Los obsequios y agasajos
De jóvenes pisaverdes;
De esta lucha resultando
Mil lances, que dan materia
De diversion á los vagos
Y de lástima á los cuerdos:
Yo que tan interesado
Estoy en su propio honor...
Me parece que oigo pasos,
Y sintiera...

DON PEDRO.

Hétela aqui,
Que viene por su retrato.

ESCENA II.

DON LUIS, DON PEDRO, Y DOÑA LEONCIA (*que entra de la calle, y se sienta despues*).

DOÑA LEONCIA.

Si no me da un tabardillo,
Tengo la sangre de hielo:
¡Qué Madrid! Ni un lugaron
De la Mancha estará menos
Surtido... Nada de gusto...

DON PEDRO.

Téngalos usted muy buenos.

DOÑA LEONCIA.

¿Ahí estás tú, linda maula?
Vengo para cumplimientos
Segun el humor que traigo.

DON LUIS.

Venis mala?

DOÑA LEONCIA.

No por cierto,
Don Luisito; son cuidados
Que las señoras tenemos.

DON PEDRO.

¿Y cuál es el que te aflige?...
Un abanico te apuesto
A que lo acierto.

DOÑA LEONCIA.

¿A que no?

DON PEDRO.

¿No hay palco en el coliseo
Este carnaval?

DOÑA LEONCIA.

El doce.

DON PEDRO.

¿Se ha puesto el doguillo enfermo?

DOÑA LEONCIA.

Tampoco.

DON PEDRO.

Va la tercera:

DOÑA LEONCIA.

No te devanes los sesos,

Porque no lo has de acertar.

DON PEDRO.

Ello es de grave momento.

DOÑA LEONCIA.

Ya se ve.

DON LUIS.

¿Podrá saberse?

DOÑA LEONCIA.

Para la noche tenemos
Una máscara dispuesta;
Y esta mañana me encuentro
Que me faltan mil adornos
Para el trage... Busco, veo,
Registro tiendas, modistas...
Todo antiguo, todo viejo,
Ningun capricho gracioso...

DON PEDRO.

¡Vaya! si no hay ya gobierno
En este Madrid.

DOÑA LEONCIA.

¿Te burlas?

DON PEDRO.

No tal; antes me lamento
De que está el mundo perdido;
Pero, díme: ¿dónde bueno
Va la música esta noche?

DOÑA LEONCIA.

Casa de aquel caballero
Tan rico de Andalucía...,

DON PEDRO.

Asi es muy fácil el serlo;
Con deber y no pagar...

DOÑA LEONCIA.

Eso sí, darle de recio
A la espada de dos filos,
Desollar... ¿Y qué tenemos?
Con tomar agua bendita,
Te quedas luego tan fresco.

DON PEDRO.

Supongo que irá la niña
A la fiesta.

DOÑA LEONCIA.

No por cierto:
Se queda en casa.

DON PEDRO.

¿Y porqué?
La máscara es un portento
Para escuela de moral.

DOÑA LEONCIA.

Pues por lo mismo no quiero
Llevarla donde hay desórden.

DON PEDRO.

En dándole el buen ejemplo
De ir su madre la primera...

DOÑA LEONCIA.

¡Ola! ¿Con que ya tenemos
Predicador cuaresmal?

DON PEDRO.

Fuera sermon en desierto.

DOÑA LEONCIA.

Te he dicho ya que voy sola,
Que en casa á Inesita dejo,
Porque luego no me gruñas.

DON PEDRO.

Maldito si te agradezco
La fineza: ¿te parece
Que la causa no comprendo?
Es que el padre provincial
Se deja encerrado al lego,
Para retozar mas libre...

DOÑA LEONCIA.

¡Ay, que lengua!

DON PEDRO.

Porque entiendo
A la gente veterana:
¿No ves que soy perro viejo?...
Yo no sé, amigo Don Luis,
Si os divertirá lo mesmo
Que á mí: cuando voy á un baile,
Como ni danzo ni juego
Ni echo flores á las damas,
De una silla me apodero;
Y no pasa alma viviente
Sin que pague su derecho,
Como en portillo de guardas.
Pero en nada me entretengo

Como en mirar á las viejas,
Cuando grita el bastonero:
Contradanza! Aqui fue Troya...
Las jóvenes al momento,
Cada cual con su pareja,
Se colocan por supuesto
A la cabeza del baile:
Los generales mas diestros
Desde alli ordenan el plan;
Dan la voz de mando, y luego
Las órdenes se circulan
Al batallon de refuerzo,
Que se extiende á retaguardia,
Por lo regular compuesto
De muchachuelas bisoñas
Y cadetes inexpertos.
Pues aqui, amigo Don Luis,
Es donde encuentran su puesto
Las inválidas ilustres,
Que llenas de honrosos premios
En cien años de servicio,
Aspiran á mas trofeos.

DOÑA LEONCIA.

¿Callarás?

DON PEDRO.

Alli es el verlas
Mover el pesado cuerpo
Al veloz paso de ataque;
Alli el correr sin aliento,

Descargando medio siglo
Sobre el pobre compañero...

DOÑA LEONCIA.

No basta ya la paciencia (*Levantándose.*)
Para un hablador tan necio.

DON PEDRO.

Pues callaré; estate quieta:
Si no te enfadas, te tengo
Que preguntar una cosa.

DOÑA LEONCIA.

Pues díla.

DON PEDRO.

¿Saber podremos
Dónde has dejado á Inesita?

DOÑA LEONCIA.

Estará de vuelta luego:
Fue casa de unas amigas...

DON PEDRO.

¿No lo dije?... Devaneos
De una madre casquivana,
Descuidos que en algun tiempo
Pueden costarnos muy caros.

DOÑA LEONCIA.

Fue con Juana...

DON PEDRO.

¡Buen sugeto!

DOÑA LEONCIA.

Es muchacha de razon.

DON PEDRO.

No la iguala el Cancerbero
Para guardar un serrallo...

DOÑA LEONCIA.

Ni hay honra que esté á cubierto
De tu lengua.

DON PEDRO.

Pero, díme,
Muger: ¿te parece cuerdo
Dejar ir con la criada
A la niña?

DOÑA LEONCIA.

No está lejos
La casa.

DON PEDRO.

Pues mas cercano
Está á las veces el riesgo.

DOÑA LEONCIA.

Ya les dije que cuidado...

DON PEDRO.

El aviso fue discreto!
¿Y porqué no fuiste tú?

DOÑA LEONCIA.

¿Con qué no podré un momento
Separarme de mi hija?...

DON PEDRO.

Por mi voluntad, ni medio.

DOÑA LEONCIA.

¡No era mala esclavitud!

DON PEDRO.

Para madres de estos tiempos
Dices bien: les duele mucho
En las calles y paseos
Llevar la fe de bautismo
Por delante; y yo por eso
No les diera otro castigo:
¿Ni cabe mayor tormento
Que ver andar á la niña
Como un bergantin velero,
Y detras ir á remolque
El casco pesado y viejo
De la madre, aparentando
Que sale del astillero?...
Y lo mas triste del caso
Es cuando el diablo travieso
Les sugiere á las muchachas,
Que al ir pasando por medio
De un corro de pisaverdes,
Vuelvan la cara diciendo:
Madre... madre... ¡Haya malvadas!...

DON LUIS.

Ola, Inesita...

DOÑA LEONCIA.

Me alegro.

ESCENA III.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA.

DOÑA INES.

Luisito, muy buenos dias;
Felices, tio: ¿no he vuelto
Pronto, mamá?

DOÑA LEONCIA.

Sí, mis ojos.

DOÑA INES.

Hemos venido corriendo
Por no tardar.

JUANA.

Y unos coches
Sin querer nos detuvieron
Ahí en la Puerta del Sol.

DON PEDRO.

Por eso, Juana, no es bueno
Ir por calles excusadas.

JUANA.

Pues siempre busco lo menos
Concurrido...

DON PEDRO.

Se conoce.

JUANA.

No tengo sabroso el genio

Para sufrir los moscones
Que al pasar echan requiebros.

DON PEDRO.

Haces bien.

JUANA.

Yendo cruzando
Por la esquina de Correos,
Nos requebró un perillan;
Y si el brazo no detengo...

DON PEDRO.

Seria algun hombre indecente...

JUANA.

Sí, señor.

DON PEDRO.

Tan descompuesto,
Tan mal vestido...

JUANA.

Seguro.

DON PEDRO.

Mala cara...

JUANA.

Hasta era tuerto.

DON PEDRO.

Viejote...

JUANA

¿Pues le vió usted?...

DON PEDRO.

No, Juana; pero sabiendo
Tu virtud, sospeché al punto

Que era horrible, pobre, y viejo.

DOÑA LEONCIA.

No hagas caso (*á Juana*). Yo no he visto
Unos colores mas feos... (*á Doña Ines*).

(*Doña Leoncia y Doña Ines habrán estado examinando, durante este diálogo, algunas cintas que ha traido la última.*)

DOÑA INES.

Acérquese usted, Luisito,
A dar su voto.

DON LUIS.

No entiendo
Inesita, de esas cosas;
Y errara de medio á medio.

DOÑA INES.

¿Cuándo ha de aprender usted
A ser un buen consejero
De tocador?

DON LUIS.

Me parece
Que si no mudo de genio,
Tarde ó nunca.

DOÑA LEONCIA.

Yo no he visto
Un mozo menos dispuesto
A complacer á las damas:
¿Tan poco le merecemos
A usted?

DON LUIS.

Todo lo contrario:
No hay quien haga mas aprecio
De las señoras que yo;
Sé la atencion y respeto...

DOÑA LEONCIA.

¡Jesus! Jesus! qué atrasado!
Ni un finchado caballero
Portugues dijera mas.
Conviene vayais perdiendo
Los resabios de provincia;
Es menester mas despejo,
Mayor franqueza en el trato
Con las damas: sois discreto,
Y oscureceis vuestras prendas
Con tanto comedimiento.

DOÑA INES.

Lo mismo le digo yo.

DOÑA LEONCIA.

¿No sabeis que fray Modesto
Nunca llegó á provincial?
Adquirid cierto gracejo,
Cierta viveza y donaire
Para hablar al bello sexo.

DOÑA INES.

¿Lo ve usted?

DOÑA LEONCIA.

¡Y cuántas veces
Un equívoco travieso,

Una alusion maliciosa
Hará lucir vuestro ingenio,
Y os conquistará el amor
De una dama?

JUANA.

Yo reniego
De los hombres taciturnos;
Pero los hay hechiceros,
Tan gitanos, tan graciosos....
A mí mas me gusta un feo
Con sal...

DON PEDRO.

¡Bravo! ¿Tambien tú
Te has metido á dar consejos?
La de la sal!... de cocina
Y de echársela al puchero
Entenderá, si la dejan. —
No os faltan buenos maestros,
Don Luisito, y en dos dias
Un cortesano completo
Podeis salir de esta casa...
Por mi parte, lo que siento
Es no hallarme ya en edad...
(*A Doña Leoncia.*)
¿Lo dudas?... Pues no soy lerdo;
Y á mí con pocas lecciones
Bastaba; que bien comprendo
Acá traducida en tonto
La leccion: á ver si miento.

Escuche usted, Don Luisito:
La urbanidad y el respeto
Con las damas son ya propios
De señoritos gallegos
O mayorazgos de aldea;
Los jóvenes de talento
Y educacion cortesana
Han de ser libres, resueltos
Con casadas y solteras;
Y solo se exige de ellos
Que doren con algun chiste
Sus insolentes conceptos.
Entonces no hay que temer;
La de mas adusto genio
Os da con el abanico
Un golpecito, diciendo:
« *¡Vaya, que es usted el diablo!*
¿Cuándo ha de estarse usted quieto
Y tener juicio?... La madre
De carácter mas severo
Os dice, guiñando el ojo:
« *Repare usted que hay enfermos,*
Y no es ocasion de hablar... »
Las niñas, al mismo tiempo,
Retozándoles la risa
Y con la vista en el suelo,
Procuran disimular
Que la indirecta entendieron...

DOÑA LEONCIA.

Corta!... corta!... ¡Qué tijera!

DON PEDRO.

¿No voy bien, señor maestro?

ESCENA IV.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Toda la familia junta:
Asi me gustan las casas,
Arregladitas... Señoras,
A ustedes fuera insultarlas
Preguntarles como estan;
Basta el mirarles la cara,
La tez, el color... Me alegro
(*A Don Pedro.*)
De veros, que ha una semana
Que no lograba ese gusto.

DON PEDRO.

Yo le doy á usted mil gracias
Por su atencion.

DON TEODORO.

Hay personas
Que naturalmente agradan
Por su buen ángel...

DON PEDRO.

Seguro.

DON TEODORO.

Se lo dije á vuestra hermana
Desde que os ví.

DOÑA LEONCIA.

Ciertamente.

DON TEODORO.

Aunque uno tenga sus faltas,
Ligerezas de muchacho,
El mérito siempre encanta
Donde quiera que se halle...

DON PEDRO.

Deje usted...

DON TEODORO.

Se me antojaba
Que aun se os conoce un poquito
La fluxion.

DON PEDRO.

No será nada.

DON TEODORO.

Con todo, algun cocimiento
De flor de llanten y malvas...

DON PEDRO.

Voy mejor, gracias á Dios.

DON TEODORO.

Es que si luego se arraiga
Ese dolor... Ya se ve;
Meditaciones, la larga

Lectura, graves cuidados...

DON PEDRO.

La edad, la edad.

DON TEODORO.

¡Pues no es mala
La aprehension! ¿Usted se burla?
La edad... Quisiera acertarla...
A ver si le yerro mucho:
La vista viva, la planta
Firme... Serán... ¿treinta y ocho?

DON PEDRO.

Y otros doce de adehala.

DON TEODORO.

No es posible.

DON PEDRO.

Cuente usted:
Soy el mayor, y á mi hermana
Le llevo unos cinco años...

DOÑA LEONCIA.

(*Con suma viveza.*)
Teodoro, oiga usted.

DON PEDRO.

(*Aparte.*) Aguanta,
Que yo ya me he sacudido
El zángano.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué se habla
Hoy por la Puerta del Sol?

DON TEODORO.

De noticias de importancia
Pocas, muy pocas: anoche
Anduvieron á estocadas
En la partida de juego...
¡Si la paciencia no basta
Para sufrir al marques!...
¡Qué trapalon!... Triunfa, gasta,
Juega, miente, petardea...
Pues la muger... ya es alhaja!
Y su eterno cirineo
No es muy bobo... Mesa franca,
Coche puesto, ropa limpia...
Pero ciertas voces andan
De que va á perder el pobre
La prebenda, y que la sacan
A oposicion... Pues yo apuesto
A que el capitan la gana
Entre dos mil concurrentes:
No hay quien asalte una plaza...
De amor, ni un plato sopero
Con mas arte... Hasta á la maula
De la Isabel engañó;
Bien que la niña...

DON PEDRO.

Ya escampa.

DON TEODORO.

Desde el año de ocho acá
Ha desplumado en sus garras

Tres oficiales franceses,
Dos polacos, al fantasma
Del contador italiano...
¿Y de los nuestros? No es nada:
A un consejero, á un doctor,
Al ricote de la Habana
Que quebró... ¿No os acordais?
(*A Doña Leoncia.*)
El que tuvo las palabras
Con aquel capigorron,
Que con la Andaluza gasta
Todo el beneficio simple...

DOÑA LEONCIA.

No caigo.

DON TEODORO.

Y ella se llama...
¿No la conoceis, Don Pedro?
Una buena moza, alta,
Blanca y rubia... el mejor fruto
Que han dado las Alpujarras...
¿Ni usted, Luisito?

DON LUIS.

Tampoco.

DON TEODORO.

Pues es preciso que Juana
Haga memoria: la madre
Va vestida de beata,
Con sayal de san Antonio.

JUANA.

¿La que salió desterrada
Por hallarle aquel marido
El contrabando en su casa?

DON TEODORO.

La misma; jamas he oido
Ocurrencia de mas gracia:
¿No la sabe usted, Don Pedro?
Pues fue entonces muy sonada...

DON PEDRO.

¿Quiere usted venir, Luisito,
Concluiremos en mi sala
La cuentecilla pendiente?

DON LUIS.

Como usted guste.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Me agrada
El modo de despedirse
A la francesa... Son mañas
De los señores de juicio:
Si se les dice una chanza,

Se ponen serios; y luego
De noche toman la capa,
Se calan bien el sombrero,
Van volviendo atras la cara,
Y andan armados en corso
Cruzando por la Fontana.

DOÑA LEONCIA.

Hoy venis de buen humor.

DON TEODORO.

Pues si es verdad; si me enfadan
Pecadores vergonzantes
De guardilla...

DOÑA LEONCIA.

No me engañan
A mí tampoco.

DON TEODORO.

El Luisito!...
(*A Doña Ines.*)
Pues de esta vez no se escapa
Sin que sepais sus milagros...
¿Sonó la puerta?...

DOÑA LEONCIA.

No es nada.

DON TEODORO.

Capaces son de escucharnos...

DOÑA LEONCIA.

Pues vamos á la otra sala,
Y alli con satisfaccion...

DON TEODORO.

(*A Doña Ines.*)

En sabiendo usted las gracias
Del tal novio, no haya miedo
Que sienta perder la alhaja.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA INES Y JUANA (*en ademan una y otra de coser algunos adornos mugeriles*).

JUANA.

¿Por eso tan abatida?
No lo creyera á no verlo.

DOÑA INES.

¿Te parece poco?

JUANA.

¡Vaya!
Nunca ha llorado por menos
Una muger... Señorita,
Si usted no ensancha ese pecho,
Va á ser mártir en el mundo.
Yo tambien tuve algun tiempo
Disgustos y niñerías,
Quise bien, rabié de zelos,
Y una riña con el novio
Bastaba á quitarme el sueño:
¿Y qué saqué? Desengaños.

¿Querer á los hombres? ¡Fuego!
Fingir amor, engañarlos,
Echar á cien el anzuelo;
Si uno se escapa, otro cae;
Si uno se muere, otro al puesto;
Y en clavándose algun bobo,
Casorio, y negocio hecho.

DOÑA INES.

No me aflige el no casarme;
Aunque en verdad te confieso
Que amo á Teodoro, y quisiera
Sin obstáculos ni riesgos
En breve llamarle mio...
Solo este estado violento
De incertidumbre y de dudas,
El ver sus finos obsequios
A mi madre, el verme esclava,
Y que aun decir que le quiero
Ha de ser en mí un delbito...

JUANA.

¡Ahí es nada! ¿No ha de serlo?
¡Una soltera querer!...
No faltaba mas. Un gesto,
Una seña, una mirada,
Es peor que un sacrilegio
En una pobre doncella:
« Niña, cuidado con eso;
« No vuelvas atras la cara;
« No me gustan secreteos;

« No te asomes á la reja... »
¡Mal haya tantos consejos
De las madres? Y porqué
No dan ellas el ejemplo?...
Pero es la ley del embudo:
En ellas todo está bueno;
Bailan, juegan, se divierten,
Llevan al lado el cortejo,
Dejan en casa al marido...
Y el pueblo, el bendito pueblo
¿Qué dice?... Nada; que es moda.
¿Pues cuándo llegará el tiempo
De moda para nosotras?

DOÑA INES.

Calla, loca.

JUANA.

Si me quemo
De ver lo que pasa hoy dia:
Las unas tienen derecho
De hacer cuanto les da gana;
¿Y las otras? Ni por pienso:
La opinion... el qué dirán...
El pudor, el embeleco...
¡Ay, Dios mio! ¡Quién saliera
De este triste cautiverio,
Y lograra echar el gancho
Aunque fuera á un moro negro!
Pero no; que al tal Perico
Le he de cantar un solfeo

Que no ha de querer oirme...
Y usted, señora, lo mesmo
Debiera hacer con su amo...

DOÑA INES.

No dices mal.

JUANA.

Pues á ello:
Hoy mismo, si hay ocasion,
Hablarle poquito y bueno.
Por él ha dejado usted
A Don Luis, que aunque es tan serio,
Al fin es jóven y rico;
Por él está usted sufriendo
La mala cara del tio;
Por él no tiene un momento
De tranquilidad y gusto:
Si habló á mi madre en secreto,
Si la acompañó al teatro,
Si juntos los dos se fueron
Al baile...

DOÑA INES.

Mira esta noche
Lo que me espera!...

JUANA.

¡Reniego
De quien lo sufre! Nosotras
En nuestro cuarto cosiendo,
Luego á cenar como monjas,
Y á la cama; mientras ellos

A la comedia, á la danza,
A estar bailando y riyendo
Hasta ya salido el sol...
Vendrá muy cansada luego
La mamá; se acostará;
Nos levantaremos quedo,
No despierte y se incomode...
¡Vaya! No tengo yo genio
De sufrir tanto.

DOÑA INES.

¿Y qué quieres
Que haga yo?

JUANA.

Poner remedio:
Decir al tal Don Teodoro
Cuantas son cinco; y si luego,
Luego, no quiere casarse,
Sin mas plazo ni mas tiempo
Que el que se le da á un ahorcado,
Pasaporte y viento fresco.

DOÑA INES.

Pero ¿cómo he de atreverme
A manifestar deseos
De que acelere la boda?

JUANA.

Pues pudrirlos en el pecho,
Sufrir, rabiar, y entre tanto...

DOÑA INES.

No sé qué hacer... pero temo

Dar un disgusto á mi madre.

JUANA.

Pues dejarle libre y quieto
Al Don Teodoro, y despues...

DOÑA INES.

Calla, muger...

JUANA.

No hay mas medio
De que haya paz en la casa.

DOÑA INES.

Tienes razon...

JUANA.

Pues hacedlo;
Olvidarle...

DOÑA INES.

No mas, Juana...

JUANA.

Decirle que en ningun tiempo
Tiene que pensar...

DOÑA INES.

Por Dios...

JUANA.

¿Pues qué adelantais sufriendo
Y dilatando el martirio?

DOÑA INES.

Pero, ¿y mi madre?...

JUANA.

¡No es bueno
El escrúpulo! ¿Y porqué

Le ha de tener tanto miedo
Al dulce nombre de *suegra?*
Si al principio le hace gestos,
Ella se acostumbrará;
Y si no, pronto remedio:
Antes de pasar tres años
Ya le llamará algun nieto:
Abuela, abuelita mia...

DOÑA INES.

Siempre estás de fiesta.

JUANA.

Y siento
No estarlo mas; pero chito:
Que me parece han abierto
Una puerta...

DOÑA INES.

Si es Don Luis...

JUANA.

Ese mismo caballero.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, DON LUIS.

DON LUIS.

¡Válgame Dios, qué aplicada!
Hasta en la siesta...

DOÑA INES.

Tenemos

Que acabar estos adornos
Para la noche, y no hay tiempo.

DON LUIS.

Supongo ireis á lucirlos
Al teatro.

DOÑA INES.

No por cierto:
Son para mamá; ni aun voy
Esta noche al coliseo.

DON LUIS.

¿Y porqué?

DOÑA INES.

No tengo humor.

DON LUIS.

¿De veras?

DOÑA INES.

Como lo siento.

DON LUIS.

No es decir que me engañeis;
Pero lo extraño.

DOÑA INES.

¿Y no puedo
Tener tambien mis caprichos?

DON LUIS.

Ya... pero con todo eso...
Carnaval... no ir al teatro...
Y aun me parece que advierto
Que estais un poco encendida...

DOÑA INES.

Estoy ha rato cosiendo,
Y me duele la cabeza.

DON LUIS.

Yo dijera... pero temo
Que me llameis malicioso.

DOÑA INES.

Decidlo, no tengais miedo.

DON LUIS.

Si lo acierto, ¿sereis franca?

DOÑA INES.

Sí lo seré.

DON LUIS.

No lo creo.

DOÑA INES.

¿Porqué?

DON LUIS.

Porque las mugeres
Muy rara vez suelen serlo.

DOÑA INES.

No está mala la lisonja;
Por mi parte la agradezco.

DON LUIS.

No es la culpa de ellas, no.

DOÑA INES.

¿Pues de quién?

DON LUIS.

Bien podeis verlo
Por vuestra propia experiencia...

DOÑA INES.

Os juro que no os entiendo.

DON LUIS.

Harto será: ¿pues acaso,
Desde los años mas tiernos,
A qué enseñan á las niñas?
A ocultar dentro del pecho
Los gustos mas inocentes,
A disfrazar sus deseos,
A desmentir con sus voces...
¿Qué, suspirais?...

DOÑA INES.

No por cierto;
Seria casualidad.

DON LUIS.

Mas vale asi. ¿Pero tengo
Razon en lo que decia?

DOÑA INES.

Tal vez...

DON LUIS.

En este momento
Lo está probando usted misma...

DOÑA INES.

¿Cómo?

DON LUIS.

Con ese silencio.

DOÑA INES.

¿Pues qué quiere usted que diga?

DON LUIS.

Lo que sintais.

JUANA.

Sin rodeos
Ni embustes: cuanto habeis dicho
Es, señor, el evangelio.

DOÑA INES.

¡Ay, Don Luis! ¡Y cómo envidio
El ser hombre!

DON LUIS.

Asi lo creo:
Ni fingen ni disimulan...

DOÑA INES.

Al menos, pueden no hacerlo;
¡Pero nosotras... nosotras!...
Una voz, un solo acento,
Una mirada es un crímen...

DON LUIS.

¿Mas, en fin, yo no merezco
De usted ni una confianza?

DOÑA INES.

No tengo ningun secreto,
Ni estoy triste.

DON LUIS (*con vehemencia*).

Yo quisiera
Que me contaseis, al menos,
Por vuestro mejor amigo;
Ninguno con mas derecho,
Ninguno, Inesita, nadie...

Mas me olvidaba... Mudemos
De conversacion.

DOÑA INES.

¿Porqué?

DON LUIS.

¿Ha salido ya Don Pedro,
Juana?

JUANA.

Hace mas de una hora.

DON LUIS.

En el café...

JUANA.

Por supuesto:
Alli estará con su gente
De peluquin, revolviendo
Los huesos á todo el mundo;
Hablando mal y gruñendo
De los jóvenes del dia,
Para celebrar sus tiempos.

DOÑA INES.

¿Callarás, Juana, esta tarde?...
Me parece estais suspenso,
Don Luisito.

DON LUIS.

Estoy pensando
Dónde he de pasar el tiempo
Hasta ir al Prado...

DOÑA IÑES.

¿Y no mas?

DON LUIS.

¡Qué sé yo!...

DOÑA INES.

¿Si el mal ejemplo
Del disimulo en las niñas...

DON LUIS.

Acabad.

DOÑA INES.

Irá cundiendo
Como contagio á los hombres?

DON LUIS.

No sé... Voy á ver si encuentro
En el café á vuestro tio.

DOÑA INES.

Divertirse.

DON LUIS.

Lo agradezco.
A los pies de usted... (*se queda parado*).

DOÑA INES.

¿No os vais?

DON LUIS.

Pensaba... Mas voy corriendo
No se vaya... Hasta la noche.

DOÑA INES.

Haceis bien en huir del riesgo.

DON LUIS.

¿De qué riesgo?...

DOÑA INES.

Del contagio.

DON LUIS.

¿Qué contagio?... No me acuerdo.

DOÑA INES.

Del disimulo en las niñas...

DON LUIS.

Yo estoy libre.

DOÑA INES.

Lo celebro.

ESCENA III.

DOÑA INES Y JUANA.

JUANA.

Señorita... señorita...

DOÑA INES.

¿Qué dices, Juana?

JUANA.

Sospecho
Que hay reliquias...

DOÑA INES.

No; te engañas:
Estimo á Don Luis, le aprecio,
Le quise; pero me inspira
Mas amistad y respeto
Que no amor: el no encontrar
Obstáculos ni tropiezos
Para nuestra union, el verle
De continuo y sin recelo,

Y el no oponerme rival
Que despertase mi afecto,
Le hizo entibiar poco á poco.

JUANA.

Quizá quisiera usted menos
A Don Teodoro, si no...

DOÑA INES.

¡Ay, Juana!

JUANA.

¿Os toqué muy recio
En la herida?

DOÑA INES.

Yo no sé...
Ni yo misma decir puedo
Lo que sufro.

JUANA.

Lo conozco.

DOÑA INES.

Mirarle á cada momento,
Y apenas poder hablarle;
Estar con rostro sereno
Y la sonrisa en los labios,
Cuando me falta aun aliento;
Sufrir sin poder quejarme;
Callar, y abrasarme en zelos...
No, Juana, no me es posible
Tolerar tantos tormentos;
Sin juicio estoy.

JUANA.

No, por Dios,
No os aflijais.

DOÑA INES.

Y no encuentro
Ni remedio ni esperanza,
Ni aun una persona al menos
Que tome parte en mi suerte...

JUANA.

No lloreis.

DOÑA INES.

Mi padre lejos...
Mi tio, es verdad, me quiere;
Pero aborrece en extremo
A Teodoro, y por su gusto...

JUANA.

¿Cómo ha de querer el viejo
Que un jóven franco y garboso
Saque á lucir su dinero?
Primero os verá cien veces
Llevar palma en el entierro.

DOÑA INES.

Si es mi madre...

JUANA.

¿Vuestra madre?
¡Pues no era malo el empeño!
Si esperais para casaros
Tener su consentimiento,
Ahí cerca estan las Descalzas...

¡Y con Teodoro! Por cierto
Celebrará la eleccion.

DOÑA INES.

¿Con que nunca esperar debo
Ser su esposa?

JUANA.

¿Y por qué causa?...
¿No le amais? ¿No os tiene afecto?
Pues queriendo dos amantes,
¿Qué son cien viejas, cien viejos,
Padres, abuelos y tios,
Familia, amigos y deudos?

DOÑA INES.

Pues, Juana, mucho le amo;
Pero á tanta costa...

JUANA.

Creo
Que le amais poco.

DOÑA INES.

Mi vida...

JUANA.

Pues si le amais, y estais viendo
Que si os parais en pelillos,
Nunca llegará á ser vuestro...

DOÑA INES.

(*Levantándose.*)
¡Nunca!...

JUANA.

¿Pues lo duda us ted?

DOÑA INES (*con vehemencia*).

Y en este sitio, aqui mesmo,
A mi vista, ante mis ojos
Otra mas feliz!... ¿Qué es esto?...
¿Ines, has perdido el juicio?
¡Qué sospecha!... Me avergüenzo
De mí misma... Compadece
El estado en que me veo,
Juana, y por Dios, no me culpes.

JUANA.

¡Yo, señora!

DOÑA INES.

En ningun tiempo
Sepa nadie...

JUANA.

¿Qué decis?

DOÑA INES.

Yo en adelante te ofrezco
Ser mas prudente...

JUANA.

Señora...

DOÑA INES.

Sabré encerrar en mi pecho
Mi pasion; sabré ocultarla,
Aunque me cueste el esfuerzo
La vida; diré á Teodoro...

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.
¿Qué, bien mio?

DOÑA INES.
¡Ay, Dios!

JUANA.
Por cierto
Nunca á mejor ocasion
Pudierais llegar.

DOÑA INES.
Si os debo
Algun cariño, Teodoro,
Dejadme en este momento
A solas...

DON TEODORO.
¿Porqué?

DOÑA INES.
Mañana...

DON TEODORO (*se sienta*).
De esta silla no me muevo
Sin saber cuanto ha pasado.

DOÑA INES.
En otra ocasion; que temo
No se levante mi madre.

DON TEODORO.

¡Pues tengo bonito genio
Para volverme á la calle
Con la píldora en el cuerpo!

DOÑA INES.

Yo os lo diré.

DON TEODORO.

Dílo ahora.
¿Ha echado sermon el viejo?

DOÑA INES.

No, señor.

DON TEODORO.

¿Fue la mamá?

DOÑA INES.

Tampoco.

DON TEODORO.

¿Pues qué hay de nuevo
Para tantas ceremonias?

OÑA INES.

Nada... nada...

DON TEODORO.

Asi lo creo.

JUANA.

Y acierta usted. Todo el caso...

DOÑA INES.

Calla, Juana...

JUANA.

Sin rodeos...

DOÑA INES.

Calla.

JUANA.

No me haga usted señas;
Si no lo digo, reviento.

DOÑA INES.

Pues yo me iré...

DON TEODORO.

(*Levantándose y deteniéndola.*)
No, mi vida.

DOÑA INES.

Si algo os merece mi afecto,
Dejadme que me retire
Un instante; pronto vuelvo.

DON TEODORO.

Ahora mismo has de escucharme.

DOÑA INES.

Mi madre...

DON TEODORO.

Estará durmiendo.

JUANA.

Ya se ve: para ir despues,
Sin soltar su cirineo,
A bailar toda la noche.

DON TEODORO.

Calla, bachillera...

JUANA.

Y luego:
« ¡Mucho te quiero, Inesita! »

DON TEODORO.

¡Mala lengua!

JUANA.

Usted al juego,
Al Prado, á la fiesta, al baile;
Y ella llorando y gimiendo...

DOÑA INES.

Yo te aseguro...

JUANA.

La pobre
Hecha un mártir...

DON TEODORO.

No hay remedio:
Ha de hablar aunque la ahorquen.

DOÑA INES.

Juana!

JUANA.

Si ya en estos tiempos
Es malo decir verdades.

DON TEODORO.

Por san Francisco te ruego
Que calles solo un minuto.

JUANA.

Ya pasó.

DOÑA INES.

Yo no sosiego,
No despierte mi mamá...

DON TEODORO.

Pues que Juana esté en acecho

En la puerta, y nos avise...

JUANA.

¡Yo avisar!... lo que deseo
Es que os coja en el garlito,
Y os arranque los cabellos.

DON TEODORO.

Con mil diablos, ve á la puerta;
Que mañana te prometo...

DOÑA INES.

Ve, Juana, yo te lo pido.

JUANA.

Ya voy.

DON TEODORO.

(*Cogiéndola del brazo.*)
Pronto...

JUANA.

Cepos quedos;
Que puede verlo la vieja...

DON TEODORO.

¡Ah, bribonaza!

JUANA.

En tosiendo...

DON TEODORO.

Ya estamos.

DOÑA INES.

No te descuides.

JUANA.

Buena atalaya habeis puesto.
(*Yéndose hácia la puerta.*)

DON TEODORO.

Ines mia, ¿y es posible
Que puedo hablarte un momento
Con alguna libertad?

DOÑA INES.

¡Son tantos vuestros deseos!

DON TEODORO.

¿Pues lo dudas?

DOÑA INES.

Yo no dudo
Lo que por mis ojos veo.
Pero, en fin, no es ocasion
De perder estos momentos
En quejas; solo quisiera
Saber de usted...

DON TEODORO.

¿Qué?

DOÑA INES.

Si puedo
Mereceros un favor...

DON TEODORO.

Cuanto valgo, cuanto tengo,
Mis bienes, mi vida, todo
Es tuyo.

DOÑA INES.

Yo no apetezco
Tanto...

DON TEODORO.

¿Pues qué es lo que quieres?

DOÑA INES.

Que vuelva usted á mi pecho
La paz (¡ay Dios!) que ha perdido...

JUANA.

(*Viniendo y hablando de prisa.*)
Que no sea usted embustero;
Que le cumpla la palabra;
Que no engañe á dos á un tiempo...

DON TEODORO.

(*Remedándola.*)
Que el diablo te lleve, amen.

DOÑA INES.

Juana, por Dios.

JUANA.

Ya me vuelvo.
(*Yéndose.*)

DON TEODORO.

¿Ahora callas, y suspiras?
¿Ni una palabra merezco?...

DOÑA INES.

No me es posible, Teodoro,
Explicaros los tormentos
Que sufro; ni está en mi mano
Disimularlos mas tiempo.

DON TEODORO.

¡Tú sufrir!... ¿Y qué cruel?...

DOÑA INES.

Ahora no se trata de eso;
Solo sí...

DON TEODORO.

¿De qué, mi vida?

DOÑA INES.

De que pongamos remedio.

DON TEODORO.

El que gustes : por mi parte...

DOÑA INES.

Dadme palabra.

DON TEODORO.

La ofrezco.

DOÑA INES.

Mirad que es duro el partido.

DON TEODORO.

Dílo, pues.

DOÑA INES.

Nunca mas vernos.

DON TEODORO.

(*Despues de una breve suspension.*)
¿Y tienes valor siquiera
De decirlo?... Mas sospecho
Que te burlas.

DOÑA INES.

No, Teodoro:
Harto me cuesta el esfuerzo;
Pero es preciso.

DON TEODORO.

¿Y porqué?

DOÑA INES.

Porque lo tengo resuelto.

DON TEODORO.

Sin duda ya no me amas...

DOÑA INES.

¡Ojalá! (*con ternura.*)

DON TEODORO.

¿Pues á qué efecto
Separarnos?

DOÑA INES.

Porque asi
Será mas fácil...

DON TEODORO.

Te entiendo:
Olvidarme; ¿no es verdad?

DOÑA INES.

Bien quisiera; mas no puedo.

DOÑ TEODORO.

¿Lo quisieras?

DOÑA INES.

Que sé yo!...
En tal situacion me veo,
Que ni sé lo que me pasa,
Ni tampoco lo que quiero:
Solo sé que es insufrible
Este continuo tormento;
Y que si callo, me abraso;
Y si llego á hablar, me pierdo.

DON TEODORO.

No llores, mi bien, no llores.

DOÑA INES.

Pues abrazad ese medio
De salvar á una infeliz...

DON TEODORO.

¿Y no hay otro?

DOÑA INES.

No le encuentro.

DON TEODORO.

Yo sí.

DOÑA INES.

¿Cuál?

DON TEODORO.

Hablar hoy mismo
A tu madre.

DOÑA INES.

Es vano intento.

DON TEODORO.

¿Porqué?

DOÑA INES (*con ternura*).

Ingrato, tú lo sabes!

DON TEODORO.

No lo sé; pero si vemos
Que se obstina en oponerse
A nuestros justos deseos,
Entonces... Ines... ¿me amas?

DOÑA INES.

¿Lo preguntas?

DON TEODORO.

No tardemos

En ser felices...

DOÑA INES.

¿Y cómo?

DON TEODORO.

Pronto lo sabrás.

DOÑA INES.

¿No puedo
Saberlo ahora mismo?

DON TEODORO.

¿Quieres?

DOÑA INES.

Sí, Teodoro, te lo ruego.

DON TEODORO.

Quizá no tengas valor...

DOÑA INES.

Te adoro; y no he de tenerlo!

DON TEODORO.

¿Juras ser mi esposa?...

DOÑA INES.

Sí.

DON TEODORO.

Pues oye el único medio
De ser en breve dichosos...

JUANA (*sale corriendo*).

Que viene...

DON TEODORO.

A Dios.

JUANA.

Ya no hay tiempo.

(*Don Teodoro se queda en medio de la sala· Doña Ines se sienta, y coge la costura, inclinando la cabeza para ocultar el rostro: Juana se queda en pie hasta despues.*)

ESCENA V.

DOÑA INES, JUANA, DON TEODORO, DOÑA LEONCIA.

DOÑA LEONCIA.

(*Al salir se encara con Don Teodoro.*)
¡Ola!... Que sea norabuena!
¿Tanto bueno por mi casa,
Sin saberlo yo?

DON TEODORO.

Ahora mismo...

JUANA.

En este momento acaba...

DOÑA LEONCIA.

Calla tú.

JUANA.

Yo iba á llamaros...

DON TEODORO.

Dije que no os despertara,
Por dejaros sosegar.

DOÑA LEONCIA.

Yo le doy á usted mil gracias
Por su fineza...

DON TEODORO.

Previendo
La mala noche que aguarda...

DOÑA LEONCIA.

Si os digo que lo agradezco.

DON TEODORO.

Estarse hasta la mañana
Sin dormir...

DOÑA LEONCIA.

Lo estimo mucho.

DON TEODORO.

Hallándoos tan delicada...
(*Se acerca y le dice en tono bajo.*)
Y sabiendo el interes
Que me tomo...

DOÑA LEONCIA (*aparte á D. Teodoro*).

¡Ah, buena maula!...
Ya las pagará usted todas.

(*Juana estará ya sentada, cosiendo al lado de Doña Ines, y le habla en tono bajo.*)

JUANA.

Señorita.

DOÑA INES (*en voz baja*).

Juicio, Juana.

DON TEODORO (*en voz alta*).

Pues ha de estar divertida
La funcion...

DOÑA LEONCIA (*en voz baja*).

Bien preparada

Voy yo para divertirme.

DON TEODORO (*en voz baja*).

¿Por qué motivo?

DOÑA LEONCIA (*en voz baja*).

Por nada.

DON TEODORO (*en voz baja*).

¿Pues qué habeis visto?

DOÑA LEONCIA (*en voz baja*).

Negadlo.

JUANA (*en tono alto*).

Señora, ¿usted no repara
Que esa labor va torcida?

DOÑA INES.

Bien lo advierto.

JUANA.

Pues quitarla.

(*Don Teodoro se aparta de Doña Leoncia, y dice alto, paseándose por el teatro, y acercándose algunas veces, segun denoten los versos.*)

DON TEODORO.

Banca, baile, buena cena,
Mucha gente convidada...
(*Aparte á Doña Leoncia.*)
Yo os daré satisfaccion.

DOÑA LEONCIA.

(*Aparte á Don Teodoro.*)
No es menester.

JUANA (*en tono alto*).

Si se os pasa
El punto.

DOÑA INES.

Ya le cogí.

DON TEODORO.

Si es la fiesta cual la alaban,
No ha de haber otra en la corte;
Los disfraces y las galas
Van á asombrar.

JUANA.

En mi tierra
Tambien salen mogigangas
Por el córpus: yo ví una
Con diablillos de dos caras...

DON TEODORO.

Muger, ¿qué entiendes tú de eso?

DOÑA LEONCIA.

Aqui, Juana, no te llaman...

DON TEODORO (*en tono bajo*).

Siempre usted con niñerías...

DOÑA LEONCIA (*en tono bajo*).

No piense usted que me engaña;
Aunque callo y sufro... puede...

JUANA.

(*Tose de propósito.*)
¡Maldita sea mi garganta!

DON TEODORO (*en tono alto.*)

Pues... como digo... la cosa...

DOÑA INES.

(*Aparte, y levantándose.*)

No puedo mas: vente, Juana.

DOÑA LEONCIA.

¿A dónde vas?

DOÑA INES.

A mi cuarto.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué tienes?

DOÑA INES.

Un poco mala

De la cabeza.

DON TEODORO.

Si es cosa

De médico...

DOÑA INES.

Muchas gracias.

DON TEODORO.

Voy volando...

DOÑA INES.

No, señor.

DON TEODORO.

Será de estar aplicada

Por la siesta.

DONA IÑES.

Puede ser.

DOÑA LEONCIA.

Si es jaqueca, se le pasa

En acostándose un poco.

DON TEODORO.

Siempre es bueno que le hagan
Una taza de café...

DOÑA LEONCIA.

Sí, niña; y luego descansa,
Aunque sea en el sofá:
Juana quedará encargada
De mandarme los vestidos...

DOÑA INES.

Yo lo haré.

DOÑA LEONCIA.

No, que estás mala;
Juana lo hará: el de teatro
Y el otro.

JUANA.

Estoy enterada.

DOÑA LEONCIA.

Y que al tiempo de vestirme
No me empiecen á hacer falta
Otras mil cosas...

DON TEODORO.

¿Pues dónde
Vais á vestiros?

DOÑA LEONCIA.

A casa
De mis primas: desde anoche
Quedamos apalabradas
Para ir juntas al teatro...
Supongo, si hay quien nos haga

El favor de acompañarnos...

DON TEODORO.

Es regular que yo vaya
Un rato... Quedan tres noches...

DOÑA INES.

A Dios, mamá.

DOÑA LEONCIA (*á Juana*)

Hazle la taza
De café; (*á Ines.*) y antes de irnos
Te dejaré sosegada.

DOÑA INES.

Me aliviaré; no me acuesto.

DON TEODORO.

Es que si luego recarga...

DOÑA INES.

No querrá Dios.

DON TEODORO.

Mas con todo,
Si la jaqueca se agrava...

DOÑA INES.

(*Con énfasis.*)
No temais; segun me siento,
Pronto me veré curada.

(*Doña Ines se retira: Juana habrá recogido la costura, y la sigue hácia los cuartos de adentro.*)

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(*Doña Leoncia se sienta mostrando disgusto: Don Teodoro se acerca fingiendo timidez, siéntase á corta distancia, y se aproxima por grados.*)

DOÑA LEONCIA.

Para enfermero mayor
De un hospital sois alhaja.

DON TEODORO.

Maliciosa!...

DOÑA LEONCIA.

¿Pues es malo
Celebrar vuestra eficacia?

DON TEODORO.

En viendo yo padecer...

DOÑA LEONCIA.

Y mas en teniendo faldas
La paciente...

DON TEODORO.

Y aunque no.

DOÑA LEONCIA.

Y si es bonita y muchacha...

DON TEODORO.

¡Como á mí me gustan tanto!...

DOÑA LEONCIA.

¡A usted! ¿Y quién le levanta
Ese falso testimonio?...

DON TEODORO.

No lo diga usted por chanza;
Que es una verdad.

DOÑA LEONCIA.

Lo creo.

DON TEODORO.

Nunca á mí me han hecho gracia
Las mozuelas: presumidas,
Inconstantes, casquivanas;
Ni saben querer, ni saben
Cómo se cautiva el alma...

DOÑA LEONCIA.

En eso teneis razon:
Yo no sé qué gusto sac n
Los hombres de enamorarse
De esas mocosas.

DON TEODORO.

¡Qué fatuas!
Risas, señajos, melindres,
Cuatro frases estudiadas,
Y ve aqui todo su amor.
A mí tan solo me agrada
Una muger de talento,
De una edad proporcionada,
Juiciosa, bella, sensible,
Que sepa como se paga

El amor... ¿pongo un ejemplo?...

DOÑA LEONCIA.

¡Ah, bribon!...

DON TEODORO.

Sin otra falta
Que ser un poco zelosa
Con quien de veras la ama.

DOÑA LEONCIA.

Y tiene razon.

DON TEODORO.

Ninguna.

DOÑA LEONCIA.

Le sobra.

DON TEODORO.

Estais engañada.

DOÑA LEONCIA.

(*Alzando la voz.*)
Me desespero...

DON TEODORO (*lo mismo*).

Si os digo...

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

¿Ha de ir la cinta plegada,
O solo cosida al aire?

DOÑA LEONCIA.

¿Pues no te dije que á tablas?

JUANA.

Se me olvidó.

DOÑA LEONCIA.

¡Qué cabeza!

JUANA.

Ni que fuera Valenciana.

(*Al irse hace señas de amenaza á Don Teodoro.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Todo es aprehension, capricho...

DOÑA LEONCIA.

Si á mí nada se me escapa.

DON TEODORO.

Es engaño.

DOÑA LEONCIA.

Va de muchas.

DON TEODORO.

Si no le hablé dos palabras.

DOÑA LEONCIA.

Si os ví yo con estos ojos...

DON TEODORO.

Pregúntelo usted á Juana.

DOÑA LEONCIA.

¡Buen testigo!

DON TEODORO.

¿Porqué no?

ESCENA IX.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

Me parece que no alcanza
La cinta.

DOÑA LEONCIA.

Pues poner otra.

JUANA.

Voy al instante...

DOÑA LEONCIA.

Pues anda...

(*Juana se retira, y habiendo entrado, vuelve luego á salir y habla á su turno.*)

(*A Don Teodoro.*)

Yo quiero ser sola, sola.

DON TEODORO.

Teneis razon.

DOÑA LEONCIA.

Sola, ó nada.

JUANA (*al salir*).

¿Pongo la azul ó la verde?

DOÑA LEONCIA.

Pon la que te diere gana.

JUANA.

Yo por no errar...

DOÑA LEONCIA.

Si me ardo...

DON TEODORO.

No os impacienteis.

DOÑA LEONCIA.

Despacha;

Que es muy tarde.

JUANA.

Voy, señora...

DOÑA LEONCIA.

Mas despacio.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

Se me abrasa

La sangre con gente torpe.

DON TEODORO.

Y luego el pecho lo paga.

DOÑA LEONCIA.

¡Buen cuidado le da á usted!

DON TEODORO.

Mas que si yo lo pasara.

DOÑA LEONCIA.

¡La pícara que lo crea!

DON TEODORO.

Dejad por Dios esas chanzas...

DOÑA LEONCIA.

Son veras.

DON TEODORO.

Tengamos paz:
Se echó la bandera blanca,
Y esto se acabó.

DOÑA LEONCIA.

Si acaso!...
Me teneis muy enfadada.

DON TEODORO.

¿Quereis amargar la fiesta?
Pues á fe que bien amarga
Me espera á mí.

DOÑA LEONCIA.

Pues, ¿porqué?

DON TEODORO.

Y por fin, si la encontrara
Tan grata como otras veces...

DOÑA LEONCIA.

Explíquese usted.

DON TEODORO.

No es nada.

DOÑA LEONCIA.

Hablad claro...

DON TEODORO.

Mi familia
A cien leguas de distancia;
Yo en Madrid contra su gusto,
Porque una pasion me arrastra...

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿no puedo saber?...

DON TEODORO.

Me ven asi, y se propasan...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, Teodoro, por Dios,
Que ya me teneis en ascuas...

DON TEODORO.

No es cosa grave...

DOÑA LEONCIA.

Decidla:
Quizá podré remediarla.

DON TEODORO.

Bien podeis; pero... primero!...
Le diré que si me agravia
Esta noche, si me insulta,
Aun sé manejar la espada.

DOÑA LEONCIA.

Pero, ¿quién?...

DON TEODORO.

Ese villano
De asentista... echar bravatas
Por tres miserables onzas...
Al fin plebeyo.

DOÑA LEONCIA.

Acabara
Usted con doscientos santos!
Que estaba como azogada,
Creyendo que era otra cosa...

DON TEODORO.

Cuando del honor se trata
De un hombre... Si lo supiera
Mi tio el oidor de Canarias!

DOÑA LEONCIA.

Pero, ¿porqué ha de saberlo?
¿Acaso en Madrid os faltan
Amigos?

DON TEODORO.

¡Pedirles yo!
Antes...

DOÑA LEONCIA.

Pero, si se halla
Una persona que os sirva,
Aunque no cual deseara...
(*Saca una bolsita con dinero.*)

DON TEODORO.

(*Fingiendo distraccion.*)
¡Verme asi!

DOÑA LEONCIA.

Mucho mas siendo
Persona de confianza...
(*Le alarga la bolsa con timidez.*)

DON TEODORO.

Mas ¿qué es esto? ¿usted tambien
Contra mí?... Porque me hallan
Sin recursos!...

DOÑA LEONCIA.

¿Pero acaso?...

DON TEODORO.

Solo dándome palabra...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, no me saque usted
Los colores á la cara:
Asi como asi, la bolsa
La llevaba preparada
Para jugar esta noche;
Hago cuenta que jugaba
Con usted de compañía,
Y que perdimos tres cartas.

DON TEODORO.

Si supiera tener suerte...

DOÑA LEONCIA.

(*Instándole.*)
No me dejeis desairada.

DON TEODORO.

Solo con la condicion
De que partamos ganancias...

DOÑA LEONCIA.

Como gusteis.

DON TEODORO.

Y aun asi...

DOÑA LEONCIA.

No me avergonceis, tomadla;
Yo os lo ruego.

DON TEODORO.

(*Toma la bolsa*).
¡Ay! ¿quién resiste
A una persona á quien ama?

DOÑA LEONCIA.

¿De veras? ¿no me engañais?

DON TEODORO.

No, dulce prenda adorada,
Mi ángel tutelar!...

(*Cógele con ternura una mano, en ademan de ir á besársela; y mirando hácia la puerta, descubre á Doña Ines y á Juana, que llegan al mismo tiempo y se quedan paradas.*)

(*Aparte.*) ¡A Dios!
(*En tono alto.*)
Débaos esta sola gracia,
Y soy dichoso... Aqui mismo,
En union eterna y santa...

DOÑA LEONCIA.

¿Qué decis?

(*Sigue D. Teodoro estrechándole la mano, y hablando con pasion, que irá graduando insensiblemente.*)

DON TEODORO.

A vuestro lado,
Sin salir de vuestra casa...

DOÑA LEONCIA.

No os entiendo, por mi vida.

DON TEODORO.

Un sí, una sola palabra,
Y soy feliz.

DOÑA LEONCIA.

¿Estais loco?

DON TEODORO.

Yo os lo ruego: pronunciadla;
Por usted, por mí, por ella...

ESCENA XI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

(*Doña Ines corre precipitada, se arroja de rodillas, y coge la otra mano de su madre: esta se levanta sorprendida.*)

DOÑA INES.

Sí, madrecita del alma!
Hacedlo por mí tambien.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué es lo que dices, muchacha?

DOÑA INES.

No habrá muger mas querida,
No habrá madre mas amada
En el mundo...

DOÑA LEONCIA.

Si no sé...

DOÑA INES.

Ya es inútil que se haga
Usted la desentendida;
Yo he escuchado cuanto hablaba
Teodoro...

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿qué oiste?

DOÑA INES.

Si sus súplicas no alcanzan,
Mi amor, mis ruegos, mi llanto...

DOÑA LEONCIA.

Alzate, muchacha, alza,
Y explícate.

DOÑA INES.

No me muevo...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, que ya estoy cansada;
Habla claro.

DOÑA INES.

Y tú, Teodoro,
Ruega, dobla tus instancias,
Échate á sus pies.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué dices?

DOÑA INES.

Si le quiero, y él me ama...

DOÑA LEONCIA.

¿A quién?

DOÑA INES.

Si os pide mi mano...

DOÑA LEONCIA.

¡Pide tu mano!... ¿Qué hablas?
Quita, infame, si no quieres...

DOÑA INES.

Si en algo os ofendo...

DOÑA LEONCIA.

Calla,
Deshonra de tu familia...

DOÑA INES.

Oidme, por piedad...

DOÑA LEONCIA.

Aparta.

DOÑA INES.

No, madre mia...

DOÑA LEONCIA.

¡Tu madre!...
Yo sabré serlo, hija ingrata;
Yo sabré serlo.

DOÑA INES.

¡Por Dios!..

DOÑA LEONCIA.

(*A Don Teodoro*).
¿Y asi, vil hombre, se engaña
A una inocente?

DON TEODORO.

Escuchadme.

DOÑA LEONCIA.

Salid pronto de mi casa,
Y nunca mas...

DON TEODORO.

Pero, oidme...

DOÑA LEONCIA.

(*A Dona Iñes*).

¿Aun estás aqui, malvada?

DOÑA INES.

Yo me iré...

DOÑA LEONCIA.

Quítate al punto
De mi vista, antes que haga
Un ejemplar.

DOÑA INES.

Yo me iré...

DOÑA LEONCIA.

Pronto...

DOÑA INES.

Ya me voy...

DOÑA LEONCIA.

¿No acabas?

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

DOÑA LEONCIA.

(*A Don Teodoro.*) (*A Juana.*)
¿No os he dicho?... ¿Y tú tambien
Qué esperas aqui?

JUANA.

Aguardaba
A saber si los vestidos...

DOÑA LEONCIA.

Tíralos por la ventana.

JUANA.

Es que si...

DOÑA LEONCIA.

Vete allá dentro.

JUANA.

Pero yo...

DOÑA LEONCIA.

La mas culpada
Eres tú.

JUANA.

¿Yo?

DOÑA LEONCIA.

Encubridora!

JUANA.

¡Decirle á una muger blanca
Esa expresion!...

DOÑA LEONCIA.

Mas mereces.

JUANA.

Mi familia es tan honrada
Como la mejor.

DOÑA LEONCIA.

A dentro.

JUANA.

Tengo una hermana casada
Con un cuadrillero.

DOÑA LEONCIA.

Vete.

JUANA.

Y un primo hidalgo en la Mancha.

DOÑA LEONCIA.

Vete con mil de á caballo.

JUANA.

Y nunca ha habido en mi casta
Ningun sambenito.

DOÑA LEONCIA.

Vete.

JUANA.

Que si tuviéramos plata,
No nos faltaran papeles
Como todos...

DOÑA LEONCIA.

Vete, Juana.

JUANA.

Pero sin el din, no hay Don.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué demonio de ensalada
Estás revolviendo?

JUANA.

Digo...
(Con mucha rapidez.)
Digo que no digo nada.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

(Despues de una breve suspension.)
No creyera, caballero,
Hallarme nunca en el caso
De deciros...

DON TEODORO.

Yo tampoco
Pude nunca imaginarlo.

DOÑA LEONCIA.

No tema usted que le haga
Reconvenciones ni cargos;
Que si sois hombre de honor,
Bien podeis adivinarlos.

Solo le suplico á usted
Que jamas, ni por acaso,
Ni de mí ni aun de mi nombre
Volvais siquiera á acordaros.

DON TEODORO.

¿Y habla usted de veras?

DOÑA LEONCIA.

¡Cómo!
¿Teneis acaso el descaro
De fingir?...

DON TEODORO.

Pero, hable usted;
Y por lo menos sepamos
Qué motivo ó qué pretexto...

DOÑA LEONCIA.

El hablar es excusado
Con un hombre...

DON TEODORO.

Siga usted.

DOÑA LEONCIA.

Que acaba de dar tal pago
A mi amistad.

DON TEODORO.

Si á lo menos
Se explicara usted mas claro,
Yo os diera satisfaccion.

DOÑA LEONCIA.

¡Satisfaccion! Ni pensarlo.

DON TEODORO.

Pues callaré: ¿quereis mas?
Aun siendo yo el agraviado...

DOÑA LEONCIA.

¿En qué? Diga usted.

DON TEODORO.

En nada:
Si ya os he dicho que callo.

DOÑA LEONCIA.

¿Y qué pudierais decirme?

DON TEODORO.

Que me está usted insultando,
Debiendo darme las gracias.

DOÑA LEONCIA.

¡Las gracias! ¿Estais soñando?

DON TEODORO.

Lo dicho dicho: las gracias.

DOÑA LEONCIA.

Será de haberme engañado.

DON TEODORO.

¡Yo engañar!

DOÑA LEONCIA.

Y á una hija incauta
Habérmela alucinado
Con esperanzas...

DON TEODORO.

¿De qué?

DOÑA LEONCIA.

¿No lo dijo ella bien claro?

DON TEODORO.

¿Y qué dijo?

DOÑA LEONCIA.

¿Estabais sordo,
O os agrada el escucharlo?

DON TEODORO.

¡Y una señora de mundo,
De talento despejado,
Va á hacer caso de una niña!

DOÑA LEONCIA.

¿Pues no tengo de hacer caso?...
¿No dijo que usted la amaba,
Que anhelaba usted su mano?...

DON TEODORO.

Pero yo ¿qué contesté?

DOÑA LEONCIA.

Nada.

DON TEODORO.

Pues pleito acabado.

DOÑA LEONCIA.

Quien calla otorga, y usted...

DON TEODORO.

Iba ya á desengañaros,
Y me cerrasteis la boca.

DOÑA LEONCIA.

Si no tuviera ella datos,
No hubiera dicho...

DON TEODORO.

Es verdad:

Las niñas de quince años
Nunca piensan que las quieren
Sin motivos muy fundados.

DOÑA LEONCIA.

¿Con qué nunca le habeis dicho
Que la quereis?

DON TEODORO.

Supongamos
Que se lo haya dicho; bien:
¿En eso se perdió algo?
¿O es un delito tan grave
Echar un requiebro vano?...
¿No vengo acá con frecuencia?
¿No la estoy viendo y tratando
De continuo?... Yo soy jóven,
Vivo, alegre, atolondrado,
Si quereis; ella muchacha,
Y ademas vivo retrato
De una persona... ¡Ah, señora!
Perdonad si iba á nombraros.
Ya sé que os disgusto en ello;
Mas no es tan fácil mandato
Olvidar á una persona
A quien de veras se ha amado.
Solo le aseguro á usted
Que jamas le he insinuado
Nada de boda...

DOÑA LEONCIA.

Y entonces

¿Cómo creyó?...

DON TEODORO.

No es extraño.
¿Ignora usted que las niñas
Con el mas leve agasajo
Ya piensan que las adoran?
¿No sabeis que estan soñando
Con novios y casamientos,
Y mas si por sus pecados
Han leido cuatro novelas
Que les trastornen los cascos?

DOÑA LEONCIA.

Pero usted mismo, usted mismo,
¿Qué me estaba suplicando
Cuando ella entró?

DON TEODORO.

¿No lo oisteis?
Licencia para casarnos.

DOÑA LEONCIA.

¿Y asi me lo dice usted?

DON TEODORO.

¿Pues yo acaso lo he negado?...
¿Hice mal?

DOÑA LEONCIA.

Usted me insulta...

DON TEODORO.

Y viéndome en aquel caso,
¿Qué otro arbitrio me quedaba?
Yo me hallaba á vuestro lado,

Recibo vuestra fineza,
Siento un violento arrebato
De pasion, pierdo el sentido,
Voy á besar vuestra mano,
Miro á la puerta, y las veo
Llegar, quedarse escuchando...

DOÑA LEONCIA.

¿Con qué usted las vió?...

DON TEODORO.

¡Señora!
¿Pues no os habeis enterado
Hasta ahora?

DOÑA LEONCIA.

No, á fe mia.

DON TEODORO.

Pues lo único que ya extraño
Es vuestra santa paciencia:
Desde ahora mismo os declaro
La prudente Abigail,
Cuando no me habeis matado.
¿Hablar yo de veras?... ¡Vaya!
¿No me visteis tan turbado
Que no supe qué decir,
Y anduve titubeando?...
Os miré; no me entendisteis;
Os hice señas; fue en vano:
Yo en ademan de cariño,
Una hija vuestra mirando,
Usted afable, su honor

Expuesto á algun juicio falso...
¿Y qué quiere usted que hiciera?
Echar por cualquier atajo:
Si al pronto me ocurre, os pido
Casarme con vuestro hermano.

DOÑA LEONCIA.

Yo anduve torpe...

DON TEODORO.

No tal;
Yo solo soy el culpado.

DOÑA LEONCIA.

Pero si yo no sabia...

DON TEODORO.

No merezco vuestro trato,
Ni pisar vuestros umbrales...

DOÑA LEONCIA.

Mirad que aun estoy temblando
Del susto...

DON TEODORO.

Y ahora me voy,
Cumpliendo vuestro mandato.

DOÑA LEONCIA.

No se vaya usted.

DON TEODORO.

Preciso.

DOÑA LEONCIA.

¿Quereis matarme á quebrantos?...
Pues haga usted lo que quiera.

DON TEODORO.

Vaya! Las paces hagamos,
Y pelitos á la mar.
¿Porqué no os vais aviando
Para salir, que ya es hora?

DOÑA LEONCIA.

Segun me siento, no salgo.

DON TEODORO.

¿Y porqué?

DOÑA LEONCIA.

No estoy muy buena.

DON TEODORO.

En distrayéndoos un rato,
Os aliviareis.

DOÑA LEONCIA.

No tengo
Humor.

DON TEODORO.

¿Ni vais al teatro?

DOÑA LEONCIA.

No, señor.

DON TEODORO.

¿Ni al baile?

DOÑA LEONCIA.

Menos.

DON TEODORO.

¿Con qué es riña de muchachos
La nuestra?

DOÑA LEONCIA.

¿Pues yo qué digo?

DON TEODORO.

Juicio, señora, y tengamos
La fiesta en paz: sea usted dócil;
Compóngase usted, y vamos
Casa de las primas; luego
Podeis pensar mas despacio
Lo que hayais de hacer.

DOÑA LEONCIA.

Si voy,
Me estoy sentada en un lado
Sin ir á parte ninguna.

DON TEODORO.

No será poco milagro.

DOÑA LEONCIA.

¿Por qué razon?

DON TEODORO.

Yo me entiendo.

DOÑA LEONCIA.

Se engaña usted.

DON TEODORO.

¿Qué apostamos
A que vais á la funcion?

DOÑA LEONCIA.

Antes bien quiero dejaros
Mas libertad, yendo solo.

DON TEODORO.

¿Se vuelve á torcer el carro?...

No sea usted niña.

DOÑA LEONCIA.

Pues bien:
Solo por no disgustaros.
Voy á casa de las primas.

DON TEODORO.

Muchas gracias.

DOÑA LEONCIA.

Y cuidado
Que no me muevo de allí.
Juana, Juana!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA (*desde adentro*).

Voy volando...,
(*Al salir.*)
¿Qué manda usted?

DOÑA LEONCIA.

La mantilla.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

Por usted tan solo hago

Este sacrificio.

DON TEODORO.

Siento
Que se moleste usted tanto
Por mi causa.

DOÑA LEONCIA.

Ya no voy.

DON TEODORO.

Dale, bola! ¿A que me enfado?...

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

(*Yendo á poner la mantilla á Doña Leoncia.*)
Aqui está.

DOÑA LEONCIA.

Préndela bien.
¿Se ha acostado ya la niña?

JUANA.

No, señora.

DOÑA LEONCIA.

¿Y dónde está?

JUANA.

En su cuarto recogida.

DOÑA LEONCIA.

¿Ha tomado ya el café?

JUANA.

Un poco.

DOÑA LEONCIA.

Si no se alivia,
O se empeorare, avisad...

JUANA.

¿Dónde?

DOÑA LEONCIA.

Aun estoy indecisa...
Quizá... no sé... que primero
Vayan casa de mis primas;
Y si no estuviere alli...
(*A Don Teodoro.*)
Me quema usted con sus risas.

DON TEODORO.

¿Pues yo acaso?...

DOÑA LEONCIA.

¿Estoy yo ciega?

JUANA.

¿Y los vestidos se envian?

DOÑA LEONCIA.

No.

DON TEODORO.

Tenerlos á la mano
Por si luego...

DOÑA LEONCIA.

¡Hay tal porfía!
¿No he dicho ya que no voy?...
Y cuenta no estes dormida

Cuando vuelva nuestro huésped
Y mi hermano; y á Inesita
Le has de decir de mi parte...
Mejor es que no le digas
Nada: acuéstala temprano,
Hazle unas yemas megidas,
O cualquier cena ligera...
Y díle que esté tranquila,
Que no voy tan enfadada...
¿Me entiendes?

JUANA.

Ya entiendo.

DOÑA LEONCIA.

Y cuida
De que no sepa que yo...

JUANA.

Le diré que es cosa mia.

DOÑA LEONCIA.

Pero temo que las dos
Teneis la capa cosida;
Y asi como tú le encubres...

JUANA.

¿Qué dice usted? Mi familia
Es tan buena y tan honrada...

DOÑA LEONCIA.

Vámonos de aqui de prisa,
Don Teodoro, no nos vuelva
A ensartar la retahila.
Y cuidado con la casa!

JUANA.

Yo voy con mi cara limpia
Por todas partes.

DOÑA LEONCIA.

A Dios.(*Yéndose.*)

DON TEODORO (*en voz alta*).

Quede usted con Dios, Juanita:
(*Con secreto.*)
Está al cuidado, que luego...

DOÑA LEONCIA.

(*Volviendo la cara.*)
¿Qué dice usted?

DON TEODORO.

Le decia
Que no haga caso.

JUANA.

Eso no;
Yo he de chillar si me pisan.
(*Al ir á entrar por la puerta de adentro.*)
¡Pues anda buena la casa
Con la vieja y con la niña!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

JUANA, PERICO.

(Entran los dos por la puerta del foro, Juana delante, y Perico con timidez. Habrá una luz en una mesa.)

PERICO.

¿Estamos solos?

JUANA.

Sí, entra.

PERICO.

¿Y el viejo?

JUANA.

Fuera de casa.

PERICO.

¿Y el señor que no se rie?

JUANA.

Tambien. ¿De cuándo acá gastas
Tanto miedo?

PERICO.

Es que ahora traigo
La mas solemne embajada
Que se encomendó á escudero;
Y está en un tris que me valga
Cien doblones ó cien palos.

JUANA.

Díla.

PERICO.

¿Dónde está tu ama?

JUANA.

En su cuarto. ¿Quieres verla?

PERICO.

Díle que al momento salga;
Que le traigo...

JUANA.

Antes de ir,
Te he de decir dos palabras
Por última vez...

PERICO.

Despues
Te escucharé.

JUANA.

Aunque me hagas
Mil pedazos, no he de ir.

PERICO.

Si no es tu gusto, no vayas;
Solo va á decir en ello
Que no se case tu ama

Ni tú, cuando en esta noche...

JUANA.

Hombre, ¿qué dices?

PERICO.

¿Yo? nada.

JUANA (*acariciándole*).

¡Cáspita, qué genio tienes!

PERICO.

Déjate de juego, y anda
A llamarla.

JUANA.

Díme antes...

PERICO.

Si no me replicas nada,
Te lo digo.

JUANA.

Me convengo.

PERICO.

Hace un rato que entró en casa
El amo, con un sugeto
Muy serio y de mala traza:
Se encerraron los dos solos,
Hubo voces y patadas;
Se fué el tal; y el amo al punto
Me preguntó dónde estaban
Las maletas y demas
Preparativos de marcha;
Y mientras yo los reuno,
Escribe, me da esta carta

Para Inesita, y me dice:
« En mano propia has de darla,
« Y vuelve; que aqui te espero
« Con las cosas preparadas
» Para marchar esta noche. » —
¿Qué dice usted? — « Hazlo y calla: »
Me responde secamente;
Y al ir á salir, me llama
Y me dice: « Si tú quieres
« Casarte tambien con Juana,
« Y se resuelve á seguirnos
« Acompañando á su ama,
« Yo os ofrezco cien doblones. »

JUANA.

¡Cien doblones!... Voy...
(*En accion de irse corriendo.*)

PERICO.

Aguarda.

JUANA.

Es que si se pierde tiempo...

PERICO.

Cuidado que persuadas
A Inesita...

JUANA.

¿Soy yo tonta?
¡Cien doblones y casaca!

PERICO.

No te des contra esa puerta.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, PERICO.

DOÑA INES.
¿Qué ruido es este?

PERICO.
Que Juana...

JUANA.
Que Perico...

DOÑA INES.
Dílo tú.

PERICO.
Señora, mi amo me manda
Con esta carta, y me dijo...

DOÑA INES (*tomándola*).
¿Tiene respuesta?

PERICO.
Y la aguarda
En casa con impaciencia.

DOÑA INES.
¿Qué será?... Yo estoy turbada
Hasta saber...
(*La abre, y lee con mucho interes.*)

PERICO.
¡Ay, señora!
Si le viera usted la cara
Al dármela! ¡qué agitado!

Hasta la voz le temblaba:
(*Aparte á Juana.*)
Daba pena... Instale tú.

JUANA (*aparte á Perico*).

¡Pues me dormiré en las pajas
Con cien doblones al ojo!

DOÑA INES.

(*Leyendo la carta, prorumpe con agitacion.*)
No; nunca!

PERICO.

Hasta las palabras
Se le ahogaban en la boca.

DOÑA INES (*con ternura*).

¡Ay, Teodoro! No me amas,
Cuando me quieres perder.

JUANA.

Señorita...

DOÑA INES (*distraida*).

Y me juraba
Quererme toda la vida!...

PERICO.

Pues, señora, ¿en qué os agravia,
Si está loco el infeliz?

DOÑA INES (*con sequedad*).

Bien: devuélvele su carta...

PERICO.

¿Y la respuesta?

DOÑA INES.

Ninguna.

PERICO.

No vuelvo allá si me matan.

DOÑA INES.

¿Porqué?

PERICO.

Si no sabe usted
El estado en que se halla:
¡Qué hablar solo! qué suspiros!
Pues no digo las miradas!
Daba miedo.

DOÑA INES (*alargándole la carta*).

Toma, y vete.

PERICO.

¿Con qué está usted empeñada
En darle ese trabucazo?...
Pobre señor, no te pagan
El cariño que tú tienes!

DOÑA INES.

¡Ojalá no le pagaran!

PERICO.

Pocas pruebas le da usted.

DOÑA INES.

¡Ay! si no tuviera tantas,
No se atreviera el cruel
A proponerme... ¡insensata!
Yo le culpo, conociendo
Que solo soy la culpada:
Yo le abrí mi corazon;
Yo le amé con toda el alma;

Yo le juré ser su esposa...
Pero ¿quién imaginara
Que abusara hasta el extremo
De proponerme mi infamia?

JUANA.

Y al fin, ¿qué es lo que pretende?

DOÑA INES.

Hacerme desventurada
Por toda mi vida.

PERICO.

¿Quién?
¿El amo?... Mas bien se echara
En un pozo de cabeza.

JUANA.

Señorita, yo soy clara:
No puede ser.

DOÑA INES.

Yo tampoco
Nunca de él lo sospechara;
Pero al fin hombre!

JUANA.

No creo...

DOÑA INES.

Oye, y verás si te engañas.

(*Lee la carta, interrumpiendo su lectura, segun denoten los versos que van interpuestos.*)

« Amada Ines: al leer estos renglones recuerda tus promesas: llegó el momento de darme una prueba

de tu pasion; y la mia exige de tí un gran sacrificio. No hay medio: ó te resuelves á ser mia, ó esta misma noche me pierdes para siempre...»

¿No ves tú lo que me quiere?
Mira como me amenaza
Con dejarme para siempre...
Y lo hará.

JUANA.

Siga usted; vaya.

DOÑA INES.

«Cansado de tener condescendencias con tu madre, me determiné hoy á pedirte por esposa... Tú viste las resultas: apenas pude sufrir sus improperios, que acabaron con la mas severa prohibicion de volver á hablarte en mi vida. En esta situacion, anduve indeciso sobre el partido que debia tomar; pero al fin preferí disimular por el pronto, para desvanecer sus sospechas y persuadirle que saliese de casa. Ahora mismo la dejo en el teatro, y voy á manifestarte la resolucion que mi pasion me dicta: si estás resuelta á ser mi esposa, sígueme esta misma noche, y venzamos de una vez tantos obstáculos.»

JUANA.

¿Acerté ó no?

PERICO.

Por supuesto.

JUANA.

¿No veis como os da palabra
De casamiento?

DOÑA INES.

¿Dejando
Mi familia abandonada
Y expuesto mi honor?... Jamas!
Solo en pensarlo me agravia...

« Pasado mañana podremos estar en Toledo: alli quedarás depositada en casa de un canónigo, tio mio, mientras se disponen las cosas como corresponde. Tu familia misma, dado ya este paso, tendrá que ceder y prestar su consentimiento. ¡Ah, Ines mia! un momento de valor, y antes de una semana eres mi esposa... Pero si por timidez ó falta de cariño no te determinas á seguirme, óyelo, Ines, y grábalo en tu alma: antes de tres horas ya estaré fuera de Madrid, y jamas volverás á oir ni mi nombre... ¡Quién sabe! Perdiéndote á tí, no le importa la vida á tu infeliz...

TEODORO. »

(*Se sienta en una silla con abatimiento y distraccion.*)

JUANA.

¡Pobrecillo!... Se conoce
Que estaba muy afligido
Al escribir esa carta.

PERICO.

Si ustedes le hubieran visto
Mas pálido que un difunto,
Con los ojos encendidos...

JUANA.

No tengo yo corazon

Para oir lástimas.

PERICO.

Ni á tiros
Vuelvo allá sin la respuesta;
Es capaz de un desatino
Segun le dejé.

DOÑA INES.

¡Infeliz!...

PERICO.

¡Con qué tristeza me dijo:
« Ahora veré si mi Ines
« Me tiene tanto cariño
« Como me juró mil veces! »

JUANA.

Va el pobre á perder el juicio.

PERICO.

¿Tanto le queda?... ¡ojalá¡
Fuera ese solo el peligro!
Yo le escondí las pistolas...

DOÑA INES (*con inquietud*).

¿Y quedó solo?...

PERICO.

Preciso,
Si yo me vine...

DOÑA INES.

Pues vuelve
Al instante.

PERICO.

¿Y qué le digo?

DOÑA INES.

¿No lo sabes?

PERICO.

Para eso
Mas vale tirarle un tiro.

JUANA.

Dice bien: asi que sepa
Que siquiera habeis querido...

DOÑA INES (*con sentimiento*).

Pero, ¿qué quiere de mí?

JUANA.

Yo qué sé! ¿No habeis leido
Su carta?

PERICO.

Bien clara está:
Solo quiere...

DOÑA INES (*con sequedad*).

¿No has oido
Que te vayas?

PERICO.

Sí, señora;
Ya me voy... ¡Pobre amo mio!
No sabes lo que te espera.
Si en algo puedo serviros
Fuera de Madrid, yo siempre...

DOÑA INES (*con tristeza*).

No, Pedro; yo te lo estimo...

PERICO.

Quede usted con Dios.

DOÑA INES.

A Dios.

PERICO.

Yo soy hombre agradecido,
Y no he de dejarle ahora
Expuesto á tantos peligros.

DOÑA INES.

Haces bien... (*con abatimiento*).

PERICO.

Al fin del mundo
Estoy resuelto á seguirlo,
Sin abandonarle nunca...

DOÑA INES.

¡Ay, Ines!

PERICO.

Ya que he comido
Su pan, y todos le dejan...
Pero no quiero afligiros;
Quede usted con Dios.

DOÑA INES.

(*Se levanta velozmente.*)

No; aguarda!
Cuida de él... Yo te lo pido
Con lágrimas de mis ojos...
Quizá un dia... ¡Qué delirio!...
Nunca mas volveré á verle!...

PERICO.

A media noche salimos
Sin falta.

DOÑA INES.

¡Nunca mas verle!

PERICO.

Todo está ya prevenido
Para marchar... Y va bueno
Para emprender el camino;
Triste, con poca salud...

JUANA.

Cuéntele usted por perdido.

DOÑA INES.

Pero ¿tengo yo la culpa?

JUANA.

¿Y no podeis impedirlo
Con una sola palabra?

DOÑA INES.

(*Con turbacion y vehemencia.*)
Díle... yo te lo suplico...
Díle que no me aborrezca,
Que nunca me eche en olvido,
Que me escriba alguna vez...
Díle que tan solo exijo
Saber que vive, y se acuerda
De esta infeliz... No le pido
Que me conserve su amor;
Viva dichoso y tranquilo
Con otra... ya que su Ines
Tan desgraciada ha nacido...

JUANA.

No llore usted.

DOÑA INES.

Que ninguno
Le robará mi cariño
Ni mi mano... que le quiero
Mas que nunca le he querido;
Que soy suya hasta la muerte...
¿Se lo dirás?

PERICO.

Yo, lo mismo
Que usted me lo está diciendo.

DOÑA INES.

Y nota bien si al oirlo
Se enternece...

PERICO.

Bien está.

DOÑA INES.

Si pregunta con ahinco
Si me dejaste muy triste.

PERICO.

Bien.

DOÑA INES.

Y si está convencido
De mi amor, ó si me culpa...
Todo, todo has de advertirlo
Para contármelo.

PERICO.

¿Cómo,
Si á media noche partimos?...

DOÑA INES.

(*Suspensa y abatida.*)

Tienes razon... ¡Pobre Ines,
A qué estado te ha traido
Tu mala suerte!

JUANA.

Señora,
Usted está sin sentido,
Y va á costarle la vida.

DOÑA INES.

¿Qué me importa?... Asi me libro
De padecer.

JUANA.

Si quedara
Al menos algun arbitrio...

DOÑA INES.

Ninguno, Juana, ninguno.

JUANA.

A mí solo me ha ocurrido
Si quisiera usted...

DOÑA INES.

¿Qué?

JUANA.

Hablarle
Esta noche con sigilo.

DOÑA INES.

¿A quién?... ¡A ese ingrato!... No:
Pues ha tomado el partido
De dejarme para siempre,

Vaya con Dios.

JUANA.

Yo confio
En que si os viera... tal vez
Pudiera usted disuadirlo.

DOÑA INES.

No, Juana.

JUANA.

Pero á lo menos
Lograba usted el alivio
De despedirse.

DOÑA INES.

¿Y qué logro
Con redoblar mi martirio?

JUANA.

Consolarse con llorar,
Hablar, reñir, conveniros
En el modo de escribirse...

DOÑA INES.

No querrá.

JUANA.

¿Por qué motivo?
Asi que usted se lo diga...

DOÑA INES.

¿Cómo?

JUANA.

De un modo sencillo:
Viniendo á casa...

DOÑA INES.

¿Qué dices?

JUANA.

¿Y hay en eso algun peligro?

DOÑA INES.

¿Y si luego se supiera?

JUANA.

¿Por quién?

DOÑA INES.

No me determino.

JUANA.

Déjelo usted á mi cargo;
Y en quedando recogidos
Los señores...

DOÑA INES.

¿Y mi madre?

PERICO.

La deja pegando brincos
El amo, y viene de oculto...

DOÑA INES.

Le pueden ver los vecinos.

JUANA.

No haya miedo: abro la puerta,
Entra primero Perico
A reconocer el campo,
Y el otro queda escondido
En la esquina.

DOÑA INES.

No me atrevo:

Yo sola, yo sé el conflicto
En que está mi corazon!...

JUANA.

¿Y el suyo estará tranquilo?

DOÑA INES.

¿Y qué he de hacer?

JUANA.

Darle al menos
Esa prueba de cariño,
Dejarle alguna esperanza,
Evitarle un precipicio...

DOÑA INES.

Yo bien quisiera...

JUANA (*á Perico*).

Pues corre...

DOÑA INES (*á Perico*).

No, aguarda...

JUANA.

Lleva el aviso...

PERICO.

Voy de un vuelo. (*Vase corriendo.*)

DOÑA INES.

Aguarda...

JUANA.

Sí;
Ni un galgo puede seguirlo.

ESCENA III.

DOÑA INES, JUANA.

JUANA.

Quiere tanto á su señor!

DOÑA INES (*abatida*).

¿Qué voy á hacer?... Yo me pierdo.

JUANA.

¿Será la primera vez
Que se han hablado en secreto
Dos personas que se quieren?

DOÑA INES.

Pues yo, Juana, no me atrevo.

JUANA.

¡No faltaba mas ahora!

DOÑA INES.

Tú le dirás que lo siento;
Pero que no puede ser.

JUANA.

¿Quereis pagar con desprecios
Tanto amor?

DOÑA INES.

¿Y lo has creido?

JUANA.

¿Pues cabe un hombre mas ciego?

DOÑA INES.

Por eso quiere dejarme!

JUANA.

Quizá si os amara menos,
No os dejara.

DOÑA INES.

¿Y quién le obliga
A ausentarse?

JUANA.

El mismo extremo
De su pasion; el no estar
A todas horas expuesto
A lances como el de hoy...

DOÑA INES.

¿Y no ha encontrado otro medio
Mas que el de dejarme asi?

JUANA.

Por mi parte no le veo:
Sabiendo ya la señora...

DOÑA INES.

Quizá en pasando algun tiempo
Cediera...

JUANA.

¡Ceder el ama!
¿No conoce usted su genio?
¿No sabe usted que á ella sola
Quiere le rindan obsequios
Los hombres, y hasta le duele
Que os hagan un cumplimiento?
El pobre de Don Teodoro,
Solo á fuerza de quereros

Ha podido el infeliz
Tolerarla tanto tiempo.

DOÑA INES.

¿Y no sufro yo por él?

JUANA.

No por él; por no atreveros
A hablar claro á vuestra madre.

DOÑA INES.

Tú sabes cuanto la quiero,
Y cuanto me adora á mí.

JUANA.

Lo disimula á lo menos.

DOÑA INES (*con sequedad*).

Basta, Juana: calla, y vete.

JUANA.

Si cada vez que me acuerdo
De lo que pasó esta tarde,
No sé como me contengo.
El pobre mozo afligido,
Haciendo vanos esfuerzos
Por alcanzar la licencia:
Llega usted, oye su ruego,
Corre á los pies de su madre,
Se arrodilla con respeto,
Insta, llora... ¿Y cuál fue el fruto?
Solo sufrir sus dicterios.

DOÑA INES (*con abatimiento*).

Esa es mi suerte.

JUANA.

Ni aun quiso
Daros siquiera el consuelo
De escuchar á uno ni á otro...
Ya se ve: si ella en su pecho
Sabe que teneis razon,
¿Qué ha de hacer? Lucir los fueros
De madre, y dar muchos gritos
Para salir del aprieto.
Yo no sé lo que sentí,
Cuando ví con el desprecio
Que os echó fuera del cuarto.

DOÑA INES.

De acordarme me avergüenzo.

JUANA.

Y estando alli Don Teodoro...

DOÑA INES.

Yo siquiera tuve aliento
Para levantar la vista...

JUANA.

¡Afrentar á un caballero,
Y echarle fuera de casa!...
Pero ¿con qué fundamento?
Porque siendo hombre de bien,
Quiere con un fin honesto
A una niña que le ama,
Y la pide en casamiento.

DOÑA INES.

Es asi.

JUANA.

Y si se encontrara
El motivo mas pequeño
Para oponerse...

DOÑA INES.

Verdad.

JUANA.

Pero si todos sabemos,
Aunque nos quiera hacer tontos,
El motivo verdadero.

DOÑA INES.

No mas, Juana.

JUANA.

Y lo peor
Del caso es que va cundiendo
La noticia, y hace usted
Muy mal papel en el pueblo.

DOÑA INES.

No hay mas que tener paciencia.

JUANA.

Mas vale poner remedio.

DOÑA INES.

¿Y tengo alguno en mi mano?

JUANA.

¿Le ha olvidado usted tan presto?

DOÑA INES.

No me hables de eso en tu vida.

JUANA.

Asi lo haré; pero temo

Que si vuela la ocasion,
Despues la echará usted menos.

DOÑA INES.

No lo temas.

JUANA.

Puede ser;
Pero es difícil: en viendo
Que da mañana la hora
De venir á casa, y lejos
De mirarle á vuestro lado,
Ni aun sabeis su paradero...

DOÑA INES.

Mucho sufriré.

JUANA.

Y al fin,
Si fuera el plazo ligero;
Pero por toda la vida!...

DOÑA INES.

¡Ay, Juana!...

JUANA.

Y con el recelo
De que ya desesperado
Vaya á hacer un desacierto...

DOÑA INES (*abatida*).

No querrá Dios.

JUANA.

O si acaso
Le sucede un contratiempo
En el camino... ¿Y porqué

Tantas molestias y riesgos?
Porque una madre obstinada
Prefiere sus devaneos
A hacer feliz á su hija...
Como da con un cordero,
Abusa, y hace muy bien:
Ya se anduviera con tiento,
Si diera con otra; ó puede
Que ella perdiera en el juego.

DOÑA INES.

Pues yo mas quiero sufrir...

JUANA.

¿Le parece á usted que es cuento
Lo que digo? Pues yo sola
Puedo contar cien ejemplos.
¿Qué le pasó á aquella amiga
Que se casó de secreto
Con el alférez?... Los padres
Quisieron tocar el cielo
Con las manos; ¿y despues?
Usted misma lo está viendo:
El viejo y la vieja riñen
Por mecer la cuna al nieto.
Si eso es mas claro que el agua:
En no teniendo remedio,
¿Qué pueden hacer los padres?
Darse por muy satisfechos.
Y sino, suponga usted
Que al fin cede á los deseos

De Don Teodoro...

DOÑA INES.

No tienes
Siquiera que suponerlo.

JUANA.

Ya lo sé; pero supongo
Que todo se halla dispuesto
Para marchar; que partimos;
Que llegamos á Toledo,
Que paramos en la casa
Del canónigo, y nos vemos
Regaladas cual princesas.
Él escribe á algun sugeto
De importancia: viene acá,
Sufre el temporal deshecho
De la señora; la amansa;
Se queda el tiempo sereno:
« Yo la perdono; que venga... »
Parte volando un correo
Con la noticia: « á Madrid;
» El coche, los tiros, presto! »
El tio (que será gordo,)
Viene llenando el testero
Del coche, ustedes al vidrio,
Yo en un calesin con Pedro...
Me parece, señorita,
Que ahora mismo lo estoy viendo.

DOÑA INES.

¿No callas, muger, no callas?...

Mas si no me engaño, siento
Ruido de pasos... (*Levantándose.*)

JUANA.

Y cerca.
¿Si no que llevó Don Pedro
Su llave?...

DOÑA INES.

Bien puede ser.

JUANA.

Pronto se ve... Dicho y hecho.

ESCENA IV.

DOÑA INES, JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

No esperábamos, Don Luis,
Encontrar tan buen hallazgo.

DON LUIS.

Mire usted si hicimos bien
En recogernos temprano.

DOÑA INES.

Ha sido casualidad:
Nos estuvimos un rato
Cosiendo... luego allá dentro
Sin saber qué hacer... y al cabo
Iba á recogerme ahora...

DON PEDRO.

Nosotros hemos andado

Sin saber qué hacer tampoco:
Se acabó tarde el teatro;
Dieron al salir las once,
Y anduvimos vacilando
Sobre ir ó no á alguna fiesta;
Pero al fin...

DON LUIS.

Y la acertamos
En no pasar mala noche.

DON PEDRO.

Pues alguien está escuchando
Que quizá de buena gana...

DOÑA INES.

Está usted muy engañado
Si habla por mí.

DON PEDRO.

Por ventura
¿Y qué tuviera de extraño?

DOÑA INES.

No digo yo que tuviese.

DON PEDRO.

Es propio en los pocos años
El gusto de divertirse;
Y mas teniendo cercano
El ejemplo de una madre...
Yo, Don Luis, no he visto cascos
Mas ligeros en mi vida:
A la comedia, al sarao...
¿Y su casa? ¿y esta niña?

Mas que se las lleve el diablo.
Contemple usted con el gusto
Que estará Ines...

DOÑA INES.

¿Pues yo acaso
Estoy triste?

DON PEDRO.

¿Y no es asi?

DOÑA INES.

Hace tiempo que no he estado
De mejor humor... Las dos
Hemos estado jugando
Y riyendo... (*á Juana*) ¿No es verdad?

DON PEDRO.

Y ahora de cerca reparo
Que estás pálida y llorosa.

DOÑA INES.

Tendré los ojos cargados
De coser; pero no sé...
Solo he sentido hace rato
Algun dolor de cabeza.

DON PEDRO.

Será quizá de reir tanto.

DOÑA INES.

¿Que por fuerza he de estar triste?
Si ustedes quieren...

DON LUIS.

Cuidado
Que yo no he dicho palabra.

DOÑA INES.

Aun dice usted mas callando.

DON LUIS.

¿Porque hablé esta tarde erré,
Y ahora yerro porque callo?

DOÑA INES.

No digo tal: las mugeres
Somos las que siempre erramos
Segun los hombres.

DON LUIS.

Tampoco
Tengo un concepto tan malo...

DOÑA INES.

¿No dijo usted esta siesta?...

DON LUIS.

Solo dije que era raro
Hallar franqueza en ustedes;
Y ahora lo estais confirmando.

DOÑA INES.

Pues estoy triste.

DON PEDRO.

A mí es,
Y me tiene incomodado
El verte sola en la casa,
Y la otra vieja bailando.

DOÑA INES.

Deje usted que se divierta.

DON PEDRO.

¿Y yo se lo impido acaso?

Pero lo siento por tí;
Y ya me voy enfadando
De sufrir y de callar.

DOÑA INES.

¿No sufro yo mas, y callo?

DON PEDRO.

Este angelito aqui solo,
Puesta mano sobre mano...
Sin divertirse, aburrida...
Si quieres jugar un rato
Entre los tres...

JUANA.

¡Con jaqueca!

DON PEDRO.

Si estás mala, no tratamos
De incomodarte.

DOÑA INES.

Yo solo
Me detuve á saludaros;
Pero ya me iba á acostar.

DON PEDRO.

(*A Juana.*)
Pues anda ve, y dale un baño
(*A Doña Ines.*)
De pies: quizá te mejores;
Y si se ofreciere algo,
Que me llamen.

DOÑA INES.

Está bien.

JUANA.

Yo quedo con el cuidado.

DON LUIS.

Que usted se alivie.

DOÑA INES.

Mil gracias:
Buenas noches.

ESCENA V.

JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Lleva al cuarto
A la niña, y luego vuelve.

JUANA.

¿Y traigo ya preparado
El cocimiento?

DON PEDRO.

No pienso
Acostarme tan temprano.

JUANA.

Pues me parece que advierto
Mas hinchazon en el lado.

DON PEDRO.

No me duele mucho ahora.

JUANA.

No se ande usted chanceando
Con las muelas...

DON PEDRO.

Si no es nada...

JUANA.

¡He visto yo tantos casos!...
Mas vale que usted se acueste.

DON PEDRO.

¿Y de cuando acá has tomado
Tanto interes en mis muelas?

JUANA.

¿Ve usted, Don Luis, lo que gano
Con ser cuidadosa?

DON PEDRO.

No;
Yo te lo estimo.

JUANA.

Los amos
Todos son unos; y siempre
Saca una pobre este pago.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Esta es otra que bien baila:
¡Mire usted á quien se fia
El cuidado de la casa
Y la guarda de una hija!
Con mas juicio las he visto

Encerradas en Sevilla.

DON LUIS.

No tiene mucho en verdad.

DON PEDRO.

Asi se pierden las niñas,
Adquieren malos resabios,
Se despierta su malicia...

DON LUIS.

Seguramente es fortuna
El que descubra Inesita
Tan buen fondo.

DON PEDRO.

¿Y piensa usted
Que su carácter la libra
De riesgos?... Ella es un ángel,
Es dócil, franca, sencilla;
Pero mas le temo asi.
Si solo tiene á la vista
El espejo de una madre
Casquivana y distraida,
Y para aumentar el daño
Está al lado todo el dia
De una moza desenvuelta,
¿Qué espera usted en su vida?

DON LUIS.

En eso teneis razon.

DON PEDRO.

Lo que á mí me maravilla
Es que con tales ejemplos

Aun conserve todavía
Algun candor.

DON LUIS.

Ya vió usted
Como se puso encendida
Al faltar á la verdad.

DON PEDRO.

Aun es la pobre novicia
En el arte de fingir;
Mas con todo, si se aplica,
Es muger y aprenderá.

DON LUIS.

Por mas esfuerzos que hacia
Para fingir buen humor,
Mostraba hasta en su sonrisa
Algun pesar.

DON PEDRO.

Yo jamas
La he visto tan distraida
Ni tan triste... Ya se vé;
Tiene la pobre la espina
De la máscara...

DON LUIS.

Pues yo
Sospeché si ya sabria
Alguna cosa... Las voces
Suelen cundir tan aprisa...

DON PEDRO.

¿Pero es cierto?

DON LUIS.

Por su casa
He sabido la noticia,
Aunque con mucha reserva.

DON PEDRO.

Veremos si se confirma:
Él es pájaro de cuenta.

DON LUIS.

Pues todas sus picardías
No le valen ya en Madrid:
Los acreedores le ostigan,
Uno le amenaza á palos,
El otro con la justicia...

DON PEDRO.

Pues entonces no hay recurso.

DON LUIS.

¿Qué recurso? Si le pillan,
Al hospital ó á la cárcel.
Él ya se ha puesto en franquía,
Y anochece y no amanece.

DON PEDRO.

Pues no será poca dicha
Para esta casa.

DON LUIS.

Asi es.

DON PEDRO.

Habrá paz en la familia;
Y veremos si mi hermana
Conoce sus tonterías,

Y acaba de abrir los ojos...
Por lo menos mi sobrina
Ganará mucho... ¿Y quién sabe
Si en perdiéndole de vista?...
Dicen que el primer amor
O tarde ó nunca se olvida:
¿No es usted de ese dictámen?

DON LUIS.

Asi dicen.

DON PEDRO.

Yo creia
Que usted por propia experiencia...

DON LUIS.

Quizá...

DON PEDRO.

Las cosas sencillas:
¿Podreis olvidar á Ines?

DON LUIS.

¡Olvidarla yo! en mi vida.

DON PEDRO.

¿Y os da vergüenza el decirlo?

DON LUIS.

Soy franco: me mortifica
El verme pospuesto á otro.

DON PEDRO.

Pues yo no tengo perdida
La esperanza de llamaros
Mi sobrino: ¿os pesaria?

DON LUIS.

(*Con expresion.*)

¡Ah, Don Pedro! Ines, ó nadie.

DON PEDRO.

Jóven honrado, esa misma
Pasion, que á usted le sonroja,
A mis ojos le acredita;
Pues no cabe amor tan puro
En un alma corrompida.
Ame usted, amigo mio,
Ame usted; que vendrá el dia
Del premio, y quizá no tarde.

DON LUIS.

Solo esas voces me animan.

DON PEDRO.

Yo salgo fiador: ¿os basta?
Yo conozco á mi sobrina,
Sé que os amó, y siempre queda
Algun fuego en las cenizas.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

JUANA.

(*Con el cocimiento.*)

Aqui vá.

DON PEDRO.

Llévalo adentro.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Este es el mundo: á Inesita
No le dejan ir al baile;
Y esta privacion le aviva
Las ganas; y usted pudiendo...

DON LUIS.

A mí muy poco me incitan
Esas fiestas: era tarde,
Mal tiempo, usted se venia;
¿Qué habia de hacer? Ahora tomo
Cualquier obra entretenida,
Y me divierto leyendo
Hasta que el sueño me rinda.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

JUANA.

Ya está todo prevenido.

DON PEDRO.

Vamos... No sé qué daria
Por dormir toda la noche;
Pero estas muelas malditas...

DON LUIS.

Quizá con el cocimiento
Paseis la noche tranquila.

DON PEDRO.

(*Yéndose.*)

Dios lo quiera: hasta mañana.

JUANA.

Oiga usted, señor: ¿se estila
Despedirse á la francesa?

DON PEDRO.

Perdone usted, señorita.

JUANA.

Mire usted, mas honra tengo
Que tienen muchas usías.

ESCENA X.

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS.

(*Al irse.*)

A Dios, Juana, buenas noches.

JUANA.

Que duerma usted bien... y aprisa,
(*volviéndose*)
Sin que pueda despertarle
Ni un cañon de artillería.

ESCENA XI.

DOÑA INES, JUANA.

JUANA.

(*Yendo á entrar por la puerta del interior de la casa.*)

Vamos á ver...

DOÑA INES.

¿Se acostaron?

JUANA.

Cuidado que no nos sientan.

DOÑA INES.

Dices bien: vente allá dentro.

JUANA.

Antes...

DOÑA INES.

Si aun no estoy resuelta...

JUANA.

¿Cómo no? Pues ahora mismo
¿Qué dijo usted?

DOÑA INES.

Ya me pesa.

JUANA.

¿Y porqué?

DOÑA INES.

Si no me atrevo...
Si no sé lo que recela

Mi corazon... Tú saldrás;
Y le dirás que siquiera
Me dé este gusto.

JUANA.

Si salgo,
Antes de escuchar mi arenga
Toma la posta y se va.
¿No es mejor que se convenza
Por sí mismo? ¿que os escuche,
Que os hable, que él propio os vea
Llorar?

DOÑA INES.

No tengo valor.

JUANA.

Quizá lograreis que ceda
A vuestro ruego, ó le dais
El último *á Dios* siquiera.

DOÑA INES.

¡El último! ¡Ay, Juana mia!

JUANA.

Asi á lo menos os queda
Ese consuelo; sino,
Se marcha antes que amanezca,
Y hasta la muerte.

DOÑA INES.

(*Con vehemencia.*)

Pues ve...
Pero no, detente, espera...

JUANA.

¿Qué quiere usted?

DOÑA INES.

Que me dejes.

JUANA.

¿Y no voy?

DOÑA INES.

No.

JUANA.

Me da pena
El veros en ese estado;
Y si dura mas...

DOÑA INES.

(*Se sienta con abatimiento.*)

No temas;
No durará este pesar
Tanto como tú recelas...
Teodoro, yo te lo juro!...

JUANA.

Si en este instante os oyera,
Si os viera tan abatida...

DOÑA INES.

Por Dios, Juana, no te muevas
De mi lado...

JUANA.

¿Qué teneis?

DOÑA INES.

Yo no sé qué angustia es esta,
Que ni aun puedo respirar...

JUANA.

Háblele usted, aunque sea
Un minuto, y que se vaya.

DOÑA INES.

No, Juana, ya estoy resuelta.

JUANA.

Pero un solo instante...

DOÑA INES.

No.

JUANA.

¿Y si el infeliz espera?

DOÑA INES.

Tú le desengañarás.

JUANA.

Yo... la verdad... mejor fuera
Mandar con otro el recado.

DOÑA INES.

(*Con sentimiento.*)
¡Tú tambien, Juana!

JUANA.

Me cuesta
Tanto trabajo el decirle...

DOÑA INES.

Pues bien : no vayas.

JUANA.

Si fuera
Otra cosa...

DOÑA INES.

Ya lo sé.

JUANA.

Perico estará á la puerta,
Y él mas bien... Si quiere usted,
Verá usted que pronto entra.

DOÑA INES.

No dices mal.

JUANA.

Él vendrá
Para hacer la descubierta,
Como quedamos; y entonces
Le dice usted lo que quiera.

DOÑA INES.

Es que si entiende Teodoro...

JUANA.

¿No se dijo que estuviera
En la esquina? Verá abrirle
Al descubridor; se alegra;
Y cuando piense él entrar,
Ya se encuentra al otro fuera.

DOÑA INES.

Y luego el pobre Teodoro...

JUANA.

Yo no sé como os entienda:
Tan pronto quereis hablarle,
Tan pronto decis que os pesa,
Luego quereis que yo vaya,
Despues que Perico venga...

DOÑA INES.

Ni yo me entiendo á mí misma!

JUANA.

Pero, al fin, ¿en qué se queda?

DOÑA INES.

Yo no sé...

JUANA.

¿Llamo á Perico?

DOÑA INES.

Haz, Juana, lo que tú quieras.

ESCENA XII.

DOÑA INES *sola.*

(*Continúa sentada, mostrando agitacion y abatimiento.*)

DOÑA INES.

Ines... Ines... un momento
De valor... Ni él mismo sepa
Lo que le quiero... ¡Cruel!
Yo sola, afligida, expuesta
A las iras de mi madre,
Y él por su gusto se ausenta...
¡Quién sabe!... Quizá ha buscado
El pretexto de la ausencia
Para burlarse; quizá
Otro amor... Pero, ¿qué pruebas
Tengo yo?... ¿No habló á mi madre?
¿No le pidió la licencia?

¿No me propone el ser mio?
Pues, Ines, ¿de qué te quejas?...
¡Ay! yo sola, yo le pierdo:
Por mí el infeliz se aleja;
Por mí todo lo abandona;
Por mi culpa á la hora esta,
Quizá mañana... ¡Dios mio!
Ya en el mundo no me queda
Ni aun la esperanza de verle...
Pero, Teodoro, no temas
Que tu Ines te falte nunca,
Ni que olvide sus promesas;
Su amor, su vida, su alma,
Todo es tuyo... Donde quiera
Que vayas, aunque me olvides,
Aunque nunca mas te vea,
Tú sabrás, Teodoro mio,
Si tu Ines te amó de veras.

ESCENA XIII.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Doña Ines se levanta sobresaltada, al oir la voz baja de Don Teodoro: este habrá estado parado en la puerta desde el final de la escena anterior: vendrá con un vestido de baile,*

cubierto con un sobretodo: Perico y Juana vienen detras, y todos con silencio.)

DON TEODORO.

Ines...

DOÑA INES.

¡Ay!

DON TEODORO.

¿Te vuelvo á ver?

DOÑA INES.

¿Qué has hecho, Juana, qué has hecho?..

JUANA.

¿Yo... señora? si al abrir
Él mismo se metió dentro.

DOÑA INES.

Todos me venden... á Dios.

DON TEODORO.

(*Deteniéndola.*)
Oyeme solo un momento.

DOÑA INES.

No, Teodoro.

DON TEODORO.

Un solo instante.

DOÑA INES.

Si nos sienten, nos perdemos.

DON TEODORO.

No nos oirán.

DOÑA INES.

Compadece

El estado en que me veo...

DON TEODORO.

¿Temes mis reconvenciones?
No, Ines: ya sé lo que tengo
Que esperar de tí; lo sé.

DOÑA INES.

Tú verás...

DON TEODORO.

Sé que te pierdo,
Que voy á ser desgraciado,
Que para siempre me alejo
De tu vista...

DOÑA INES.

¡Para siempre!

DON TEODORO.

Lo dije, y no me arrepiento.

DOÑA INES.

¿Y asi lo dices, ingrato?

DON TEODORO.

¿Tú quejas? ¡tú que me has hecho
Infeliz!

DOÑA INES.

Yo no, Teodoro.

DON TEODORO.

¡Tú que olvidaste tan presto
Tus palabras, tus promesas,
Los mas santos juramentos!...

DOÑA INES.

No es culpa mia.

DON TEODORO.

¿No es tuya?
¿Pues de quien?... Pero ya veo
Tu turbacion. ¿No respondes?
¿No tienes siquiera aliento
Para hablarme?... ¡No es tu culpa!
Dices bien: yo que tan ciego
Me abandoné á mi pasion;
Yo que olvidé por tu afecto
Bienes, fortuna, familia,
¿Yo soy quien te reconvengo?
No, Ines; tú tienes razon:
Yo solo soy el que debo
Reconvenirme.

DOÑA INES.

Teodoro!

DON TEODORO.

Yo que imaginé sincero
Tu cariño...

DOÑA INES.

¿Y no te amo?

DON TEODORO.

¡Amarme tú!... Hubo algun tiempo
En que necio lo creia;
Pero ese mismo recuerdo
Me atormenta mas ahora.
Yo tranquilo, satisfecho
Con tus promesas, ansiando
Llegase el feliz momento

De verte mia... Lo juras;
Ni un instante me detengo
En pedir tu mano, y sufro
Insultos y menosprecios...
Pero me queda mi Ines;
Ese era el solo consuelo
De mi corazon: me ama;
Sabe que no hay otro medio
De ser mi esposa; verá
Que á costa de un leve riesgo
Somos felices... Te escribo,
Vuelven, pregunto... ¡Qué lejos
Estaba yo de esperar!...

DOÑA INES.

¡Ay, Teodoro! No lo niego:
Te quiero mas que á mi vida;
Pero no con tal extremo,
Que sacrifique á mi gusto
De una familia el sosiego,
El tierno amor de una madre,
Mi inocencia, mi concepto,
Mi honor...

DON TEODORO.

¡Tu honor!... ¿Pues acaso
He tratado de ofenderlo?
¿Podrá tu madre á su antojo
Negar su consentimiento
Para nuestra union, y tú
Por un temor indiscreto

Dejarás de ser mi esposa?
¡Tú por su capricho necio
Infeliz toda tu vida,
Por no exponerla á un momento
De pesar, de que ella propia
Ha de avergonzarse luego!...
¡Tu familia!... Y por ventura
¿Quién le ha otorgado el derecho
De esclavizarte á su gusto?...
Pregunta, indaga qué hicieron
Ellos mismos, ó si acaso
No nos dieron el ejemplo.
¿Callas?... ¿dudas?... ¿ó presumes
Que seremos los primeros
En burlar la tiranía
De unos padres indiscretos?...
No, Ines mia; tú me amas;
Tú puedes premiar mi afecto
Con tu mano... ¿Y la retiras? (*la accion.*)

DOÑA INES (*con abatimiento*).

Déjame, yo te lo ruego.

DON TEODORO.

¿Que te deje?...

DOÑA INES.

Sí, Teodoro.

DON TEODORO (*con resolucion*).

A Dios.

DOÑA INES.

¿Te vas?

DON TEODORO.

¿No te dejo?
¿No hago tu gusto?

DOÑA INES.

¡Tan pronto!

DON TEODORO.

Y para nunca mas vernos.

DOÑA INES.

¿Nunca, Teodoro?...

DON TEODORO.

Jamas.

DOÑA INES.

Pues... á Dios... (*con suma languidez*).

DON TEODORO.

¿Lloras?

DOÑA INES.

No puedo
Resistir mas. . Pero, dime:
¿Podré esperar á lo menos
Que te acuerdes de tu Ines?

DON TEODORO.

Sí, Ines: yo te lo prometo.

DOÑA INES.

¿Me escribirás?

DON TEODORO.

Quizá antes
Acabarán mis tormentos:
Tú lo sabrás.... Ines mia,
No te ha de quedar recelo

De que fue falso mi amor:
A Dios.

DOÑA INES.

Espera un momento...

DON TEODORO.

¿Para qué?

DOÑA INES.

¿Te canso ya?

DON TEODORO.

No, Ines; ¿pero á qué exponernos
Sin fruto? ¿A qué atormentarnos?

DOÑA INES.

Ingrato, bien te comprendo:
Te soy molesta, y quizá
Se ha convertido tu afecto
En odio...

DON TEODORO.

¿En odio, mi vida?

DOÑA INES.

Pero yo no lo merezco;
No, Teodoro: ¡Dios lo sabe!...
Si pudieras ver mi pecho,
Tú mismo me disculparas.

DON TEODORO.

¿Y es posible que te pierdo
Con tanto amor?...

DOÑA INES.

Sí, Teodoro;
Mi suerte asi lo ha dispuesto.

DON TEODORO.

¿No está en tu mano el vencerla?

DOÑA INES.

No me es posible.

DON TEODORO.

¿Y nos vemos
Por última vez ahora?

DOÑA INES.

¡Ay!...

DON TEODORO.

¿Ni nos queda el consuelo
De morir juntos?...

DOÑA INES.

¡Dios mio!!!

DON TEODORO.

¡Y yo vacilo un momento!
Ines mia, á Dios, á Dios,..

DOÑA INES.

Aguarda... Yo desfallezco...

DON TEODORO.

Ines mia, hasta la muerte...

(*Toma su mano con expresion, en ademan de despedirse: Doña Ines se arroja á sus pies; y él procura sostenerla.*)

DOÑA INES.

Tuya soy... tuya...

DON TEODORO.

¿Qué es esto,
Ines?

DOÑA INES.

¡Ten piedad de mí!
Mi vida misma te entrego;
Mi honor, que es mas que mi vida...

DON TEODORO.

Esposa mia!... (Ya puedo
Llamarte con este nombre)
Mi esposa, mi bien, mi dueño,
¿Tú arrodillarte á mis pies?

DOÑA INES.

¿Quieres mas?... Mira cual beso
Tu mano, y la riego en llanto...

DON TEODORO.

Alzate.

DOÑA INES.

¿No estás contento?
¿Me quieres mas humillada?

DON TEODORO.

¡Tú humillada, cuando debo
Besar la tierra que pisas!

DOÑA INES.

Mi honor, mi honor... Y te ofrezco
Ser tu esclava, no tu esposa...

DON TEODORO.

No me traspases el pecho
Con tus sospechas.

DOÑA INES.

¿Lo juras?...

DON TEODORO.

Te lo juro por el cielo,
Por mi vida, por mi amor...
Pero, Ines, no malogremos
Ocasion tan favorable...

(*Doña Ines muestra abatimiento y profunda distraccion hasta el fin de la escena.*)

DOÑA INES.

Dispon de mí... Ya no tengo
Mas voluntad que la tuya.

DON TEODORO.

Juana, Perico, al momento
A disponer...

(*Perico y Juana habrán estado en el fondo del teatro, como hablando en secreto, hasta este punto en que se acercan.*)

JUANA.

¿Es verdad,
Señorita?... Pero advierto
Que está usted llorosa...

DOÑA INES.

No...

JUANA.

Si yo claro lo estoy viendo,
¿A qué oculta usted la cara?

DOÑA INES.

De mí misma me avergüenzo:
Vuélveme, Teodoro mio,
Mi inocencia...

DON TEODORO.

Está á cubierto
Con tu esposo.

PERICO.

¡Y qué marido!

DON TEODORO.

Pero no perdamos tiempo:
Vamos, Juana.

JUANA.

¿Saco ropa?

DON TEODORO.

Ya me ofende ese silencio;
Ines, ¿te pesa el ser mia?

DOÑA INES.

No, Teodoro; pero al menos
Deja que piense en mi suerte:
¿En eso acaso te ofendo?

DON TEODORO.

Me afliges.

DOÑA INES.

Harto me pesa;
Pero déjame el consuelo
De llorar... No pido mas.
¿Te parece que no he hecho
Bastante por tí?...

DON TEODORO.

Alma mia,
Pide mi sangre y la vierto:
Pero no miren mis ojos

Que lloras en el momento
Mas dichoso de mi vida.

DOÑA INES.

¿No es justo mi sentimiento?

DON TEODORO.

Sí.

DOÑA INES.

¿Pues cómo he de olvidarle?
¿No abandono cuanto quiero
En el mundo; casa, padres?...

DON TEODORO.

¿Y no sabré agradecerlo?

DOÑA INES.

Aqui mismo, aqui nací...

DON TEODORO.

Desecha esos pensamientos.

JUANA.

¿Con que saco aquel vestido?...

DOÑA INES.

El que quieras.

DON TEODORO.

Vuelve presto.

ESCENA XIV.

DOÑA INES, DON TEODORO, PERICO.

DON TEODORO.

¿Porqué tan triste, Ines mia?

DOÑA INES.

Temprano, temprano empiezo
A temer.

DON TEODORO.

Pero, ¿qué temes?
Quizá aun antes que creemos
Estemos aqui de vuelta.

DOÑA INES.

Pero, ¡cuánto en ese tiempo
Va á sufrir mi pobre madre!...

DON TEODORO.

¿A qué viene ese recuerdo?
¿Tienes gusto en afligirte?

DOÑA INES.

No puedo, por mas que quiero,
Dejar de pensar en ella...

DON TEODORO.

Piensa en los gustos completos
Que has de gozar á su lado...

DOÑA INES.

Hija ingrata, este es el premio
Que das á tanta ternura!...

DON TEODORO.

¡Qué vano temor! si luego
Ella propia ha de alegrarse.

DOÑA INES.

Y entre los dos cuidaremos
De hacerla feliz... ¿Lo harás?

DON TEODORO.

Tendrá en mí un hijo, no un yerno.

DOÑA INES.

Pero... ¿y si no me perdona?...

DON TEODORO.

No te inquiete ese recelo,
Ines mia; en nuestros brazos
Muy pronto la estrecharemos.

DOÑA INES.

¡Dios lo quiera! Y si consigo
Que olvide mi desacierto
Y me eche su bendicion,
Nada en el mundo apetezco.

DON TEODORO.

¿No lo has de lograr, mi vida?
Te ha de parecer un sueño
Que lo dudaste siquiera.

ESCENA XV.

DOÑA INES, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(*Juana saca un lio de ropa y un vestido de camino para Doña Ines.*)

DON TEODORO.

¿Viene todo?

JUANA.

Aunque revuelto.

(*Juana coloca el lio sobre la mesa, y viene á poner el vestido á Doña Ines, que se muestra muy triste y pensativa.*)

DON TEODORO.

¿Qué tienes, mi bien, qué tienes?
No sabes cuánto padezco
De verte asi.

DOÑA INES.

Yo no sé
Qué triste presentimiento...

DON TEODORO.

No te violentes; suspira
Con libertad.

DOÑA INES.

Si no puedo...

JUANA.

Señorita, ¿está usted muerta?
Teneis tan pesado el cuerpo,
Que me cuesta...

DON TEODORO.

Ayuda, Ines.

DOÑA INES.

Mira, mira como tiemblo;
Y ten compasion de mí!

DON TEODORO.

Animo, Ines, un esfuerzo,
Y nos salvamos.

PERICO.

Valor!

DOÑA INES.

¡Ay, Teodoro! yo no acierto
A dar un paso...

DON TEODORO.

Yo al lado
Te sostendré.

DOÑA INES.

¿No hay remedio?
¿Por fin, Teodoro?...

DON TEODORO.

¿Ahora dudas?

DOÑA INES.

Quizá tú mismo en tu pecho
Me estes culpando...

DON TEODORO.

No, Ines:
¿Imaginas que no aprecio
Tu fineza?

DOÑA INES.

¡Madre mia!
¿Qué será de tí en sabiendo
Mi fuga?...

DON TEODORO.

No te acongojes.

DOÑA INES.

Quizá en el primer momento
Me echará su maldicion...

DON TEODORO.

Desecha vanos recelos...

DOÑA INES.

Yo voy á ser su deshonra;
Yo voy á cubrir de duelo
A una familia inocente...

DON TEODORO.

(*Conduciéndola.*)
Por Dios, Ines, no tardemos.

JUANA.

(*Toma la luz y el lío.*)
Yo alumbraré hasta bajar.

DON TEODORO.

Animo!

DOÑA INES.

¡Qué desconsuelo
Cuando mañana lo sepan!...

JUANA.

Vamos saliendo con tiento...

(*Juana lleva la luz, y va un poco delante de Doña Ines: esta camina hácia la puerta, conducida de la mano por Don Teodoro: Perico va detras. En este punto suena un fuerte campanillazo, como de llamar á la puerta de la calle: Doña Ines va á caer desmayada, y la sostiene Juana, que en el mismo momento deja caer la luz, la cual se apaga. Don Teodoro y Perico muestran la turbacion que es natural.*)

DOÑA INES.

¡Ay de mí!...

DON TEODORO.

Ines...

JUANA.

Nos perdimos.

DON TEODORO.

¿Quién será?

JUANA.

No sé.

DON TEODORO.

¿Qué hacemos?

PERICO.

Tirarnos por un balcon...

DON TEODORO.

Vamos á ver si podemos
Moverla...

JUANA.

Si está cadáver...

PERICO.

El diablo mismo la ha muerto,
Para hacer que nos ahorquen...

JUANA.

Señorita...

DON TEODORO.

Ines...

PERICO.

Mas recio:
Señorita!!!

DON TEODORO.

Calla, bruto.

PERICO (*aparte*).

Si encontrara un agujero
Donde agazaparme...

(*Suena otro campanillazo.*)

JUANA.

Aprieta.

DON TEODORO.

No hay que abrir.

PERICO.

Ya lo sabemos:
Pierda usted cuidado.

DON PEDRO (*desde su alcoba*).

Juana!

JUANA.

¿Esto tambien?

PERICO.

¿Es el viejo?

JUANA.

El mismo; y si sale...

DON PEDRO.

(*Desde adentro, y esforzando la voz.*)

Juana!!!

JUANA.

Vamos á llevarla adentro,
Y ustedes se esconden...

DON TEODORO.

Bien:

(*A Perico.*)

Ayuda aqui.

PERICO (*continúa sin hacer caso*).

Voy corriendo...

(*Aparte.*)

Pero es á esconderme.

DON TEODORO.

Aprisa.

PERICO.

Tengo tan maldito tiento
Para andar á oscuras...

DON TEODORO.

Ven.

PERICO.

Ya dí con la puerta... bueno.

(*Se entra por la puerta del cuarto de Don Pedro, creyendo ser la que conduce á las habitaciones interiores de la casa.*)

ESCENA XVI.

DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

DON TEODORO.

¿Dónde te has metido, infame?

JUANA.

Perico, vente derecho
Hácia mi voz.

DON TEODORO.

¿No respondes?

(*Suena ruido dentro del cuarto de Don Pedro.*)

JUANA.

Me parece que allá dentro
Suena ruido.

DON TEODORO.

¿Qué hago?

JUANA.

¿Y yo?
Si usted no acude, la suelto.

DON TEODORO.

Ténla.

DON PEDRO (*al salir*).

Ladrones!... ladrones!...
No te has de escapar, gran perro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA, PERICO.

(*Don Teodoro se encamina hácia el lado opuesto á aquel en que suena el ruido; á tiempo que Don Luis sale de su cuarto, con una luz en la mano izquierda y en la derecha una espada: Doña Ines sigue desvanecida en los brazos de Juana: Don Pedro sale con bata y trage de dormir, agarrando á Perico que se desase de sus manos en aquel momento de sorpresa; todos quedan inmóviles y suspensos por un instante.*)

DON LUIS.

(*Yendo á acometer á Don Teodoro.*)
Infame!...

DON TEODORO.

Tened.

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

Derramar su sangre indigna.

DON PEDRO.

Pero, sepamos...

DON LUIS.

¿Qué mas?
¿No veis á vuestra sobrina
Y á estos malvados?...

DON TEODORO.

Yo vine...

DON LUIS.

¿A qué?

DON TEODORO.

La hallé... que salia...

DON LUIS.

Vil seductor! Yo sabré
Arrancarte con la vida
La verdad...

DON PEDRO.

Tened, Don Luis.

DON TEODORO.

Por Dios...

DON PEDRO.

Juicio; y no consiga
Perdernos este villano.

DON TEODORO.

Yo... mi honor...

DON LUIS.

¿Veis su osadía?
Aun se atreve á hablar...

DON PEDRO.

Mirad
Que en este lance peligra
El honor de Ines y el nuestro.
Calma, Don Luis; no se diga
Que nos faltó la prudencia
Cuando mas se requeria.

DON LUIS.

¿Pero ha de quedar impune?

DON PEDRO.

Luego hay tiempo: lo que insta
Es cuidar de esa infeliz...

(*Don Pedro y Don Luis se acercan á Doña Ines: Don Teodoro permanece á alguna distancia inmóvil y turbado.*)

DON PEDRO.

Ines...

DON LUIS.

Apenas respira...
(*Mirando á Don Teodoro.*)
Malvado!

DON PEDRO.

(*A Juana.*)

¿Le has dado agua?

JUANA.

Yo por mí me resistia;
Pero...

DON PEDRO.

No pregunto eso.

JUANA.

Y tambien la señorita;
Pero ellos instaron tanto...

DON PEDRO.

Yo la sostendré: una silla

(*A Juana.*)

Y un vaso de agua... ¿No vas?...

(*Colocan en la silla á Doña Ines, y Juana recoge del suelo la vela, la enciende, y se va adentro.*)

JUANA (*aparte*).

¡Qué cara!... Dios nos asista.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, PERICO.

DON LUIS.

Será una congoja.

DON PEDRO.

Puede:
El susto, la lucha misma
De pasiones, la violencia
Que la infeliz sufriria...

DON LUIS (*á Don Teodoro*).

¡Malvado, ve aqui tu obra!
¿No osas levantar la vista?
Mira y complácete.

DON PEDRO.

Juicio;
Que no ha sido poca dicha
Que nos cueste esto tan solo...
Y sino, por buenos dias
Nos quedaba que llorar.
Mire usted si yo sentia
Con razon tanto abandono;
Pero esta infeliz me inspira
Solo lástima; su madre,
Su madre es la que me irrita.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, PERICO, JUANA (*con un vaso de agua*).

DON PEDRO.

Tráela aqui.

DON LUIS.

Dadle una poca.

DON PEDRO.

Me parece que suspira...
Ines...

DOÑA INES.

¡Ay!

DON PEDRO.

Haz por llorar.

DOÑA INES.

Juana... ¿quién?...

DON PEDRO.

Soy yo, Inesita.

(*Doña Ines mira á un lado y á otro; y al ver á Don Pedro y á Don Luis, exclama:*)

DOÑA INES.

¡Dónde me escondo, Dios mio!

DON PEDRO.

Vamos, hija, no te aflijas:
Ya pasó; no temas nada.

DON LUIS.

Beba usted, no le repita
La congoja...

DOÑA INES.

¡Por piedad,
Dejadme morir!

DON PEDRO.

¿Deliras,
Muchacha?... Estando á mi lado

Ya debes estar tranquila:
Lo sé todo, y te disculpo.

DOÑA INES.

¡Disculparme!

DON PEDRO.

Sí, hija mia.

DOÑA INES.

No merezco yo ese nombre.

DON PEDRO.

¿Porqué?

DOÑA INES.

Esa bondad misma
Es un puñal para mí:
Reñidme, llamadme indigna
De vuestro amor; insultadme...
Decidme lo que me dicta
Mi corazon; nada mas...
Asi veré si se alivia
Este peso que me ahoga...

DON PEDRO.

Llora, no temas; suspira...

DOÑA INES.

¿No lo haceis?... Ríñame usted;
No tema usted que le diga
Ni una palabra siquiera...
Vereis si os oigo sumisa,
Si os pido perdon, y os beso
Los pies.

(*En ademan de arrodillarse.*)

DON PEDRO.

Levántate, hija,
Y en mis brazos...

DON LUIS (*á Don Teodoro*).

Mira, infame,
La víctima que perdias.

(*Doña Ines vuelve con sorpresa la cara, y ve á Don Teodoro, que está á alguna distancia.*)

DOÑA INES.

¡Es él!... ¡Oh Dios!...

DON PEDRO.

¿Porqué tiemblas?

DOÑA INES.

Que se aparte de mi vista;
Yo os lo suplico...

DON PEDRO.

Aun no sabes
Quién es.

DON TEODORO.

Yo solo querria...

DON LUIS.

¿Ve usted, ve usted su insolencia?
¿Y quiere usted que reprima
Mi cólera?

DON PEDRO.

No olvidemos
Que el honor de mi sobrina
Pende de que esto se calle...
La ofensa no es vuestra, es mia;

Y yo sé...

DON TEODORO.

Si usted me oyera,
Quizá compadeceria...

DON PEDRO.

No abuseis de mi paciencia:
Sé quien sois, sé vuestra vida,
Vuestros vicios, y la causa
De vuestra fuga... Hija mia,
Da muchas gracias á Dios,
Que ya en el borde te libra
Del precipicio... Sino,
Deshonrada, envilecida,
Abandonada cual otras,
De su infame mano ibas
A recibir tu castigo...

DOÑA INES.

Me estremezco!...

DON PEDRO.

Tu familia,
Tus pobres padres, tú propia
Víctimas de la perfidia
De un seductor...

DOÑA INES.

Me juró
Ser mi esposo; con su firma
Me lo ofreció... Vedla, vedla...
(*Dándole la carta.*)
No os engaño: asi encubria

Su intencion; solo asi pudo
Persuadirme... Ingrata hija,
No tienes disculpa, no.

DON LUIS.

No se abata usted.

DOÑA INES.

Yo misma
Quiero confesar mi crímen;
Quiero quedar confundida
A vuestros ojos; y luego
Llorar por toda la vida...

DON LUIS.

Antes debeis consolaros;
Y que este suceso os sirva
De leccion, no de tormento.

DOÑA INES.

¡Ah, Don Luis! ¡cuánto me humilla
Esa virtud! Todos, todos
A sonrojarme conspiran.

DON PEDRO.

(*Al acabar de leer la carta.*)
¡Qué maldad!... Si no mirara...

DON TEODORO.

Ruego á usted que me permita
Decir solo...

DON PEDRO.

¿Qué quereis?

DON TEODORO.

Sé que es justa vuestra ira;

Que teneis razon en todo;
Que en usted tan solo estriba
Mi suerte, y podeis perderme:
Si lo haceis, la culpa es mia;
Lo sufriré sin quejarme.
Mas ya que por buena dicha
Se ha evitado tanto mal,
Haced la gracia cumplida:
No por mí, no lo merezco;
Pero una honrada familia,
Mi anciana madre infeliz
En quien caerá mi ignominia...

DON LUIS.

No hay que fiarse.

DON PEDRO.

Dejadle.

DON TEODORO.

Si teme usted que ahora finja,
Don Luis, se engaña usted mucho;
Yo os lo juro: y Dios permita
Que este horror á mi conducta
Me dure toda la vida!

DON PEDRO.

Id con Dios, infeliz jóven;
Que si es tal vuestra malicia
Que olvidais esta leccion,
Pronto hallareis vuestra ruina.
Solo tengo que advertiros
Que si sé que un solo dia

Permaneceis en Madrid...

DON TEODORO.

No lo temais: yo me iba...

DON PEDRO.

Ya lo sé.

DON TEODORO.

Y aun cuando no,
Con mucho gusto lo haria
Por pagar vuestra bondad.

DON PEDRO.

Y cuenta que alma nacida
Llegue á entender... porque entonces!...

DON TEODORO.

No me haga usted la injusticia
De creerme ya tan malvado:
Esta noche, á la hora misma
Que salga de aqui, me voy;
Y no omitiré fatiga
Hasta abrazar á mi madre...
¡Quién sabe!... Quizá afligida
Con mi culpable abandono,
Habrá muerto en la desdicha...

DON PEDRO.

Bien, Teodoro, buen anuncio;
Quien se enternece no dista
De la virtud... Id con Dios.

DON TEODORO.

Antes dejadme que os pida
Perdon á todos...

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

(*A Don Pedro.*)

¡Qué bondad! ¡cuánto me admira
Vuestra prudencia! Yo ciego...

DON PEDRO.

Dejaos de filosofías
A media noche... Al negocio.

(*Se dirige hácia Perico, que estará en un rincon del teatro.*)

Bribon, de buena te libras,
Porque Dios quiere; mas oye:
Como llegue á mi noticia
Que hablas solo una palabra...

PERICO.

Descuide usted; que aun me pican
Las espaldas, y no dejo
De correr en veinte dias.

ESCENA XX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, JUANA.

DON PEDRO.

(*Fijando la atencion en Juana.*)

Tambien, en amaneciendo,
Se hará una limpia por casa...

Idos, Teodoro, por Dios;
No vuelvan los que llamaban...

DON TEODORO.

Os repito...

DON PEDRO.

No tardeis;
Mirad que el tiempo se pasa.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA, JUANA.

(*Al salir Don Teodoro, encuentra con Doña Leoncia, que viene vestida lujosamente de turca, con una mascarilla en la mano, y entra con precipitacion. Don Teodoro vuelve á entrar en la sala, y se aparta á un lado.*)

DOÑA LEONCIA.

¡No lo dije!... Aqui el bribon...

DON PEDRO.

Esto solo nos faltaba.

DOÑA LEONCIA (*á Doña Ines*).

¿Y tú tambien, picarona?...
¿Qué es esto?

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? Nada.

DOÑA LEONCIA.

Yo lo sabré... Indigna hija!

DOÑA INES.

Madre!...

DON PEDRO.

(*Deteniendo á Doña Leoncia.*)
¿Estás loca?

DOÑA LEONCIA.

¿Te apartas,
O vive Dios?...

DON PEDRO.

Tente, loca.

DOÑA LEONCIA.

Ya nos veremos las caras
Despues.

DON PEDRO.

Déjala, y no apures
Mi paciencia.

DOÑA LEONCIA.

La malvada!

DON PEDRO.

Chito.

DOÑA LEONCIA (*á Juana*).

Y tambien esa infame.

DON PEDRO.

Chito.

DOÑA LEONCIA.

Y el otro canalla
Que encontré al salir... Bribones!

DON PEDRO.

Muger del diablo, ¿no callas?

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿qué es esto? ¿qué es esto?...

DON PEDRO.

¿No lo ves? Que nos dió gana
De ir de máscara esta noche.

DOÑA LEONCIA.

No me estreches á que haga
Un desatino...

DON PEDRO.

Cuidado,
Que la paciencia se acaba,
Y te has de acordar. ¡No es cosa,
Que siendo la mas culpada,
Nos venga á quemar la sangre!

DOÑA LEONCIA.

Pero...

DON PEDRO.

No hay peros que valgan;
Que ya me enfadaste.

DOÑA LEONCIA.

Hermano,
Si yo solo preguntaba...

DON PEDRO.

¿Lo quieres saber? Pues oye;
Te lo diré en dos palabras:
A esta pobrecita niña
Le tocó por su desgracia
Una madre vieja y loca;
Se vió sola, abandonada...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, Pedro...

DON PEDRO.

Amaba á un hombre;
Dió crédito á sus palabras;
Quiso salir de tu yugo;
Y si un momento te tardas,
La pierdes y nos deshonras...
¿Quieres mas?

DOÑA LEONCIA.

Bien me lo daba
(*A Don Teodoro.*)
El corazon... ¡Hombre infame!...

DON PEDRO.

Váyase usted, y no haga
Caso...

DON TEODORO.

Yo quisiera antes...

DON PEDRO.

Id con Dios; que á ella le basta
Lo que yo le diga... A Dios.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON LUIS, DOÑA INES, DOÑA LEONCIA, JUANA.

DON PEDRO.

A veces, Don Luis, no alcanza

La paciencia: por un tris
No sucede una desgracia;
Sabe que tiene la culpa;
Y en vez de darme las gracias
Porque callo...

DOÑA LEONCIA.

Que me ahogo...

(*Echándose sobre una silla.*)

Por Dios, un vaso de agua,
Que me muero...

DOÑA INES.

Madre mia!
¿Qué tiene usted?

DOÑA LEONCIA.

Pronto, Juana,
Este turbante...

DON PEDRO.

Asi fuera...

DOÑA LEONCIA.

Aflójame la lazada
Del ceñidor...

DON PEDRO.

Con cien años,
Y andar de reina sultana!

DON LUIS.

Ya eso pasó, y nunca mas...

DON PEDRO.

¿Nunca mas?... Hasta mañana.

DON LUIS.

Con este lance...

DON PEDRO.

No importa:
En dando en ser mentecata
Una vieja, hasta la muerte.
Pero ella allá se las haya;
Que la estafen, que la burlen,
A mí no me importa nada;
Mas por lo tocante á Ines...

DOÑA INES.

Yo sola, yo soy la causa
De estos pesares.

DON PEDRO.

No, hija.

DOÑA INES.

Por mí no hay paz en la casa;
Por mí es infeliz mi madre;
Por mí riñe usted...

DON PEDRO.

Te engañas:
La muy loca...

DOÑA INES.

Y yo quisiera
Que de una vez se cortaran
Tantos disgustos.

DON PEDRO.

¿Y cómo?

DOÑA INES.

Si mis padres...

DON PEDRO.

Vamos, habla,
¿Qué quieres?

DOÑA INES.

En un convento...

DON PEDRO.

¿Oye usted á esta muchacha,
Don Luis?... ¡Buena vocacion!
¿Mas porqué no alzais la cara
Y respondeis?... ¡Ah, hijos mios!
Yo no pierdo la esperanza
De daros quizá este nombre.

DON LUIS.

No sabeis cuánto me agrada
En vuestra boca.

DON PEDRO.

(*A Doña Ines.*)

¿Y á tí?...
No hay que ponerse encarnada;
Que no exijo la respuesta.

DOÑA INES.

Por Dios, tio, no me haga
Usted sonrojarme mas;
Otra mas afortunada...

DON PEDRO.

Bueno; lo que tú quisieres:
Tranquilízate y descansa

En mí, que yo sé muy bien
Que el tiempo todo lo allana,
Y cuando dos se han querido...
Pero, ¿qué es eso, muchacha?
¿Lloras?

DOÑA INES.

Mi madre... mi madre...
Si su cariño me falta,
No tengo gusto en el mundo.
¿Está usted muy enfadada
Conmigo?
(*Acercándose á su madre con timidez.*)

DON PEDRO.

Acércate á ver.

DOÑA INES.

(*Abrazando á su madre.*)
¡Madre mia!

DOÑA LEONCIA.

¡Hija del alma!
Hija!!!

DON PEDRO.

Don Luis, ¿qué os parece?

DON LUIS.

Que no sé lo que me pasa
En este instante.

DON PEDRO.

Id tambien,
Que me parece os aguarda
Como á un hijo: ella es asi...

Pero en el fondo no es mala...
Llegue usted.

DON LUIS.

(*Se arcerca y besa con respeto la mano de Doña Leoncia.*)

Señora!

DOÑA LEONCIA.

Hijo!

DON PEDRO.

¿Has sentido nunca, hermana,
Un placer igual?... Responde.

DOÑA LEONCIA.

Estoy tan avergonzada...

DON PEDRO.

No hay que hablar ya de ese asunto...
Pero, muger, ¿te se saltan
Las lágrimas?

DOÑA LEONCIA.

¡Hija mia!

(*Volviendo á abrazarla.*)

DOÑA INES.

¿Me perdona usted mi falta?
¿Me quiere usted como antes?

DOÑA LEONCIA.

Déjame, que me traspasas
El corazon... Aqui, Ines,
No te muevas para nada;
Que aun me parece mentira
Que te tengo; y por mi causa...

DOÑA INES.

Yo tuve la culpa, yo.

DON PEDRO.

¿Volvemos á las andadas?
¡Pues es cómoda la hora!...
Vámonos pronto á la cama,
Que es lo que importa; y cuidado
Que el que vuelva á hablar palabra
De este lance, ahora ni nunca...

DOÑA LEONCIA.

Tú verás desde mañana
Mi conducta.

DON PEDRO.

Bien está;
Pero mira que si andas
Otra vez con tonterías...

DOÑA LEONCIA.

No, no lo temas: mi casa,
Mis hijos, y nada mas.
¿Sí?... (*A Doña Ines.*)

DON PEDRO.

Tú verás lo que ganas
En ello; pero sino,
Ya te tengo decretada
La sentencia.

(*Coge del suelo la careta que traia Doña Leoncia, y se la muestra.*)

Dí: ¿la ves?...
Pues ahora voy á encerrarla;

Y en viendo torcerse el carro,
Sin hablarte una palabra,
Te la enseño... y ya me entiendes.

DOÑA LEONCIA.

No haya miedo.

DON PEDRO.

Ella va al arca.

DOÑA LEONCIA.

No saldrá; yo lo aseguro:
Estoy muy desengañada.

DON PEDRO.

Será asi; pero con todo,
Nada se pierde en guardarla:
¡Y ojalá todas las madres
Tuvieran otra en su casa!

FIN DEL TOMO TERCERO.

ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
44	11	la crísis	las crísis
58	16	Comunida	Comunidad,
84	8	honta	honra
146	1	(*deteniédola*).	(*deteniéndola*).
201	3	madres? Y	madres! ¿Y
218	19	OÑA	DOÑA
225	15	DOÑ	DON
236	17	sacn	sacan
249	9	(*A Dona Iñes*).	(*A Doña Ines.*)
262	4	disgustaros.	disgustaros
277	17	¡ojalá¡	¡ojalá
356	4	arcerca	acerca

